
HARLEQUIN
Bianca
UN SEDUCTOR SEDUCIDO
KATE HEWITT

Capítulo 1

Laurel Forrester salió como una exhalación de la suite y corrió por el pasillo hacia el ascensor. Iba jadeante, y a trompicones por los taconazos de aquellos estúpidos zapatos que su madre había insistido en que se pusiera.

Oyó abrirse la puerta de la suite a lo lejos, detrás de ella, y las pesadas pisadas de Rico Bavasso.

–¡Vuelve aquí de inmediato!

Laurel gimió asustada y dobló la esquina a todo correr. Las relucientes puertas del ascensor aparecieron frente a ella como una promesa de libertad.

–Espera a que te…

Laurel cerró sus oídos a las amenazas de Bavasso y apretó temblorosa una y otra vez el botón de llamada. El ascensor, que debía estar en uno de los pisos inferiores, empezó a subir. «Vamos… Vamos…», lo apremió mentalmente.

Para sus más de sesenta años Bavasso avanzaba deprisa, y pronto sus pisadas se oyeron más cerca. Laurel se arriesgó a mirar tras de sí y de inmediato deseó no haberlo hecho, porque lo tenía casi encima. Tenía sangre en una mejilla por los arañazos que le había hecho al clavarle las uñas en un intento desesperado por zafarse de él.

«¡Ábrete! ¡Ábrete, por favor…!», rogó en silencio de nuevo, volviéndose hacia el ascensor. Si el ascensor no llegaba pronto no sabía qué podría hacer. Se defendería con uñas y dientes, y gritaría y patalearía por inútil que fuera porque, aunque entrado en años, Bavasso era un tipo grande y corpulento frente a ella, que con su metro sesenta y cinco difícilmente podría con él.

Las puertas del ascensor se abrieron por fin, y Laurel se abalanzó dentro y pulsó frenética varios botones. Le daba igual a qué piso la llevara mientras pudiera escapar de aquel hombre repulsivo que exigía que se dejase manosear y que le reclamaba aquello por lo que había pagado y que su madre le había prometido. Se le revolvían las entrañas de solo recordarlo.

Al ver a Bavasso avanzar a trompicones hacia el ascensor con una sonrisa triunfal, apretó desesperada el botón de «cierre de

puertas». Tenía la pajarita torcida, y pareció que fueran a saltarle los botones de la camisa cuando alargó un brazo para evitar que las puertas del ascensor se cerraran. Laurel se pegó a la pared con el corazón latiéndole como un loco.

–Ya te tengo, pequeña zorra…

Laurel se quitó un zapato y le golpeó con él la mano, clavándole una y otra vez el afilado tacón. Bavasso la apartó, aullando de dolor, las puertas se cerraron y el ascensor comenzó a subir. Estaba a salvo, a salvo…

Se le escapó un sollozo de alivio por el miedo que había pasado, por lo que había estado a punto de ocurrir. Aún le temblaban las piernas. Se dejó caer al suelo y se rodeó las rodillas con los brazos.

Pero el peligro aún no había pasado. Todavía tenía que salir del hotel y abandonar Roma. Se había dejado el bolso en la suite de Bavasso, y estaba segura de que sus matones estarían esperándola en el vestíbulo. Los había visto en el casino, plantados detrás de él, impasibles como gorilas, mientras Bavasso jugaba en una de las mesas. Miraban a su alrededor, en busca de posibles amenazas… y ahora ella se había convertido en una amenaza para él.

¿Qué pensaría hacerle? Al principio se había mostrado encantador con ella, pero pronto le había parecido que estaba prestándole demasiada atención, y eso la había escamado, sobre todo cuando se suponía que tenía una relación con su madre. Además, parecía la clase de tipo arrogante que se cree con derecho a todo, y se temía que no lo dejaría estar. ¿Y qué pasaría con su madre? ¿Se volvería Bavasso contra ella, o de verdad habría tenido parte en aquello, como él le había dado a entender?

No, no quería creerlo… Su madre no podía haberla vendido al mejor postor. Otro sollozo escapó de su garganta, y se cubrió el rostro con las manos, superada por todo aquello. No debería haber accedido a ir a Roma, a interpretar un papel para conseguir lo que quería. Y sin embargo lo había hecho. Lo había sopesado y había decidido que merecía la pena. Un último favor y sería libre por fin. Solo que no había sido así.

El ascensor se detuvo, y cuando las puertas se abrieron Laurel se encogió, temerosa de encontrar a Bavasso fuera, esperándola, pero no estaba allí. El ascensor daba acceso directamente a lo que parecía una suite privada.

Se levantó, tirándose hacia abajo del dobladillo del corto vestido de satén plateado que también había escogido su madre.

No podía quedarse en el ascensor; las puertas se cerrarían y volvería a bajar, y podrían acorralarla Bavasso o sus matones. Salió vacilante y miró a su alrededor. El suelo era de mármol negro pulido, y los ventanales, que iban del suelo al techo, ofrecían una panorámica impresionante de la Ciudad Eterna con su iluminación nocturna.

La decoración era moderna y minimalista, y la luz de las lámparas que había encendidas era tan tenue, que Laurel tardó un momento en darse cuenta de que no estaba sola. En medio del inmenso salón había un hombre con pantalones negros y una camisa gris marengo con el cuello abierto. Su pelo era negro y lo llevaba muy corto, y sus ojos grises. Cruzado de brazos como estaba, se resaltaban sus impresionantes bíceps, e irradiaba poder, control, peligro…

Al reconocerlo, a Laurel se le cortó el aliento.

–Hola, Laurel –la saludó él con esa voz profunda y aterciopelada.

–Cristiano… –murmuró, y se le escapó una risita de alivio–. Gracias a Dios…

Los ojos de Cristiano la recorrieron, fijándose en el vestido desgarrado, y enarcó una ceja.

–¿Se te ha ido de las manos?

La mirada de su hermanastro la hizo enrojecer, y bajó la vista al provocativo vestido, demasiado corto y con demasiado escote. Además, Bavasso le había arrancado un tirante, no llevaba sujetador, y en vez de braguitas su madre le había hecho ponerse un tanga minúsculo. Se sentía como si fuera desnuda.

–No sabía que estabas aquí –balbució.

–¿Ah, no? –le espetó él.

–No, por supuesto que no…

Laurel frunció el ceño al darse cuenta, ya tarde, del tono despectivo que había empleado Cristiano, que estaba escrutándola con una mirada entre desaprobadora y socarrona. Y no pudo evitar recordar la última vez que lo había visto, hacía diez años, cuando ella solo tenía catorce años y el veintitrés, cuando prácticamente se había echado a sus brazos por una estúpida apuesta adolescente con una amiga.

–Ni siquiera sé dónde estoy –le dijo. Hizo un esfuerzo por sonreír, pero los labios le temblaban.

–Estás en la suite privada del ático. Aquí es donde vivo.

Laurel había pulsado tantos botones del ascensor que ni sabía a qué piso la había llevado. Y, si era una suite privada, ¿cómo podía

haber accedido a ella?

–Bueno, me alegra que el ascensor me trajera aquí; no sabes cuánto.

–Me lo imagino.

–¿Te importa si entro un momento al cuarto de baño? –le preguntó–. Me siento…

Sucia, se sentía sucia. Pero sería lo último que le confesaría a Cristiano, que ya estaba mirándola como si fuera una fulana. Ese pensamiento hizo que a Laurel le ardieran las mejillas. Sabía que era lo que parecía con ese vestido, pero ¿qué derecho tenía a juzgarla?

–Adelante –contestó él con frialdad, señalándole un pasillo–. Por ahí encontrarás uno.

–Gracias –respondió Laurel en un tono altivo para disimular su incomodidad.

¿Era solo por cómo iba vestida, o habría otra razón para que estuviera tratándola con ese desdén? No era que hubiesen tenido mucho trato, más bien ninguno. Su madre había estado casada tres años con el padre de Cristiano, Lorenzo Ferrero, pero durante ese tiempo solo lo había visto en dos ocasiones. La primera había sido justo después de la boda. Cristiano tuvo una agria discusión con su padre y se marchó furibundo. La segunda él había vuelto a la casa de su padre, no sabía muy bien por qué, y ella, con una ingenuidad patética, había intentado impresionarle.

Seis meses después Lorenzo se había divorciado de su madre, Elizabeth, y las dos habían regresado a Illinois. Su madre, que no había podido sacarle nada por el estricto acuerdo prematrimonial que habían firmado, había vendido las joyas que él le había regalado para poder seguir con el tren de vida al que estaba acostumbrada.

Cristiano seguía mirándola, allí cruzado de brazos, con esa expresión inescrutable, sin decir nada. Claro que… ¿qué esperaba que dijera, qué hiciera? Nunca había mostrado ninguna preocupación ni interés por ella. Se le hacía raro haber acabado en su suite privada. Sabía que aquel hotel, La Sirena, era de su propiedad, pero no sabía que viviera allí, ni había esperado encontrárselo.

–¿No has dicho que querías pasar al baño? –le preguntó.

Fue entonces cuando Laurel se dio cuenta de que ella también se había quedado mirándolo. Claro que era difícil no quedarse mirando a un hombre tan atractivo. Bajo la camisa de seda se adivinaban sus músculos pectorales, perfectamente definidos, y los

pantalones acentuaban sus estrechas caderas y sus fuertes muslos. Pero más allá de su impresionante físico, lo que lo hacía tan atractivo era esa aura de autoridad que poseía, esa ferocidad contenida y la sensualidad que emanaba de cada uno de sus poros.

Había amasado su fortuna en los últimos diez años, con propiedades inmobiliarias, casinos y hoteles, y según la prensa del corazón sus conquistas, actrices de Hollywood y supermodelos europeas, de las que se cansaba a los pocos días, se contaban por docenas.

–Sí, gracias –murmuró, y se alejó por el pasillo.

Cristiano siguió a Laurel con la mirada mientras se alejaba apresuradamente por el pasillo, como un conejo asustado. Una conejita asustada y muy sexy con un vestido que dejaba muy poco a la imaginación y un solo zapato. Apartó la vista y apretó la mandíbula, irritado por la ráfaga de calor que lo recorrió. No había esperado sentir una atracción sexual tan fuerte hacia Laurel; sobre todo ahora que sabía qué clase de mujer era.

Cuando la había visto entrar en el casino esa noche, vestida como una golfa y del brazo de un hombre que le daba escalofríos, no podría haberse quedado más sorprendido. Habían pasado diez años de la última vez que la había visto, y aunque ahora era una mujer hecha y derecha, la había reconocido de inmediato.

Su sorpresa inicial se había transformado en una profunda decepción que le había revuelto el estómago, aunque no comprendía por qué, cuando debería haber imaginado que Laurel acabaría siendo una cazafortunas sin moral como su madre. Ya se lo había dejado entrever con sus coqueteos con tan solo catorce años, y como se solía decir, de casta le venía al galgo.

Cristiano fue hasta el ventanal y hundió las manos en los bolsillos del pantalón mientras rumiaba lo que le esperaba a Laurel… y a él. La había estado observando en el casino, colgada del brazo de Bavasso, flirteando con él de un modo tan exagerado y evidente que daba vergüenza ajena. No podía decirse precisamente que tuviese dotes interpretativas.

Bavasso, sin embargo, se había mostrado encantado con sus atenciones y, a lo que parecía, debía haberle exigido más, mucho más de lo que Laurel estaba dispuesta a dar.

Tras abandonar el casino debería haberse olvidado de ella, pero al subir a su suite del ático se había quedado de pie junto a los monitores de las cámaras de seguridad, observándola,

esperando… Pero ¿esperando a qué? Sabía que se había comportado de un modo obsesivo, pero había sido como si no pudiera controlarse.

Se había dicho que era por el pasado, porque sabía que su madre era una ladrona y porque no estaba dispuesto a dejarlas desplumar a ninguno de sus clientes, ni a un tipo tan desagradable como Rico Bavasso. Esa era la excusa que se había dado a sí mismo, pero no acababa de creérsela.

Y luego, cuando los había visto irse del casino, con Bavasso prácticamente arrastrándola de la mano hacia los ascensores, se había quedado paralizado, con el corazón en un puño. Y aunque Laurel había ido con él sin oponer resistencia y con una sonrisa en los labios, esa sonrisa que, para su fastidio, le había tocado la fibra sensible.

No sabía qué había pasado en la suite de Bavasso, pero podía imaginárselo. Por algún motivo había permanecido pegado a los monitores, y por eso la había visto salir corriendo hacia el ascensor como si la estuviese persiguiendo una jauría. Parecía que, fuera lo que fuera lo que se había traído entre manos, en el último momento había decidido echar el freno. Y aunque él creía firmemente en que una mujer tenía derecho a decir no, aquello no iba a cambiar su opinión de ella ni un ápice.

A través de las pantallas de las cámaras de seguridad la había visto pulsar frenética varios botones, incluido el de su suite del ático. El acceso a esa planta estaba restringido, pero él podía desbloquearlo con solo accionar un interruptor en el panel de control, y se había apiadado al verla tan desesperada.

Ahora que Laurel estaba allí, la cuestión era qué iba a hacer con ella. Entornó los ojos mientras miraba el Coliseo iluminado. Había dejado que Laurel subiera porque había sentido que tenía que auxiliarla, porque era un hombre con sentido del deber. Pero eso no lo convertía en un santo, y podría ser que Laurel no estuviera tampoco a salvo con él…

Capítulo 2

Laurel se asomó a la primera habitación a la izquierda, un suntuoso dormitorio con baño. Se quitó el zapato y cruzó el suelo de moqueta pasando por delante de la enorme cama de matrimonio. Allí era donde dormía Cristiano, pensó. Su presencia impregnaba la habitación, y hasta podía olerlo: el aroma especiado de su aftershave entremezclado con otro, ese olor a él, tan masculino, que la hacía sentirse nerviosa y acalorada.

Se detuvo un momento y miró a su alrededor con curiosidad: una cama, un escritorio, un sillón… No había objetos personales, ni recuerdos, ni fotografías… Ni siquiera un libro. Y tampoco había signo alguno de una mujer, así que tal vez se hubiese cansado ya de su última conquista. ¿Pero qué le importaba nada de eso a ella? , se reprochó, y se fue derecha al cuarto de baño y echó el pestillo.

El baño era tan elegante y minimalista como el dormitorio, y casi igual de grande. Había una enorme bañera de mármol negra con grifos dorados, una ducha el doble de amplia de la que ella tenía en casa, y dos lavabos. El calor que emanaba a través de las losetas bajo sus pies descalzos le arrancó un suspiro tembloroso. Aún estaba agitada por los acontecimientos de las últimas horas.

La interminable noche en el casino, mientras Rico jugaba en una de las mesas y le lanzaba esas miradas lascivas que al principio ella se había dicho que eran producto de su imaginación. ¿Qué otra cosa podría haber pensado cuando se suponía que a Bavasso le gustaba su madre, y esta le había dicho que creía que iba a pedirle que se casara con él? ¿Por qué se fijaría en ella siquiera? La única razón por la que había ido a conocerlo era para darle a su madre sus bendiciones.

Cuando Bavasso le había pedido que lo acompañara arriba, a su suite, ella había mirado a su madre, llena de ansiedad, pero esta había sonreído y le había dicho que subiría en unos minutos y que los tres brindarían con champán. Ella la había creído. ¿Por qué no habría de haberla creído? Era su madre, y aunque más de una vez se había comportado de un modo cuestionable, jamás habría pensado que sería capaz de algo así. Cerró los ojos, dolida por esa

traición.

Inspiró profundamente, abrió los ojos y se quitó el vestido, que quedó hecho un gurruño a sus pies. Abrumada de pronto por un remordimiento tan grande que se le revolvió el estómago y le entraron náuseas, lo lanzó a una esquina de un puntapié.

Pero con aquello no bastaba. El vestido seguía allí, como un desagradable recordatorio de todo lo que había pasado y lo que habría podido pasar. Lo agarró con un sollozo ahogado y tiró de él con ambas manos. La fina tela se rasgó con facilidad, y poco después, ya hecho jirones, lo metió con saña en la papelera. Solo entonces se dio cuenta de que no había sido buena idea destrozar la única prenda de ropa que tenía. No podía presentarse ante Cristiano tapada únicamente con aquel minúsculo tanga de encaje.

Con un gruñido de irritación se lo quitó, se metió en la ducha y abrió el grifo. Necesitaba que el agua se llevase la desagradable sensación que se había apoderado de ella, antes de preocuparse por qué iba a hacer, o qué se podría poner.

No debería haber accedido al plan de su madre. No debería haber vendido su alma por una promesa endeble que tal vez su madre ni siquiera llegaría a cumplir. Y si no lo hacía…

El corazón le dio un vuelco. No le parecía justo que, queriendo tan poco y trabajando tanto, pudiera acabar sin nada, pero sabía que de nada le serviría lamentarse ni autocompadecerse. Había tomado las decisiones que había tomado, y algunas de ellas habían sido equivocadas, pero tenía que salvar lo que pudiera de los escombros.

Permaneció en el cuarto de baño todo el tiempo que pudo, primero bajo el reconfortante chorro de la ducha y luego secándose y peinándose el cabello. Por suerte había un grueso albornoz colgado junto a la puerta, y se envolvió en él, aliviada al ver que la cubría hasta los tobillos. Necesitaba aquella armadura, por frágil que fuera.

Y también necesitaba tiempo para idear un plan, y pensar cómo iba a exponérselo a Cristiano. Por desgracia sus opciones eran muy limitadas: en la suite de Bavasso se había dejado el bolso, con el dinero y el permiso de conducir. Al menos su pasaporte estaba en la caja fuerte de la pensión donde su madre y ella se alojaban. ¿Pero cómo iba a hacer para ir allí? ¿Y si Bavasso estaba esperándola?

Inspiró profundamente y decidió que no podía mantenerse en esa indecisión. Había llegado el momento de enfrentarse a la situación, de hablar con Cristiano. Por frío y distante que se

mostrase, era un hombre de principios. ¿Cómo no iba a ayudar a una mujer en apuros?

Sin nada que perder, salió del cuarto de baño y volvió al salón de la suite. Cristiano estaba sentado en un sofá con los pies apoyados en la mesita de cristal y cromo frente a él, con su smartphone de última generación en la mano y la vista fija en la pantalla. Al verla aparecer se lo guardó en el bolsillo y se levantó.

–¿Te sientes mejor? –le preguntó sardónico, enarcando una ceja.

–Sí, gracias. La ducha es increíble.

Su voz sonaba vacilante y débil, como si fuera una adolescente y no una mujer. Irritada consigo misma, se irguió. Aunque Cristiano la pusiese nerviosa, tenía que controlarse, tenía que mostrarse firme y segura de sí misma.

–Hay un favor que quiero pedirte –le dijo.

–¿Ah, sí? –contestó él, aunque no parecía sorprendido en absoluto–. ¿De qué se trata?

Lo había dicho en un tono tranquilo, pero había algo en su mirada que hizo recelar a Laurel.

–¿Podrías, si no es molestia, enviar a uno de tus empleados a la pensión donde me alojo? –le preguntó–. Necesito mis cosas: mi ropa y mi pasaporte –alzó la barbilla, obligándose a sostenerle la mirada–. Mi intención es marcharme de Roma lo antes posible.

Cristiano ladeó la cabeza.

–Deduzco que las cosas no han ido como esperabas.

A Laurel no le pasó desapercibida la ironía en su voz, y sus mejillas se tiñeron de rubor, pero no apartó la vista.

–Pues no –asintió.

Cristiano se quedó mirándola un momento, escrutándola en silencio, y Laurel sintió como si pudiera ver a través del grueso albornoz de rizo que llevaba puesto.

–A Rico Bavasso no le gusta que frustren sus planes –dijo finalmente.

–Eso me he imaginado, y por eso quiero salir del país.

–¿Y crees que te resultará tan fácil?

A Laurel se le encogió el estómago.

–¿Qué quieres decir?

–Bavasso es un hombre despiadado y con mucho poder –respondió Cristiano–. Escogiste mal a tu presa.

Ella lo miró dolida por la palabra que había empleado: «presa». Pensaba que había intentado seducir a Bavasso para sacarle los cuartos, que no era mucho mejor que una prostituta. No debería

importarle, y tampoco sorprenderle. Al fin y al cabo, prácticamente se había comportado como si lo fuera, aunque no había pretendido que la velada tuviera el desenlace que había tenido. Una profunda sensación de vergüenza se apoderó de ella. ¿Cómo podía haber sido tan estúpida, haberse dejado llevar de ese modo por su desesperación?

–No es mi presa –replicó, pero Cristiano se limitó a mirarla como si no la creyera–. Y no tienes derecho a juzgarme –lo increpó molesta–. ¿Qué sugieres que haga entonces?

–Que intentes pasar desapercibida durante un tiempo –respondió Cristiano con indiferencia, como si la tesitura en la que se encontraba no le importase lo más mínimo.

–¿Durante un tiempo? –repitió ella–. ¿Cuánto tiempo? ¿Y dónde voy a ir? Me dejé el bolso en su suite y todas mis cosas están en la pensión en la que estaba alojada con mi madre. ¿No podrías mandar a alguien a buscarlas? Es solo un pequeño favor…

–¿Pequeño? No estoy dispuesto a involucrar en una situación tan complicada a ninguno de mis empleados, *bella*.

–No me llames así –protestó Laurel entre dientes.

Sabía que no lo había dicho a modo de cumplido; le había sonado a burla. Y no podía soportar que se burlase de ella con lo vulnerable que se sentía en ese momento, cuando la vergüenza que la embargaba estaba corroyéndola por dentro.

–¿Por qué no? –quiso saber Cristiano, y su voz se tornó suave, seductora–. Eres muy hermosa; solo estoy constatando un hecho.

Sus ojos se deslizaron por su figura, como una caricia, y una ráfaga de calor afloró en su vientre y descendió hasta la unión entre sus muslos.

–¿Por qué te parece que es una situación tan complicada? –inquirió ella, fingiendo que su intensa mirada no le afectaba en absoluto.

–Porque Bavasso es un mal bicho y puede tomar represalias contra quien te ayude. Además, estoy seguro de que sus matones estarán esperando en la pensión, y si aparece alguien pidiendo la llave de tu habitación, los pondrá sobre aviso.

–¿Y no podrías… no sé, pedirle a quien mandes que sea discreto?

Cristiano entornó los ojos.

–Tal vez a ti te dé igual poner en peligro la vida de una persona inocente, pero a mí no.

A Laurel le flaqueaban de tal modo las piernas, que tuvo que ir hasta el otro sofá para sentarse.

–¿Qué voy a hacer? –murmuró, más para sí que para él. Apoyó la cabeza entre las manos y cerró los ojos–. ¿Qué voy a hacer?

Cristiano reprimió la lástima que sintió por ella. Y, sin embargo, viéndola allí sentada, con la cabeza en las manos, el cabello cayéndole sobre los hombros y el albornoz entreabierto que dejaba al descubierto sus esbeltos muslos… ¿A qué hombre no le afectaría una imagen así? Claro que no solo inspiraba en él compasión, sino también deseo, otra emoción que reprimió.

Resultaba inconveniente en ese momento, aunque se había dado cuenta de que Laurel también se sentía atraída por él… y que había intentado ocultarlo. Por algún motivo no quería que supiese el efecto que tenía en ella, y tampoco le había pedido que la dejase quedarse allí. ¿Estaba jugando con él? ¿Qué se traía entre manos?

–Me parece que la respuesta es bastante evidente –observó levantándose. Fue hasta el ventanal y admiró la vista nocturna de Roma en silencio antes de volverse y añadir–: Te quedarás aquí.

Laurel abrió mucho los ojos, esos ojos que tanto le recordaban a las aguas azul verdosas del mar Egeo. El albornoz, que le quedaba grande, se le había caído un poco de un lado, dejando al descubierto la curva perfecta de un hombro.

–¿Que me quede aquí? –repitió frunciendo el ceño, como confundida.

Su expresión era casi cómica, y sin duda fingida. ¿A qué venía todo ese teatro? Estaba seguro de que era lo que había estado esperando que dijera. Él era una opción mucho mejor que Bavasso; ¿acaso creía que mostrándose reticente iba a ganar puntos ante él, o que iba a conseguir que se fiara de ella? Porque si se trataba de eso lo llevaba crudo. No se fiaba de nadie, y mucho menos de las mujeres como ella.

–Sí –respondió en un tono entre cortante e impaciente–. Eso he dicho, que te quedes aquí.

–¿Cuánto tiempo?

–El que haga falta –Cristiano hizo una pausa y la recorrió una vez más con la mirada. El albornoz se había abierto un poco, desvelando el valle en sombra entre sus pechos, y casi dejando entrever sus curvas–. El tiempo que yo quiera que te quedes –añadió. Ella aspiró bruscamente y se puso colorada. Casi parecía indignada–. ¿Qué?, ¿he dicho algo ofensivo?

–¿Que si has dicho algo ofensivo? –le espetó ella–. Ha sonado como si…

–¿Como si qué? –la instó él para que terminara la frase. Pero Laurel se mordió el labio y apartó la vista.

–Es igual.

Cristiano estuvo a punto de reírse al oírle decir aquello. Parecía que no quería tentar a la suerte. Disimulaba tan mal que casi le hacía gracia. Casi, porque detestaba esa clase de jueguecitos. En sus relaciones habían primado siempre la discreción y la integridad, como en cualquier acuerdo de negocios, porque así era como las veía, como meras transacciones, que terminaban cuando terminaban. Con Laurel no sería distinto, pero le seguiría la corriente un rato más, solo para ver dónde quería llegar. ¿Qué estaba intentando conseguir? Y si se trataba de dinero, ¿cuánto?

–¿Y cuánto tiempo tendré que quedarme aquí escondida? –le insistió ella, irguiéndose y cerrándose el albornoz hasta el cuello, como una virgen pudorosa–. Porque ni siquiera tengo ropa.

–Un día o dos, como mucho. Para entonces seguro que Bavasso ya habrá pasado página –respondió él–. En cuanto a la ropa… –añadió mirándola de arriba abajo–. Tampoco creo que sea tan necesaria –murmuró. Laurel soltó un gemido ahogado de indignación que lo hizo reír–. Relájate, solo bromeaba. Haré que te traigan algo de ropa.

–Gracias –respondió ella con aspereza, y apartó la vista.

Cristiano apoyó un hombro en el ventanal y la observó pensativo. La redondez juvenil de sus facciones se había desvanecido, y en su lugar había dejado una mujer de facciones elegantes y figura esbelta pero curvilínea. No era muy alta, pero sus piernas parecían interminables, y su cabello ondulado era una cascada de tonalidades, que iban del castaño al dorado pasando por un cobrizo anaranjado.

–¿Dónde vives ahora, por curiosidad? –le preguntó.

Ella le lanzó una mirada suspicaz antes de responder.

–En Illinois –dijo vagamente.

Eso lo sorprendió, aunque sabía que su madre y ellas eran americanas. Su padre había conocido a Elizabeth, la madre de Laurel, en un casino de Miami y se habían casado solo cuatro días después. Sin embargo, las había imaginado viviendo en un sitio como Los Ángeles, o Nueva York, donde podrían dejarse ver en público y ser admiradas, y encontrar a algún otro viejo rico al que sablear.

–¿En qué parte de Illinois, en Chicago? –aventuró.

–No, en una pequeña ciudad de la que seguro que ni has oído hablar –contestó ella de mala gana–. ¿Vas a pedir que me traigan

esa ropa?

–Para ser una mujer que no tiene nada que ofrecer, eres bastante exigente. ¿O sí tienes algo que ofrecer? –inquirió él en un tono insinuante.

Al verla fruncir el ceño, reprimió una sonrisilla. Era tan fácil hacerla rabiar…

–Solo mi gratitud –respondió ella entre dientes, y miró hacia otro lado.

–Ah, ya, pero la cuestión es que hay muchas maneras de expresar nuestra gratitud.

Le divertía picarla, y ver cómo la agitación, que había teñido de un suave rubor la piel de su escote, hacía que subieran y bajaran sus pechos. Tenía una piel preciosa, de color crema con un brillo dorado, y tersa como pétalos de rosa. Se moría por tocarla, por besarla…

–Confiaba en que con un gracias bastaría –respondió ella. Se levantó abruptamente del sofá y se arrebujó en el albornoz–. No te entiendo, Cristiano. Sabes que vengo huyendo de ese bestia de Bavasso. ¿Por qué juegas conmigo de esta manera? ¿Es que disfrutas siendo cruel?

Irritado, Cristiano apretó los labios.

–¿Crees que estoy siendo cruel contigo? –dio un paso hacia ella–. Dime, ¿en qué sentido estoy jugando contigo?

–Lo sabes muy bien –respondió ella apartando la vista de nuevo.

–Pues no, no lo sé. Tendrás que explicármelo.

Aún rehuyendo su mirada, Laurel inspiró temblorosa y dijo:

–Hablas como si… como si esperaras que yo… que vaya a pasar algo entre nosotros.

–Ya está pasando –le respondió él en un tono quedo–. ¿Es que no lo sientes?

Él desde luego que sí. Lo sentía en la tensión que se palpaba en el ambiente, en la respiración agitada de Laurel y el brillo de su piel, perlada por el sudor, en lo tirante que se le ponía la entrepierna del pantalón cuando la veía pasarse la lengua por los labios.

–Mira, solo quiero volver a casa –murmuró Laurel–. Este no es mi mundo. Aquí me siento como un pez fuera del agua.

–Pues no era esa la impresión que dabas en el casino con Bavasso.

Laurel lo miró horrorizada.

–¿Me viste…?

–Lo vi todo. Te vi con él, prácticamente sentada en su regazo, riéndole sus chistes y dejando que te manoseara con tu madre mirando. Supongo que te ha enseñado bien.

Ella sacudió la cabeza.

–No fue eso lo que…

–Fue exactamente eso lo que pasó, y lo sabes –la cortó él con frialdad–. Lo que no entiendo es por qué de repente te comportas como una virgen pudorosa y ofendida.

Ella gimió indignada, se dio media vuelta y se alejó hacia el ascensor. Cristiano la observó divertido mientras pulsaba repetidamente el botón.

–¿Pretendes bajar al vestíbulo a enfrentarte a Bavasso y sus matones vestida con mi albornoz? Es una táctica que no te recomendaría, la verdad, porque puede acabar mal para ti. Muy mal, de hecho.

–Me arriesgaré –replicó ella sin volverse.

Sus jueguecitos estaban empezando a hartarlo. ¿Qué esperaba conseguir con todo aquello? Ya había captado su interés, y hacerse la interesante y fingirse ofendida no tenía ningún sentido y era enervante.

–Pues lo siento, pero no puedo permitirlo –le dijo–. El ascensor está bloqueado y no irás a ninguna parte hasta que yo lo diga.

Capítulo 3

Laurel se giró sobre los talones. Cristiano estaba apoyado en el ventanal, con las manos en los bolsillos, tan tranquilo, como si no acabase de amenazarla, como si no acabase de darle a entender que era su prisionera, tan prisionera como lo había sido de Bavasso.

–Parece que he escapado de la sartén para ir a caer en el fuego –observó con sorna, intentando que no le temblara la voz.

–El fuego puede tener sus atractivos… –murmuró Cristiano con una sonrisa lobuna.

Laurel se quedó mirándolo entre confundida e indignada. Se le hacía raro que se le insinuase de esa manera. Diez años atrás la había apartado como a una mosca molesta, y ahora de repente la deseaba y ella no tenía ni voz ni voto. ¿Estaría jugando con ella? No podía creerse que un hombre como él, que podía escoger entre las mujeres más hermosas y sofisticadas del mundo, se sintiera atraído por una chica de provincias como ella que había visto el mundo por un agujero.

–¿Qué es lo que quieres, Cristiano? –le preguntó vacilante. No estaba segura de querer oír la respuesta.

Él alzó la barbilla y la miró fijamente con esos ojos grises que parecían de hielo.

–Es muy sencillo: te quiero a ti.

–¿Por qué? Podrías tener a cualquier mujer que quisieras.

–Vaya, gracias.

–No es ningún secreto; sales constantemente en las revistas de cotilleos con una mujer distinta cada vez –respondió ella–. Pero no has respondido a mi pregunta: ¿por qué?

–¿Que por qué te quiero a ti?

–Sí.

No podía creerse que estuvieran teniendo aquella conversación. Y por el tono de Cristiano parecía como si estuviesen hablando del tiempo.

–¿Por qué no? –respondió él, encogiéndose de hombros.

–¿Eso es todo?, ¿«por qué no»?

Laurel se quedó mirándolo irritada. ¿Era simplemente por eso,

porque creía que podía disponer de ella a su antojo y aprovecharse de ella solo porque la había tomado por una fulana? La sola idea hizo que se le revolviera el estómago.

–¿Te molesta mi respuesta? –inquirió él.

–Pues sí. Prácticamente estás amenazándome con…

–Yo no te he amenazado.

–¿Y el ascensor bloqueado? –le espetó ella, señalándolo.

–No creo que quieras que Bavasso suba aquí.

Laurel reprimió un escalofrío al recordar cómo la había agarrado y manoseado.

–No, pero no me gusta sentirme prisionera.

–Por tu seguridad, y por la mía, debo tomar precauciones.

–¿Y si insisto en marcharme? –inquirió ella–. ¿Qué harás entonces?

Cristiano sacudió la cabeza despacio, fingiéndose dolido.

–No podría vivir con ese peso sobre mi conciencia: saber que he dejado a una mujer a su suerte… Y especialmente a una con la que estuve emparentado, aunque fuera por un espacio muy breve de tiempo.

–Nunca hubo ningún parentesco entre nosotros.

–Bueno, supongo que no en el sentido estricto. Dos hermanastros de padre y madre distintos no se puede decir que sean parientes de verdad.

–Pues no. Y volviendo a Bavasso, ¿no estás exagerando un poco? –insistió Laurel–. No creo que sea tan peligroso.

Al principio le había parecido un hombre encantador: pelo canoso, ojos castaños, todo amabilidad. Cierto que ese aire de suprema seguridad en sí mismo que mostraba la había inquietado, pero su madre parecía feliz y ella solo quería el dinero que necesitaba. De nuevo la inundó un sentimiento de vergüenza al pensar en ello.

–¿Cómo de bien lo conoces? –le preguntó Cristiano.

–No lo conozco –se apresuró a responder ella–. Quiero decir que apenas sé nada de él.

–Pues nadie lo habría dicho al verte con él, sentada en su regazo y susurrándole al oído –apuntó Cristiano en ese horrible tono desapasionado.

–No estaba en su regazo –replicó ella.

–No, pero casi.

Laurel sacudió la cabeza.

–No era lo que parecía.

–Pues tiene gracia, porque yo creo que era justo lo que parecía.

–Viniendo de ti, no me sorprende.

Dijera lo que dijera Cristiano pensaría lo peor de ella, aunque comprendía por qué le había dado esa impresión. ¿Cómo podría explicarle que no había pretendido dar alas a Bavasso, que cuando había empezado a ponerse «cariñoso» con ella se había quedado paralizada, repugnada, y que no había sabido qué hacer? Al ver a su madre sonreír y asentir complaciente, había dado por hecho que eran solo imaginaciones suyas, que estaba paranoica y que era demasiado susceptible. ¡Ojalá hubiera sido así!

–En realidad sí que te creo –dijo Cristiano–: en lo de que apenas sabes nada de él, porque de lo contrario no te habrías mezclado tan alegremente con un tipo así.

–No, desde luego que no –asintió Laurel.

¿Habría sabido su madre de lo que Bavasso era capaz? ¿Se habría confabulado con él? ¿Habría imaginado que, de haber sabido lo que Bavasso quería, ella jamás habría accedido a ir allí?

–¿De verdad vas a hacer que me consigan algo de ropa? –le preguntó, y su voz sonó algo aguada, como si estuviera asustada.

Y lo estaba, de todo. Tenía miedo del futuro, un futuro que ni siquiera podía entrever, de la libertad que ansiaba pero que en ese momento se le antojaba más inalcanzable que nunca. Sin embargo, no tenía miedo de Cristiano. Tal vez porque necesitaba creer que le estaba diciendo la verdad, que no la forzaría a hacer algo que no quería.

Claro que lo que la preocupaba era que no haría falta que la forzara, porque ya sentía que la atracción que sentía por él estaba derribando sus defensas. Ya se encontraba imaginándose los labios de Cristiano sobre los suyos y ansiando sus caricias.

–Ya lo he hecho –respondió Cristiano–. Hice un par de llamadas mientras estabas en la ducha. Parece que me tienes por un bruto, y he de confesarte que lo encuentro un tanto irónico, teniendo en cuenta de quién vienes huyendo. Confío en que seas capaz de ver las diferencias entre Bavasso y yo.

Laurel, que no se atrevía a hablar por temor a decir una inconveniencia, se dio la vuelta y fue hasta el ventanal. Cuando oyó a Cristiano acercarse y detenerse detrás de ella, se le cortó el aliento y fue como si el corazón se le parase un momento. Aunque ni siquiera estaba tocándola, notaba cada músculo tenso y todos sus sentidos sobrecargados.

Cristiano le puso una mano en el hombro y, aun a través del grueso albornoz, sintió la presión de su palma como un hierro que estuviera marcándola a fuego.

–Por cierto, creo que es mejor que sepas desde ya que detesto que jueguen conmigo. Cada transacción que he hecho con una mujer ha sido simple e inmensamente placentera. Así que, si crees que por hacerte la recatada vas a conseguir de mí algo más de lo que te estoy ofreciendo, te equivocas –le advirtió apretándole suavemente el hombro.

Laurel no podía creer lo que estaba oyendo. Todo lo que había dicho era espantoso, ofensivo. No sabía ni cómo responder. ¿Cada «transacción»? ¿Inmensamente placentera? ¿Que se hacía la recatada? Se sentía tan ofendida que le hervía la sangre en las venas.

–¿Y qué es exactamente lo que me estás ofreciendo? –le preguntó con voz trémula–; solo por curiosidad.

–Mi protección –dijo Cristiano apartándose de ella. Necesitaba un poco de espacio para mantener la cabeza fría.

Durante los breves minutos que había permanecido de pie detrás de ella había inhalado su aroma, y había sentido el calor que emanaba de ella, y el impulso de quitarle el albornoz y deslizar las manos por su sedosa piel había sido tan fuerte que había sentido un cosquilleo en las palmas y un ansia que lo consumía por dentro.

–¿Tu protección? –repitió ella en un tono entre incrédulo y furioso–. ¿Y cómo vas a protegerme?, ¿manteniéndome aquí encerrada?

–Solo por un tiempo –le explicó Cristiano–. Bavasso es como un niño con un juguete en lo que se refiere a las mujeres. La mejor forma de conseguir que se olvide de ti es que parezca que estás con otro –hizo una pausa para que lo digiriera antes de continuar–. A Bavasso le gusta alojarse en mis hoteles y jugar en mis casinos, y si piensa que estás conmigo te dejará tranquila.

Bavasso era un hombre mezquino, pero solo se atrevía con aquellos más débiles que él. Estaba seguro de que no volvería a molestar a Laurel cuando comprendiera que estaba fuera de su alcance.

–¿Contigo? –exclamó Laurel. Apretó los labios–. O sea, que sugieres que para evitar que siga acosándome un hombre con el que no quiero nada, tengo que claudicar ante otro.

Sus palabras irritaron a Cristiano, que estaba seguro de que lo deseaba tanto como él la deseaba a ella.

–Ya estás otra vez comparándome con Bavasso, y no tengo

nada que ver con él.

–Bueno, es evidente que tú eres más atractivo –le concedió Laurel en un tono agrio–; lo reconozco. Y tus… dotes de seducción sin duda son más refinadas –añadió–, pero en el fondo es lo mismo.

–No, no lo es.

Su cuerpo vibraba de indignación y deseo. ¿Cómo se atrevía a compararlo con esa sanguijuela taimada de Bavasso? ¿Y cómo podía ser que estuviese consumiéndose de deseo por ella cuando estaba siendo tan insolente con él?

–Pues explícame dónde está la diferencia –lo desafió Laurel levantando la barbilla.

Cristiano se quedó mirándola un buen rato con la mandíbula y los puños apretados.

–Ya te lo he dicho: yo no te he amenazado, y desde luego no te voy a forzar. De eso puedes estar segura.

–¿Y por qué tendría que fiarme de ti? –le espetó ella–. Además, existen distintas formas de coaccionar a una persona.

Apartó la vista, ruborizada, y se mordió el labio inferior. Al comprender, una sonrisa afloró a los labios de Cristiano. No temía que la coaccionase; temía que fuera ella quien acabase cayendo en sus brazos.

–¿De coaccionar… o de seducir? –apuntó él suavemente.

Ella aspiró temblorosa, y levantó la barbilla, obligándose a mirarlo a los ojos, pero no podía engañarlo: sabía que se sentía atraída por él, aunque era un misterio por qué luchaba contra esa atracción. ¿Acaso estaba resistiéndose porque esperaba conseguir algo más de él?

–¿Y qué más me ofreces? –le preguntó–, aparte de protección.

–Placer –respondió Cristiano. Ella abrió mucho los ojos, pero no apartó la mirada.

–Eres el hombre más arrogante que he conocido.

–Solo estoy muy seguro de mí mismo.

Laurel sacudió la cabeza lentamente.

–¿Cuánto tiempo duraría ese… acuerdo entre nosotros?

–El tiempo que yo quiera.

La sensación de triunfo que lo invadió, llegó acompañada de un extraño e inquietante sentimiento de decepción. Después de su arranque de indignación de virgen pudorosa, Laurel estaba reaccionando justo como había esperado, como había querido que reaccionara… pero descubrió que no le gustaba verla claudicar.

–¿Y cuánto tiempo crees que será eso? –insistió ella. Sus ojos

relampagueaban y le temblaban los labios, mezcla de rabia y de temor–. A juzgar por lo que he leído de ti en las revistas, tus amantes no te duran más de una semana. Porque eso es de lo que estamos hablando, ¿no?, de que me convierta en tu amante.

–Llámalo como quieras.

Había tenido conversaciones muy directas con las mujeres que habían pasado por su vida, pero nunca se había sentido tan frío y mercenario como se estaba sintiendo en ese momento. Y, sin embargo, siempre había pensado que así era como debía comportarse, como un mercenario, sobre todo en lo referente a las mujeres. El mostrarse blando, por no hablar de caer en las redes del amor, era de tontos. Tontos como su padre, que había acabado desplumado y con el corazón roto por mujeres codiciosas como la madre de Laurel y su anterior esposa. En cuanto a su propia madre…

–Entonces, ¿cuánto tiempo? –insistió Laurel.

Cristiano la miró con los ojos entornados.

–El tiempo que haga falta para convencer a Bavasso de que estás fuera de su alcance –respondió. Y durante el tiempo que él quisiera.

–¿O sea, que lo haces pensando en mi seguridad? ¡Qué amable por tu parte…! –murmuró, y a Cristiano no le pasó desapercibido su sarcasmo.

La observó mientras se paseaba por el salón, con el largo cabello ondulado cayéndole en cascada sobre los hombros. Parecía una reina joven y vacilante.

–Para mí es importante saber que estás a salvo; lo creas o no.

–¿Y eso por qué? Dudo que hayas pensado en mí siquiera una vez en estos diez años.

–Pues te equivocas.

Su tono, que había sonado quedo, y más sincero de lo que había pretendido, la hizo detenerse.

–Los pensamientos que hayas tenido de mí no han podido ser buenos –respondió en un tono igual de quedó y sincero–. ¿También me equivoco en eso?

–Algunos eran… interesantes.

–¿Interesantes? Yo creía que me despreciabas.

–«Desprecio» es una palabra muy fuerte.

–Tu padre desprecia a mi madre.

–Pero yo no soy mi padre, ni tú eres tu madre.

–No, pero me has juzgado igual que a ella; nos has cortado a las dos por el mismo patrón.

–Y no me faltan razones. ¿O vas a decirme lo contrario?

Ella apartó la vista.

–No me escucharías.

Cristiano no era capaz de imaginar ningún escenario que pudiera excusar o explicar su comportamiento con Bavasso en el casino.

–Sí que lo haría –replicó–, aunque que te creyera o no es otra cuestión. Pero aun así, ¿qué te importa lo que piense de ti? Las emociones no tienen cabida en nuestro acuerdo. Esto trata de algo muy distinto, de algo básico, y muy, muy placentero.

Avanzó lentamente hacia ella. Tal vez hubiera llegado el momento de demostrarle lo placentero que podría ser…

–Desde luego suena de lo más tentador –murmuró Laurel con sorna–. Nada de emociones, ni de preocuparse por los sentimientos del otro… Solo sexo; y como mucho una semana.

–A mí me parece que suena perfecto –dijo él hasta detenerse frente a ella. Laurel no se había movido, y sabía que no lo haría–. Déjate de juegos –susurró, y la agarró por el cinturón del albornoz para tirar de ella hacia sí.

Ella no se resistió, tal vez porque no tendría sentido cuando era evidente que había estado haciendo un numerito. Con sus caderas contra las de él, una ráfaga de calor se desató en su interior. Aspiró entre dientes, y cuando tiró de nuevo del cinturón ella puso unos ojos como platos al notar lo excitado que estaba. Cristiano le puso un dedo bajo la barbilla y le hizo levantar la cara hacia él.

–En realidad esto podría ser muy sencillo.

–Lo será para ti.

–¿Y por qué no habría de serlo para ti también? –inquirió él acariciándole la mejilla. Laurel cerró los ojos y se estremeció–. ¿Ves cómo tu cuerpo responde al mío? –murmuró–. Y eso que no te he besado todavía… –volvió a acariciarle la mejilla, deleitándose con el tacto sedoso de su piel y con el nuevo temblor que la recorrió–. Juntos vamos a ser explosivos… Lo presiento… Lo sé…

Ella exhaló un suspiro tembloroso y volvió a abrir los ojos antes de apartarse de él y arrebujarse en el albornoz. Lo habría fulminado con la mirada si hubiera podido.

–Yo lo que sé es que eres un bastardo arrogante y manipulador, y que no tengo la menor intención de hacer ningún trato contigo. Ni ahora ni nunca –le espetó.

Y con un gemido ahogado, que sonó como un sollozo, se dio media vuelta, corrió al dormitorio y cerró tras de sí echando el

pestillo.

Capítulo 4

Laurel se paseaba de un lado a otro por el dormitorio de Cristiano, con el corazón desbocado y un cosquilleo por todo el cuerpo a pesar de la indignación que la embargaba. Por mucho que se hubiera envalentonado con él, la verdad era que había estado tentada, terriblemente tentada, de dejarse llevar por la atracción que sentía, y por un glorioso segundo había estado segura de que iba a besarla, se había imaginado la sensual caricia de sus labios…

¿Pero qué le estaba pasando? ¿Cómo se había dejado atrapar por aquella telaraña de manipulación, sexo y codicia? Llevaba una vida tranquila en una pequeña ciudad de Illinois, con su trabajo de enfermera, unos cuantos amigos y nada de novios. Por un instante visualizó en su mente la granja de su abuelo, con sus suelos gastados de madera de roble, y la vista de campos interminables a través de la ventana de la cocina con el brillo de las aguas del estanque a lo lejos. Ansiaba volver a casa, volver a estar en un entorno donde todo le era familiar, incluso aburrido, y se sentía segura.

Pero no podía abandonar el ático de Cristiano; al menos de momento. No podía sino tomarse en serio sus advertencias acerca de Bavasso… igual que sabía que su oferta de sexo sin ataduras también iba en serio.

Llena de frustración, siguió paseándose por la habitación, sintiéndose agitada y enjaulada. No iba a convertirse en su amante; sería faltarse al respeto a sí misma. Y sería un suicidio, porque sabía que el sexo con Cristiano la abrasaría, reduciéndola a cenizas.

Llamaron a la puerta y ella se quedó quieta, con todos los músculos en tensión.

–¿Sí?

–Tu ropa ha llegado.

Recelosa, abrió la puerta y encontró allí de pie a Cristiano, que le tendió unas bolsas de distintas boutiques.

–Gracias –le dijo con aspereza, y las tomó–. No tenías que haber pedido tanta ropa.

–¿Quién sabe cuánto tiempo te quedarás aquí?
–No mucho, si puedo evitarlo –replicó ella–. Voy a vestirme; luego tenemos que hablar.
–Estupendo. He pedido que nos suban algo de cenar; hablaremos mientras comemos.
Cuando Cristiano se hubo marchado, Laurel vació las bolsas sobre la cama y parpadeó asombrada al ver todas aquellas prendas tan elegantes. Había varios conjuntos, y hasta ropa interior. ¿Cómo diablos habría averiguado su talla de sujetador?, se preguntó mientras se ponía uno de encaje y satén en colores crudo y café. Bueno, teniendo en cuenta todas las mujeres con las que había estado, probablemente era capaz de adivinar la talla de sujetador de una mujer con solo mirarla.
Escogió el conjunto más conservador, una falda celeste con vuelo que le quedaba por las rodillas, y una blusa de manga corta de seda a juego. Ahora que llevaba puesto algo que no era inapropiado ni sugerente ya volvía a sentirse un poco más como ella misma. Casi como si las últimas setenta horas no hubieran ocurrido, aunque solo casi.
Además de la ropa Cristiano también había encargado un neceser con artículos de aseo y, aprovechando que había una pinza para el pelo, se lo cepilló y se hizo un recogido. Luego inspiró profundamente y salió de la habitación.
Cristiano estaba en la zona del comedor, al fondo del salón, disponiendo en la mesa la comida que les habían subido. Laurel aspiró el apetitoso aroma a albahaca y limón. No había probado bocado desde el almuerzo. Su estómago rugió y, cuando Cristiano alzó la vista había un brillo divertido en sus ojos grises. Ella soltó una risita vergonzosa.
–Tengo hambre –murmuró.
–Ya lo veo –respondió él–. Ven a sentarte –dijo señalando una de las sillas con un ademán.
Laurel se acercó y tomó asiento mientras él levantaba las tapas de las fuentes.
–¿Qué te apetece?
Laurel paseó la vista por la mesa. Había un montón de especialidades italianas distintas, desde *fiore di zucca*, un plato de flores de calabaza rellenas y fritas, hasta pasta carbonara y varias ensaladas.
–Pues todo tiene muy buena pinta.
–Entonces te serviré un poco de todo.
Laurel lo observó mientras le llenaba el plato, sintiéndose como

si hubiese caído presa en otra tela de araña. ¿Por qué Cristiano había cambiado su actitud de un modo tan drástico? ¿Por qué de repente se mostraba tan amable con ella?

–Gracias –murmuró cuando le tendió el plato.

Luego él se llenó el suyo y se sentó frente a ella.

–Vamos, come –le dijo–. Me alegra que te quede bien la ropa, por cierto –añadió–. Ese tono de azul ha sido una buena elección; resalta el color de tus ojos.

–Gracias, supongo.

Cristiano enarcó una ceja.

–¿Qué, eres incapaz de aceptar un cumplido?

–Es que ha sonado… –Laurel vaciló, preguntándose si no estaría reaccionando de un modo desproporcionado–… posesivo.

Cristiano se echó hacia atrás en su asiento.

–Deja de rebelarte contra la situación –le dijo en un tono perezoso–. Si te relajaras un poco esto sería mucho más agradable para los dos.

–¿Contra la situación, o contra ti?

–Ambas cosas.

Se quedaron mirándose fijamente, y Laurel sintió mariposas en el estómago al ver el brillo posesivo en los ojos de Cristiano. Sin embargo, en vez de sentirse indignada y cosificada, como sabía que debería sentirse, descubrió que esa mirada… la excitaba. Le excitaba saber que el fuego que refulgía en esos profundos ojos grises se debía a ella.

¿Que por qué se rebelaba contra él entonces? Porque era demasiado inocente, demasiado ingenua y demasiado confiada como para sobrevivir a la clase de trato que él le estaba proponiendo. Porque Cristiano era un hombre peligroso, tan peligroso como sostener una bengala en la mano y quedarse mirándola absorto por sus destellos y su chisporroteo. No tardaría en estallarle a uno en la cara, arruinando su vida.

–Quería preguntarte por mi madre –le dijo.

–¿Tu madre?

–Sí. Si Bavasso es tan malo como dices, me preocupa lo que pueda hacerle.

–Si algo sé, es que tu madre sabe cuidar de sí misma.

Laurel lo miró con los ojos entornados.

–¿Qué quieres decir con eso?

–Vamos, Laurel. No me vengas con esas –le espetó él con aspereza–. Los dos sabemos qué clase de persona es tu madre: una cazafortunas mentirosa sin moral y sin la menor vergüenza.

Laurel abrió la boca para replicar pero no fue capaz de articular palabra. No había pensado que fuera a expresar de un modo tan frío y tan duro lo que pensaba de su madre.

–Además –añadió Cristiano–, no tengo motivo alguno para no pensar que tú eres igual que ella.

Al ver que Laurel se estaba poniendo lívida, Cristiano deseó no sentirse culpable por haberle hablado con tanta crudeza. Tampoco tenía por qué parecer tan dolida, como si le hubiese pegado un puñetazo, cuando solo había señalado lo obvio.

–Vaya, no te molestes en edulcorarlo, por favor –le dijo Laurel sarcástica con voz trémula, mientras dejaba la servilleta junto al plato.

–No creo que haga falta edulcorar nada –contestó él–. Imagino que los dos somos conscientes de los hechos que rodearon el divorcio de nuestros padres.

–Si te refieres a que tu padre nos dejó fuera de su vida a mi madre y a mí sin despedirse siquiera, sí, soy consciente –le espetó ella con las mejillas encendidas.

–Lo dices como si fuese a ti a quien hubieran traicionado.

–Así fue como me sentí –Laurel apretó los labios, como si le hubiese revelado demasiado con esas palabras. Apartó la vista–. Pero es evidente que tú crees que no tenía derecho a sentirme así. Igual que piensas de mí, sin conocerme en absoluto, que estoy a un paso de ser una prostituta.

Cristiano se quedó callado un momento. Laurel parecía estar luchando contra una intensa emoción, y no daba la impresión de que estuviera fingiendo.

–No niego que eras muy joven cuando nuestros padres se divorciaron –dijo finalmente–. Puede que no estuvieras al tanto de los actos de tu madre.

–Y aun así me juzgas por el mismo rasero que a ella –contestó ella.

–Lo que he dicho es que no tengo motivos para pensar que eres distinta de ella. Demuéstrame si puedes que me equivoco.

–¿Por qué habría de tomarme esa molestia? –le espetó ella–. Eres… eres repugnante –se levantó de la mesa, tensa y temblorosa–. Me repugnas. Con esos aires de superioridad, como si estuvieras por encima de todo el mundo, juzgando a los demás por sus actos cuando no sabes nada de ellos. Sobre todo cuando tus propios actos son tan censurables como los de mi madre, o incluso

los de Bavasso.

–Ya te he dicho que no me compares con ese hombre –le advirtió Cristiano.

–¿Por qué no? Me tienes encerrada aquí…

–Lo que he hecho es rescatarte.

–Me has hecho una propuesta indecente y te niegas a dejarme ir. Pero al menos logré escapar de las garras de Bavasso… –murmuró ella, sacudiendo la cabeza y haciendo una mueca de asco.

Bavasso la repugnaba… El descubrirlo lo sorprendió y lo inquietó profundamente, y por primera vez no se preguntó a qué estaba jugando, sino si pudiera ser que en realidad no estuviera jugando a nada. Había estado intentado que le dijera la verdad, y parecía que lo había conseguido, aunque la verdad no era la que él esperaba, y eso lo había desconcertado.

–Tu madre me trae al fresco –le dijo–. Ni siquiera sé por qué estamos hablando de ella.

–Estamos hablando de ella porque estoy preocupada por ella, y me da igual lo que pienses de ella por lo que hizo hace diez años. ¿No podrías hacerme el favor de asegurarte de que esté bien?

Cristiano siempre había pensado que Elizabeth Forrester era la clase de mujer que sabía perfectamente a qué ascua debía arrimar su sardina, pero por deferencia hacia Laurel claudicó.

–Está bien.

–Gracias.

Bueno, parecía que habían alcanzado una tregua. Laurel volvió a sentarse y siguió comiendo.

–¿Por qué te sentiste traicionada por mi padre? –le preguntó Cristiano de repente. Ese comentario suyo lo tenía intrigado.

Laurel alzó la vista recelosa.

–Porque parecía que éramos una familia feliz, y un día, de pronto, me encontré a bordo de un avión con mi madre, de regreso a Illinois, y jamás volví a verlo.

–Pero tu madre tenía dos millones de euros más en su cuenta corriente –le recordó Cristiano.

–Dos millones de euros que tu padre recuperó –replicó Laurel–. Gracias al acuerdo prematrimonial blindado que habían firmado. No se quedó ni un céntimo.

–¿Y eso arregla las cosas? ¿Solo porque la pillaron?

–¿Haciendo qué, exactamente? –lo interpeló ella.

–Robándole a mi padre –le espetó Cristiano, irritado al verla intentando defender los actos indefendibles de su madre–.

Rapiñando su dinero poco a poco, robándoselo a escondidas.

–¿Puede llamársele robar cuando estaban casados? –inquirió Laurel en un tono quedo–. Lo que hizo fue traspasar dinero de una cuenta conjunta. Técnicamente era suyo también.

–Técnicamente –masculló Cristiano, escupiendo la palabra–. Pero por suerte la ley no lo consideró una cuestión técnica.

–Aun así –insistió Laurel–, en un matrimonio lo que es del uno es del otro. ¿O es que no crees en los votos que se pronuncian al casarse?

Cristiano estaba empezando a echar chispas. No había sido su intención remover el pasado, pero Laurel estaba tirándole de la lengua.

–Le estaba robando, lo pongas como lo pongas.

–Reconozco que esa es la impresión que daba, pero ella no pretendía…

–¡Por amor de Dios estaba desviando dinero de varias cuentas a otra en el extranjero con un nombre distinto! –la interrumpió Cristiano, su voz cortante como una cuchilla–. ¿De verdad estás defendiéndola?

–No la defiendo –replicó Laurel sonrojándose–. Sé que no…

Se quedó callada y sacudió la cabeza, visiblemente aturdida, porque no podría defenderla aunque quisiera.

–¿Y para qué quería el dinero? –continuó Cristiano, ya desatado–. ¿Para el día en que se fuera con un hombre más joven? Teniendo en cuenta su comportamiento desde entonces, parece lo más plausible.

Laurel palideció de nuevo.

–¿Qué sabes tú de cuál ha sido el comportamiento de mi madre desde entonces?

–Esta noche no era la primera vez que venía a La Sirena.

No era que llevara la cuenta de los romances de Elizabeth, pero la había visto suficientes veces en los últimos diez años, normalmente del brazo de algún aristócrata engreído, flirteando y haciendo que le entraran ganas de vomitar, como para saber que vivía de su ingenio y de su belleza, que estaba marchitándose con el tiempo. Y cada vez que la había visto, sentía que había hecho bien al contarle a su padre lo de esa cuenta privada que había descubierto diez años atrás.

–Pero esta noche sí era la primera vez que yo venía a La Sirena –apuntó Laurel quedamente–. ¿O de eso no te habías dado cuenta?

Cristiano se quedó mirándola, intentando descifrar qué estaba tratando de decirle. ¿Que era distinta de su madre?

–¿Y por qué viniste?

Se quedó esperando su respuesta, preparándose para una triste historia sobre que estaba pasando un mal momento, y que estaba desesperada, pero Laurel frunció los labios y sacudió la cabeza.

–Eso no importa.

Cristiano prefirió dejarlo así. No, no importaba. No tenía ningún interés en ahondar en ello, pero lo cierto era que sentía curiosidad por saber qué habría sido de su vida en esos diez años.

Laurel jugueteó con la comida que le quedaba, removiéndola con el tenedor antes de apartar el plato.

–Perdona, ya no tengo hambre –se disculpó–. Creo… creo que me voy a acostarme. Es tarde y ha sido un día muy largo. Un par de días muy largos –se corrigió. Se levantó y se quedó quieta un momento, vacilante–. Gracias –dijo–; por la ropa, por la comida, y por dejar que me quede.

Cristiano se levantó también.

–Te acompañaré a tu habitación.

Ella abrió mucho los ojos.

–No es necesario.

–Ya lo creo que lo es –replicó él con suavidad.

La condujo hasta la habitación de invitados que estaba al otro lado del pasillo, frente a la suya. Cuando le abrió la puerta, Laurel cometió el error de volverse para mirarlo. Una ráfaga de calor se formó entre los dos, y ella exhaló un suspiro tembloroso. Cristiano la asió por la muñeca y notó como se disparaba el pulso bajo sus dedos. Laurel apretó los labios.

–Cristiano, no… –susurró.

–¿Que no qué?

–No me toques.

–¿Que no te toque? –murmuró él, acariciándole la muñeca con el pulgar–. ¿Es eso lo que quieres decir? –deslizó la yema del pulgar por la palma de su mano, y luego subió hasta la cara interna del codo. Laurel seguía paralizada–. ¿Por qué negar lo que hay entre nosotros?

–Entre nosotros no hay nada –replicó ella, casi en un hilo de voz.

–Tu cuerpo no parece opinar lo mismo.

–Hace diez años me apartaste como si fuera una molestia para ti.

–Hace diez años eras una chiquilla. ¿Qué esperabas que hiciera? –le espetó él–. La cuestión es la atracción que siento por ti ahora. Y que tú también sientes por mí. ¿Por qué no rendirnos a la

evidencia, a lo que los dos queremos?

En los ojos de Laurel había indecisión, pero también deseo. Lo único que necesitaba era un pequeño incentivo, un empujoncito que la hiciera caer en la tentación… y él estaba más que dispuesto a dárselo.

–Deja de preocuparte –murmuró bajando la cabeza. Su boca quedó a solo unos milímetros de la de ella, y podía oír su respiración entrecortada–. ¿De qué tienes miedo? –inquirió, a punto ya de rozar sus labios.

–De esto –susurró ella.

Y Cristiano la besó.

Capítulo 5

El beso fue tan dolorosamente maravilloso como siempre lo había imaginado. Mejor. Mucho mejor. Dulce y misterioso al mismo tiempo, y tan intenso… Cristiano tenía todo el control y era como si también la controlase a ella. Laurel echó la cabeza hacia atrás cuando hizo el beso más profundo, explorando con la lengua cada rincón de su boca, tomando posesión de ella y haciendo que todo su cuerpo palpitase de placer. No era más que un beso, pero era como si estuviese sacudiendo los cimientos de su alma.

Cristiano le puso una mano en la cintura, y cuando sus dedos se aferraron a la curva de su cadera, sintió su calor a través de la fina tela de la falda, como si la abrasara, y la excitación que se estaba apoderando de ella, y que era incapaz de reprimir o de negar, se disparó por sus venas y la hizo ponerse de puntillas.

Cristiano la atrajo hacia sí, apretándola contra su cuerpo, y la besó en el cuello, trazando con la lengua círculos sobre su piel febril mientras le acariciaba las caderas y los muslos, haciéndola sentirse como la cuerda de un arco estirada al límite. Estaba a punto de explotar, y se arqueó hacia él, incapaz de contenerse.

Con un gruñido, Cristiano metió la mano por debajo de la falda para acariciar la cara interna de sus muslos. Luego tiró con el pulgar de las braguitas, y cuando deslizó los dedos dentro de ellas, a Laurel se le escapó un gemido ahogado.

Durante unos segundos de puro éxtasis fue incapaz siquiera de pensar. Nunca la habían tocado de un modo tan íntimo, ni con tanta pericia. Cristiano sabía exactamente cómo volverla loca con unas pocas caricias. Pronto se notó todos los músculos tensos, y se encontró clavándole las uñas en los hombros mientras se debatía entre recobrar el control y abandonarse al placer. Sabía que ambas cosas no podían ser, pero no sabía qué bando quería que ganase en aquella batalla que estaba librándose en su interior.

Abrió los ojos y, a pesar del deseo que le nublaba la vista, vio su reflejo en el espejo que ocupaba una de las paredes: las mejillas sonrosadas, los labios hinchados, los ojos entrecerrados, las caderas arqueadas… Cristiano, en cambio, parecía imperturbable, como siempre. Su expresión era hermética mientras seguía

estimulando con los dedos la parte más íntima de su cuerpo. Casi parecía un científico frío y desapasionado llevando a cabo un experimento cuyos resultados ya conocía de antemano. Se apartó de él con un gemido, y Cristiano se quedó mirándola aturdido.

–¿Qué…? –comenzó a preguntarle con los ojos entornados.

–No… –le dijo ella jadeante.

Todo su ser palpitaba por el deseo insatisfecho… y también por la vergüenza que la embargaba. Había caído en sus brazos, en su trampa.

–No… –volvió a decir, y entró tambaleante en la habitación y le cerró la puerta en las narices.

Echó el pestillo y espiró temblorosa, con el cuerpo aún vibrando de placer… y de frustración. Se apartó el cabello del rostro y paseó arriba y abajo, preguntándose qué iba a hacer ahora.

Esperar parecía la única opción. Entró en el cuarto de baño a lavarse la cara y se peinó. Luego volvió al dormitorio y se dejó caer en un sillón de cuero junto a la ventana, que se asomaba al Tíber, cuyas aguas brillaban con la luz de la luna. Debían ser por lo menos las tres de la madrugada y estaba exhausta, pero sabía que sería incapaz de conciliar el sueño. Intentó vaciar su mente, pero era un enjambre de preocupaciones y recuerdos. La mirada lasciva de Bavasso, su huida desesperada, el beso de Cristiano…

Y, sin embargo, debió quedarse dormida, porque unos golpes en la puerta la despertaron. Había estado soñando… soñando con Cristiano. Sus manos… sus labios… Sentía un cosquilleo por todo el cuerpo, como si hubiese estado acariciándola de nuevo.

–¿Sí? –respondió. Su voz sonaba ronca y áspera.

–He indagado lo que me pediste –dijo Cristiano a través de la puerta en un tono bronco–. Tu madre está bien.

Laurel tragó saliva.

–¿Dónde está?

–Ha vuelto a la pensión en la que estabais alojadas. Bavasso le gritó, pero eso fue todo. Es contigo con quien está enfadado, no con ella. ¿Quién sabe?, a lo mejor arreglan las cosas y aquí no ha pasado nada.

–Entonces, ¿sigue enfadado conmigo? –inquirió tras una tensa pausa.

–Yo cuidaré de ti. No dejaré que Bavasso te moleste ni que te haga daño.

Su tono, vehemente y sincero, hizo que a Laurel se le saltaran las lágrimas. Y, sin embargo, aunque estaba diciendo que cuidaría

de ella, él acabaría haciéndole daño de otra manera muy distinta. Parpadeó para contener las lágrimas y no contestó.

–Duerme un poco –dijo Cristiano–. Falta poco para que amanezca; ya hablaremos luego.

–De acuerdo.

Pasó un momento, silencioso, interminable. De algún momento Laurel sabía que aún seguí allí.

–¿Cristiano? –lo llamó suavemente.

–¿Sí?

–Gracias.

Como se había dejado la ropa y la bolsa de aseo en el dormitorio de Cristiano, se quitó la falda y se metió en la cama con la blusa de manga corta y las braguitas. Hacía una noche cálida, así que había dejado abierta la ventana. La luna ya estaba desvaneciéndose, y el horizonte estaba adquiriendo el gris perlado que precedía al alba. Le dolía todo el cuerpo y parecía que tuviera los ojos llenos de serrín. Necesitaba dormir.

Se hizo un ovillo y cerró los ojos con fuerza, deseando volver a estar en casa. Daría lo que fuera por poder rebobinar los tres últimos días, por regresar al momento en que su madre se había presentado en su casa, en la que había sido la granja de su abuelo. Debería haberle dado con la puerta en las narices. Pero en vez de eso la había dejado entrar. Y la había dejado hablar. Era tan tonta que no perdía la esperanza de que su madre le demostrara que la quería, cuando la realidad era que cada vez que se ponía en contacto con ella era porque quería algo de ella.

–Cariño, ni te imaginas lo que voy a contarte –le había anunciado ese día–: he conocido a alguien.

Laurel se había quedado mirándola impertérrita. Eso no era una novedad.

–Quiere conocerte. Y yo quiero que lo conozcas –le había dicho su madre con una sonrisa de niña traviesa. Sin embargo, había un brillo desesperado en sus ojos. Tenía cuarenta y seis años y sus días de pescar famosillos y ricos hombres de negocios estaban contados–. Puede que quiera que me case con él.

–¿Ah, sí? –había respondido ella, que no sabía muy bien si eso sería bueno o malo.

Hacía dos años que no la veía. Ni siquiera había ido al funeral de su abuelo, tres meses atrás, porque estaba en Mónaco.

Su madre se había paseado por el salón, con su alfombra de retales y el sofá descolorido, y se había estremecido.

–Siempre he odiado este lugar –había dicho con una mueca,

mirando a su alrededor–. No sé cómo sigues viviendo aquí.

–Me encanta esta casa –le había respondido ella en un tono quedo–. Es el único hogar que he conocido.

Su madre había apretado los labios. Detestaba cualquier alusión a sus deficiencias como madre.

–Siento que de niña no pudiera darte una vida más estable –le había dicho con aspereza–. Si tu padre…

–No es eso lo que quería decir.

Su madre se había vuelto para mirarla.

–Entonces, ¿vendrás a Roma para conocer a Rico? Solo serán unos días.

Laurel se había quedado boquiabierta.

–¿A Roma? ¿Y por qué tendría que ir yo? Quiero decir… ¿no puede venir él aquí? ¿Y para qué quiere conocerme?

–La familia es muy importante para él. Y yo necesito que esto salga bien, Laurel –la desesperación en los ojos de su madre se había intensificado–. Si haces esto por mí te daré lo que siempre has querido; te lo prometo. Lo único que te pido es que le demuestres a Rico que somos una familia unida, y que te alegras de que vaya a formar parte de tu vida. ¿Es eso mucho pedir?

Cristiano estaba tendido en la cama, completamente despierto y aún excitado por los besos con Laurel y por el recuerdo del tacto de su piel, suave como la seda. Se cambió de postura, intentando reprimir el ansia que le tensaba la entrepierna y el sentimiento de culpa que lo embargaba.

No se oía ruido alguno del otro dormitorio. Confiaba en que Laurel estuviera dormida. Debía estar exhausta, después de todo lo que había soportado aquella noche; incluido su comportamiento con ella.

La culpa era una emoción inconveniente, pensó, una emoción a la que no estaba acostumbrado. Siempre había llevado a gala que hablaba a todo el mundo con franqueza y que nunca fingía afectos que no sentía. Las mujeres con las que había estado sabían desde un principio lo que estaba y no estaba dispuesto a dar. Y eso, en su opinión, era algo admirable, honorable.

¿Por qué entonces tenía la sensación de que sus actos de esa noche no lo habían sido, de que había utilizado a Laurel, igual que había hecho Bavasso? Ella había respondido a sus caricias, de eso no había duda, pero cuando se había apartado de él, lo había mirado dolida y espantada, como si le hubiese hecho daño.

Incapaz de seguir allí echado ni un minuto más, se levantó de la cama y se puso una camiseta y unos pantalones de pijama. La luz sonrosada del alba despuntaba ya en el horizonte. No iba a volverse a la cama porque sabía que no se dormiría, y necesitaba, decidió agarrando su ordenador portátil de camino al salón, averiguar más cosas acerca de Laurel.

Se preparó una taza de café solo y se tumbó en uno de los sofás con el ordenador sobre el regazo. Tecleó su nombre en el buscador y esperó a que aparecieran los resultados. Pasó páginas y páginas de resultados que era obvio que se referían a otras personas –una profesora de física de Colorado, un ama de casa de Carolina del Sur…– antes de dar con algo que atrajo su atención, simplemente porque era sobre una Laurel Forrester de Illinois. Enlazaba a la página web de un hospital en Canton Heights.

Frunció el ceño y pinchó en el enlace. Era un directorio del personal del hospital, y allí aparecía una tal «Laurel Forrester, enfermera». ¿Era enfermera? No encajaba para nada con la Laurel a la que había visto entrar en el casino esa noche del brazo de uno de los empresarios de reputación más turbia de Roma.

Cerró el portátil, echó la cabeza hacia atrás y recordó el momento en que la había visto entrar en el casino. Él estaba de pie, junto a la mesa de la ruleta, vigilando con discreción a los clientes para asegurarse de que ninguno se desmandase. Sus establecimientos eran lugares respetables y con clase, donde el juego era un pasatiempo digno y no una fuente de rivalidad salvaje.

Por el rabillo del ojo había visto un destello plateado y sin saber por qué se le había erizado el vello de la nuca. Al volverse a la primera a la que había visto había sido a Elizabeth, la madre de Laurel, que llevaba un vestido de cóctel de color carmesí demasiado ajustado y corto para una mujer de su edad, aunque aún tuviera buen tipo.

Al ver a aquella cazafortunas que había arruinado la vida de su padre, se había puesto tenso y sus labios se habían curvado en una mueca de aversión. Después había visto a Laurel. La había reconocido al instante, a pesar de que habían pasado diez años. Y luego había visto del brazo de quién iba.

Se había fijado en el atrevido vestido, las sandalias de tacón de aguja y el vistoso maquillaje que lucía, y se le habían revuelto las tripas al ver a Bavasso atraerla hacia sí para sentarla en su regazo. Ella no se había movido, sino que había permanecido con la sonrisa pegada en los labios, dispuesta a aguantar… ¿Pero para

qué? ¿Le habría pagado Bavasso por esa atención servil… y quizá por algo peor?

Él se había quedado a un lado, observando a Laurel y a Bavasso con la sangre hirviéndole en las venas. Bavasso fue directo a la mesa de bacará, como siempre hacía, flanqueado por dos de sus matones y con Laurel de su brazo. Elizabeth iba detrás, visiblemente ansiosa, pero tratando de fingir que no lo estaba. Era obvio que Laurel llevaba las riendas, aunque su madre también formase parte del plan; un equipo madre-hija.

Al ver al gusano de Bavasso sentando en su regazo a Laurel, había tenido que hacer un esfuerzo sobrehumano para quedarse donde estaba. También vio la mueca de desagrado de Laurel, y cómo luego levantó la barbilla y siguió sonriendo. Era evidente que detestaba lo que estaba haciendo, pero que aun así estaba decidida a hacerlo. Esa era la clase de mujer que era, se había dicho.

¿Por qué, entonces, estaba empezando ahora a tener dudas? Para él lo que contaban eran los hechos, y era un hecho que Laurel había accedido a subir a la suite de Bavasso.

Con un suspiro abrió de nuevo el portátil y volvió a la página web del hospital para ver si podía encontrar algo más. Al cabo de un rato encontró una sección con mensajes de agradecimiento y fotografías de pacientes, donde había una de Laurel, de pie junto a una mujer mayor y sus hijos. Tenía cara de cansada, pero en sus labios había una sonrisa. Era una sonrisa auténtica, amable y cálida.

Volvió a cerrar el portátil y lo dejó sobre la mesita. Le picaban los ojos y estaba empezando a dolerle la cabeza. Fuera la luz del sol se desparramaba ya sobre la ciudad. Se levantó, abrió las puertas correderas de la terraza e inspiró el aire estival.

Salió fuera y apoyó las manos en la barandilla mientras observaba la ciudad a sus pies, que estaba empezando a despertar. Laurel también se despertaría pronto y tenían que hablar.

Al principio había creído que no sería necesario que hablasen, que aquella sería una «transacción» sencilla, grata para ambas partes. Sin embargo, esa noche se había encontrado con animosidad, dudas y rechazo por parte de Laurel, aunque también deseo. Tenía que averiguar qué estaba pasando por su mente antes de decidir cuál sería su próximo movimiento.

Un ruido que venía de dentro lo hizo quedarse quieto, escuchando. Por encima del ruido distante del tráfico de primeras horas de la mañana le pareció volver a oírlo. Era como un gemido,

o un grito ahogado. Volvió dentro, cerró las puertas de la terraza y se quedó escuchando de nuevo.

Parecía que venía de la habitación de Laurel. ¿Sería que no se encontraba bien? Preocupado, fue rápidamente hacia allí y llamó a la puerta con los nudillos.

–¿Laurel?

Solo le contestó el silencio, y al poco se oyó otro lastimero gemido. Probó el picaporte una y otra vez, pero era en balde porque la puerta estaba cerrada por dentro.

–Laurel, contéstame. ¿Estás bien?

De nuevo solo obtuvo sollozos por respuesta. No se lo pensó más, sino que retrocedió unos pasos y cargó contra la puerta. Tras un par de intentos finalmente logró reventar el pestillo y la puerta se abrió.

–Laurel… –la llamó suavemente, acercándose a la cama y poniéndole la mano en el hombro–. Laurel, estás soñando. No pasa nada; despierta…

Ella se estremeció, y sus facciones se contrajeron aún más, como si estuviese sufriendo una horrible agonía.

–No… –murmuró–. No, por favor… No quiero… –volvió a gemir angustiada y hundió el rostro en la almohada.

A Cristiano le llevó un minuto darse cuenta, para su espanto, de que estaba reviviendo en sueños el momento en que Bavasso había intentado violarla. Sintió repugnancia, pero no solo de Bavasso, sino también de sí mismo por su arrogancia, por haber creído que Laurel deseaba sus atenciones.

–Laurel, *cara*, por favor, despierta –la llamó de nuevo, zarandeándola suavemente por el hombro para no asustarla ni sobresaltarla.

Laurel despertó al fin dando una boqueada, como si hubiese estado sumergida, ahogándose, y hubiese salido de pronto a la superficie. Estaba muy pálida y sus ojos, abiertos como platos, lo miraban desorientados.

Un profundo alivio lo invadió.

–Laurel, estás bien –le dijo–. No ha sido más que un sueño.

Ella parpadeó varias veces, pero Cristiano no sabría decir si ya estaba despierta del todo o aún seguía atrapada en aquella pesadilla.

–No, no era un sueño… –murmuró Laurel, y dejó escapar un sollozo entrecortado–. Era real.

Sin pensar siquiera en lo que estaba haciendo, Cristiano se subió a la cama, se acurrucó a su lado y la atrajo hacia sí,

apretándola contra su pecho. Se sentía bien con ella entre sus brazos, y de pronto una profunda emoción sacudió su corazón, que llevaba largo tiempo dormido.

–No pasa nada –le susurró–. Conmigo estás a salvo.

Capítulo 6

Los vestigios de la pesadilla seguían envolviendo a Laurel como una neblina gris, destruyendo todo pensamiento racional. Los brazos de Cristiano, fuertes y cálidos, la rodearon, haciéndola sentirse a salvo, protegida.

Una vocecilla en su mente le susurraba que debería zafarse, apartarlo de ella, pero la pesadilla aún la dominaba –el recuerdo de la cruel expresión de burla de Bavasso, sus manos toqueteándola…–, y Cristiano estaba murmurándole palabras de consuelo. Y el estar entre sus brazos era tan agradable…

Se acurrucó contra él y cerró los ojos. No quería moverse, ni pensar. La pesadilla seguía ahí, acechándola, como el monstruo de la oscuridad debajo de la cama. Se estremeció, y Cristiano la abrazó con más fuerza.

–No pasa nada –le susurró–. Conmigo estás a salvo.

Sabía que no debería creerle, que no debería confiar en él, pero lo hizo, porque en ese momento necesitaba confiar en alguien.

Cristiano le acariciaba la espalda y el cabello, susurrándole palabras en italiano. Sonaba como un riachuelo, como música. Cerró los ojos e intentó hacer retroceder al monstruo. Pero Bavasso seguía allí, en los límites de su conciencia. Todo había ocurrido tan deprisa…

Se suponía que habían subido a la suite a brindar con champán para celebrar que iban a convertirse en una familia, y que su madre se uniría a ellos poco después, pero cuando entraron Bavasso había cerrado la puerta y ella apenas había tenido tiempo de parpadear. De pronto él la agarró y apretó sus labios contra los de ella. Laurel se había quedado paralizada, y cuando Bavasso le estrujó los pechos se revolvió, pegándole patadas, chillando y clavándole las uñas, hasta que finalmente había conseguido zafarse de él y huir de la suite con él pisándole los talones y lanzando improperios.

–Laurel… Laurel… –murmuró Cristiano, devolviéndola al presente.

Había tomado su rostro entre ambas manos, y Laurel se dio cuenta de que estaba llorando en silencio, con las lágrimas

rodándole por las mejillas. Mientras Cristiano se las enjugaba suavemente con los pulgares, levantó el rostro hacia él. Era un gesto tan tierno, tan íntimo, que un profundo anhelo de cariño se apoderó de ella.

Nadie la había tocado de esa manera, y era extraño que estuviera haciéndolo Cristiano, un hombre que no le había mostrado la menor compasión, ni tampoco comprensión. Un hombre cuyas caricias la hacían sentirse como si estuviera abrasándola. Y lo peor era que le gustaba. Aquella vocecilla en su mente que había estado recordándole que aquello era peligroso, que era una locura, se desvaneció, y se encontró arqueándose hacia Cristiano.

Él suspiró y, con el rostro de Laurel aún entre las manos, inclinó la cabeza y rozó sus labios suavemente contra los de ella. Fue un beso completamente distinto del calculado y fogoso asalto en el pasillo. Era como un bálsamo, como un regalo que ella aceptó, abriendo la boca y aferrándose a su camiseta con las manos. Las lenguas de ambos se enroscaron, y el beso se volvió apasionado a la vez que increíblemente dulce.

Cristiano, cuya respiración se había tornado entrecortada, entrelazó sus piernas con las de ella, y Laurel sintió la presión de su miembro erecto contra su vientre. Era una sensación electrizante. Todo su cuerpo zumbaba de deseo, anulando sus pensamientos. Deslizó las manos por debajo de la camisa, palpó la suave piel de su torso y los tensos músculos abdominales y exhaló un suspiro tembloroso. Cristiano, excitado, aspiró entre dientes.

–Laurel… –murmuró, y su nombre sonó como una advertencia.

–Por favor –le susurró ella cerrando los ojos–. Por favor, acaríciame.

Eso era lo que quería. Necesitaba sentirse deseada, querida, aunque solo fuera brevemente. Aunque supiera que no era real porque no era ingenua hasta ese punto. Pero sí, quería aquello, y no quería pensar en las consecuencias.

–Haces que me sienta hermosa –susurró mientras los labios de Cristiano recorrían su piel, desde la mandíbula hasta la garganta. Subió las manos a sus brazos y cerró los dedos en torno a sus tensos bíceps–. Haces que me sienta deseada.

–Es que te deseo –respondió Cristiano con voz ronca, rozando con los labios su piel acalorada.

Laurel volvió a suspirar temblorosa cuando su boca siguió bajando. Cristiano metió las manos por debajo de la blusa de manga corta que se había dejado para dormir, y cuando apretó las

palmas contra sus senos emitió un intenso gemido. ¿Cómo podía ser aquello tan placentero? Y, sin embargo, el cosquilleo que afloró en su vientre y se expandió hacia sus muslos le hizo darse cuenta de que quería más, mucho más.

Cristiano le subió la blusa y su boca descendió sobre uno de sus senos para atormentarla. Laurel se arqueó, agarrándole la cabeza con las manos para que no parara.

Jadeó su nombre cuando Cristiano siguió bajando. Trazó con la lengua el contorno de su ombligo y rozó con los labios la suave piel de su vientre. Iba a tocarla, a besarla… allí, en la parte más íntima y vulnerable de su cuerpo. Laurel se tensó como la cuerda de un arco, esperando con impaciencia…

Cristiano vaciló y la besó justo debajo del ombligo.

–¿Estás segura de que quieres esto? –inquirió, y Laurel dejó escapar una risa entrecortada.

–Sí.

–Pero acabas de pasar por un auténtico calvario…

¿Ahora se le ocurría mencionar eso?, ¿ahora iba a mostrarse comprensivo, compasivo?

–No vayas a ponerte ahora en plan moralista –lo increpó ella jadeante.

Cristiano se rio.

–Está bien, no lo haré.

Su boca fue más abajo y cuando comenzó a lamerla, desatando ráfagas de placer en su interior, Laurel hizo un ruido que nunca antes había hecho, a medio camino entre un sollozo y un grito. Se sentía como si su cuerpo estuviese resquebrajándose en mil fragmentos, como un cristal, y un torbellino de sensaciones se apoderó de ella, arrancándole un prolongado gemido. Y entonces Cristiano se colocó sobre ella y la penetró por fin. La sensación fue a la vez inesperada y maravillosamente agradable.

Sintió una punzada de dolor cuando se movió dentro de ella, y Cristiano se quedó quieto y maldijo entre dientes.

–No me digas que eres… –murmuró apoyado en los codos.

Los músculos de sus brazos estaban tan tensos que parecían sogas, y tenía la frente perlada de sudor.

Ella alzó el rostro hacia el de él. Todo su cuerpo palpitaba de deseo, y sus músculos internos palpitaban en torno a su miembro. El ansia le hizo arquear las caderas en un intento por atraerlo más dentro de sí.

–¿Que no soy qué?

Cristiano tenía el rostro contraído y los dientes apretados por el

esfuerzo que estaba haciendo por contenerse.

–Virgen –masculló–. Dime que no lo eres.

–¿Acaso importa? –inquirió Laurel suavemente.

A ella no le importaba. Necesitaba aquello. Era ella quien se lo había pedido. ¿Por qué entonces parecía Cristiano tan angustiado? Había sido ella quien había decidido que lo hicieran, no él.

–¿Recuerdas lo que te he dicho de que no te pusieras en plan moralista? –le preguntó sin aliento.

–Lo recuerdo –respondió él muy serio.

Laurel no podía creer lo que estaba pasando. ¡Pero si estaba dentro de ella! ¿No iría a parar ahora? Ya era un poco tarde para arrepentirse.

–Cristiano… –lo rodeó los hombros con los brazos y deslizó las manos por su espalda para atraerlo más hacia sí.

Un gemido ahogado escapó de su garganta cuando Cristiano apretó los labios y empujó las caderas, penetrándola hasta el fondo. Luego, con un gruñido, empezó a moverse.

Aquella sensación extraña de tenerlo dentro de sí se convirtió pronto en algo más, en una sensación increíble, maravillosa, y Laurel arqueó una y otra vez las caderas, moviéndose acompasadamente con él, y sintió que empezaba a resquebrajarse de nuevo…

Virgen… Nunca lo habría imaginado. Y desde luego no se lo había esperado. Presa aún de los coletazos del orgasmo más explosivo que había tenido nunca, Cristiano rodó sobre la espalda y se quedó mirando el techo mientras intentaba desentrañar el cúmulo de emociones que sentía en ese momento: culpabilidad, placer, ira y un profundo y ancestral orgullo por haber sido el primer hombre con el que lo había hecho. El único hombre con el que lo había hecho.

Giró la cabeza hacia Laurel, que también se había quedado mirando el techo. Parecía pensativa. Todo su cuerpo estaba teñido de un suave rubor, tenía los labios hinchados por sus besos, y el rubio cabello desparramado sobre la almohada. El solo mirarla hizo que le entraran ganas de hacerle el amor otra vez.

–Vaya… –murmuró, exhalando un suspiro de satisfacción que le arrancó una sonrisa–. Me alegro de haberlo hecho.

Lo decía como si acabase de bajarse de una noria en un parque de atracciones. Cristiano no sabía si sentirse irritado o halagado. Laurel se volvió hacia él, con las cejas enarcadas y una adorable

sonrisa insegura.
–¿Y tú? –le preguntó.
¿Él? Desde luego que sí. El sexo con ella había sido… alucinante. Nunca había disfrutado tanto con el sexo, y eso que lo había hecho con un montón de mujeres… Pero Laurel había sido virgen hasta hacía un momento y no debería haberse aprovechado de ella. Sobre todo teniendo en cuenta que acababa de despertarse de una pesadilla causada por el hombre que había intentado violarla horas antes. Y él acababa de arrebatarle la inocencia.
Laurel quizá lo dudara, pero tenía un código de honor y había faltado a él con el comportamiento que acababa de tener. No, había faltado a él con el comportamiento que había tenido con ella desde que había llegado a su ático.
–Te está llevando mucho contestar, así que supongo que no –dijo Laurel con voz temblorosa, antes de incorporarse para alcanzar su blusa.
–Sí que me ha gustado –dijo él, en una voz que sonó desapasionada–. Obviamente. Pero deberías haberme dicho que eras virgen.
Laurel se puso la blusa y se volvió hacia él con una ceja enarcada.
–¿Y acaso me habrías creído?
No, no la habría creído. Jamás.
–Aun así deberías habérmelo dicho –insistió él.
–Era algo muy personal, y creo que era a mí a quien le correspondía decir si debía decírtelo o no –le espetó ella–. Es mi cuerpo.
–Pero yo tengo una responsabilidad para contigo…
–No, soy yo quien tengo una responsabilidad para conmigo misma –lo cortó ella–. Fui yo quien decidió que quería hacerlo contigo, así que mira por dónde estás libre de culpa. Aunque no sé por qué habrías de sentirte culpable; hace unas horas, cuando estabas proponiéndome que fuera tu amante no parecías tan preocupado por esas cuestiones morales.
Se merecía lo que Laurel estaba diciéndole, pero aun así lo irritó.
–Eso es completamente distinto.
–¿Ah, sí? ¿Por qué?, ¿por qué no soy como creías que era?
Cristiano pensó en esa foto que había visto de ella con un paciente y sus familiares. No, no era como él había creído.
–¿Y qué hacías con Bavasso esta noche? –quiso saber–. ¿Por qué estabas comportándote como… como una vulgar ramera?

Sabía que lo que le estaba diciendo era injusto, pero estaba celoso. Y enfadado. Ella lo miró dolida antes de apartar la vista.

–No quiero hablar de eso.

–Pues yo sí.

–Pues lo siento por ti.

–Maldita sea, Laurel –saltó él, que estaba empezando a perder la paciencia–. Tengo derecho a saberlo.

–¿Por qué?, ¿solo porque acabo de acostarme contigo? –le espetó ella alzando la barbilla desafiante. Sus ojos echaban chispas–. Dudo que hayas tenido esas mismas exigencias con todas las mujeres con las que te has acostado.

–No sabes nada de mí.

–Ni tú de mí –le espetó ella levantándose de la cama. Se tiró de la blusa en un intento inútil de taparse el trasero–. Así que estamos en paz. Y ahora, si no te importa, quiero que te vayas.

–Sí, me importa –respondió él echándose sobre los almohadones y cruzándose de brazos.

No sabía exactamente qué quería sacar de aquella discusión, pero desde luego no iba a dejar que lo echase con cajas destempladas.

Laurel le sostuvo la mirada con los labios fruncidos y los ojos entornados.

–¿Qué es lo que quieres de mí?

Ni siquiera él lo sabía.

–¿Por qué eras virgen hasta hace un momento?

–¿Que por qué? –Laurel lo miró incredulidad–. ¿Para qué quieres saberlo?

–Concédeme ese gusto.

Laurel sacudió la cabeza.

–¿Para qué voy a darte explicaciones? Primero me tomaste por una fulana, y ahora que has descubierto que era virgen tampoco te cuadra.

No necesitaba que le señalara sus incoherencias.

–¿Vas a decirme por qué o no? –masculló.

–¿Y qué hay de raro en que lo fuera? ¿Hay alguna ley que diga que a los veinticuatro años ya no puedes ser virgen?

–La mayoría de las mujeres…

–Yo no soy como la mayoría de las mujeres.

No, era un enigma, y eso lo irritaba. Necesitaba que las cosas fueran sencillas, que ella fuera como había dado por hecho que era, porque lo contrario hacía que se le revolviesen las tripas por el modo en que se había comportado con ella.

Laurel se irguió, toda digna y airada, aunque estropeó esa pose al tirarse de nuevo de la blusa.

–¿O sea que te vas a quedar ahí? –le espetó–. ¿En mi cama?

–En realidad es mi cama.

Laurel apretó los labios, y de repente le pareció tremendamente vulnerable. Cristiano giró la cabeza hacia la ventana y miró el cielo, que mostraba un azul pálido. Era un poco más de las siete.

–Deberías dormir un poco más –le dijo. Se levantó de la cama y se agachó para recoger su pantalón–. Ya hablaremos luego.

Laurel se cruzó de brazos, como para parecer más fuerte.

–¿Sobre qué?

–Sobre todo –respondió él, y salió de la habitación.

Capítulo 7

Laurel oyó cerrarse con un golpe la puerta tras Cristiano y exhaló un suspiro cansado. Aún sentía en todo su cuerpo el cosquilleo por sus caricias, y el corazón le palpitaba con pesadez por las ásperas palabras que habían cruzado. Había actuado con más confianza en sí misma de la que en realidad sentía, porque la verdad era que estaba temblando por dentro como si sus entrañas se hubiesen convertido en gelatina.

Se subió a la cama y se sentó con las piernas flexionadas contra el pecho. Lo último que quería tras su primera vez era un interrogatorio acerca de qué había estado haciendo con Bavasso y por qué hasta ese momento había sido virgen.

Cristiano casi había parecido enfadado, y era como si lo que acababan de hacer lo hubiese dejado completamente indiferente. Claro que tampoco entendía por qué la sorprendía eso cuando debía haberse acostado con docenas de mujeres. No, lo único que debería sorprenderla era lo estúpida que había sido, otra vez. Y lo peor que ni siquiera se arrepentía de lo que había hecho.

La sensación de sus manos recorriendo su piel… de haberlo tenido dentro de ella… Se estremeció, ávida de placer. Nunca había experimentado algo tan íntimo, ni tan intenso, ni… tan increíble. Se sentía distinta, como si algo en su interior hubiese cambiado para siempre.

Se acurrucó con un suspiro; el cansancio estaba empezando a apoderarse de ella. Apenas había dormido en toda la noche y cuando por fin había logrado conciliar el sueño la habían atormentado las pesadillas. Intentaría dormir un poco, si es que podía, y luego ya pensaría en cómo enfrentarse a Cristiano. A pesar de lo que había pasado entre ellos, tenía que encontrar una salida, una manera de volver a casa.

Cuando Laurel se despertó, la brillante luz del sol entraba a raudales por las ventanas. Era mediodía; llevaba horas durmiendo. Se notaba la cabeza embotada, así que fue a darse una ducha, y cuando salió del baño vio que la cama ya estaba hecha, y que

Cristiano había puesto sobre ella toda la ropa que le había dado, doblada y colocada en varios montones, lo que la inquietó un poco.

Escogió un sencillo vestido de lino de color lavanda y se lo puso. La hacía sentirse demasiado elegante, pero no había nada más informal. Luego se recogió el cabello húmedo con una pinza, inspiró profundamente y salió de la habitación.

Cristiano no estaba en el salón de la suite, como había imaginado, y deambuló por el inmenso espacio hasta encontrarlo en una sala acristalada que servía de estudio. Estaba sentado tras un escritorio, con el portátil abierto frente a él, y vestido con una camisa negra y un pantalón gris oscuro. Parecía que estaba recién duchado y afeitado –aún tenía el pelo mojado–, y cuando se giró al oírla entrar, Laurel tuvo que reprimir una punzada de deseo por lo sexy que estaba.

–Buenos días –la saludó Cristiano.

–Bueno, ya casi buenas tardes –contestó ella con una risa nerviosa–. No pensé que fuera a dormir tanto.

–Me alegra que hayas descansado.

Cristiano se volvió hacia el portátil, presionó unos cuantos botones y lo cerró con decisión antes de girarse en la silla hacia ella y quedarse mirándola de un modo inquisidor.

Laurel inspiró profundamente y se armó de valor.

–¿Sabes?, creo que me siento capaz de enfrentarme a Bavasso –le dijo tratando de parecer despreocupada a la vez que segura de sí misma–. Vamos, que me arriesgaré. Quiero… tengo que volver a casa.

Al final la voz le tembló un poco, pero logró sostenerle la mirada a Cristiano.

–¿Y eso dónde es, ya que lo mencionas?

–Ya te lo dije, vivo en una pequeña ciudad de Illinois.

–¿Canton Heights?

De modo que había estado buscando información sobre ella en Internet…

–Pues sí.

–Y eres enfermera.

–Veo que has hecho los deberes. Pues sí, así es. ¿Por qué, acaso importa? –le espetó levantando la barbilla.

–No especialmente.

Por alguna estúpida razón, la nota de desinterés en su voz la molestó.

–Pero todavía no puedes volver a casa –añadió Cristiano.

–Me parece que estás preocupándote demasiado por lo de Bavasso.

Él enarcó una ceja.

–¿Y en qué te basas para hacer ese juicio?

–Es que… Me imagino que se le pasará, ¿no? Si apenas me conoce… Y además, quiere a mi madre y… –Laurel no terminó la frase, porque se temía que aquello no era cierto.

–¿Que quiere a tu madre? ¿De dónde diablos has sacado esa idea? Anoche intentó propasarse contigo, Laurel, y podría haber sido mucho peor si no hubieras logrado escapar. ¿No se te habrá olvidado ya?

Su tono de reproche la enfadó.

–Por supuesto que no. Pero creo que me toca a mí decidir y no a ti, si debo o no exponerme a la ira de ese tipo.

–No cuando no tienes ni idea de dónde te estás metiendo.

–Deja de tratarme como a una niña.

–No te estoy tratando como a una niña, sino como a alguien que nunca se ha enfrentado a algo así.

–¿Y qué sugieres?, ¿mantenerme cautiva aquí hasta que Bavasso se olvide de esto?

–Con eso difícilmente conseguiríamos nuestro propósito.

–¿Que es?

–Hacerle creer a Bavasso que eres mía.

Aunque Cristiano había dicho esas palabras en un tono aséptico, había fuego en sus ojos. Suya… Ya la había hecho suya hacía solo unas horas, pensó Laurel, intentando no sonrojarse. La había marcado a fuego con cada caricia, con cada roce de sus labios…

–¿Y cómo piensas conseguir eso?

–Volviendo al casino contigo.

–¿Y entonces podré irme? –insistió ella.

–No exactamente –Cristiano hizo una pausa antes de continuar–. Creo que bastará con que te quedes conmigo un par de semanas, o quizá un poco más.

–¿Dos semanas? –Laurel lo miró con unos ojos como platos–. ¡Pero si dijiste que Bavasso se habría olvidado del asunto en un día o dos!

–No es en Bavasso en quien estoy pensando. Aunque después de esta noche ya no será bienvenido en ninguno de mis establecimientos. No quiero entre mi clientela a tipos de su calaña.

–Pero yo no puedo quedarme aquí dos semanas. Solo pedí una semana libre en el trabajo…

–Estoy seguro de que lo entenderán.

–Lo que yo no entiendo es por qué quieres que me quede tanto tiempo.

–¿Ah, no?

–Déjate de juegos –Laurel estaba empezando a enfadarse–. No puedes retenerme aquí para… para satisfacer tus deseos.

–No es por eso por lo que quiero que te quedes aquí.

Laurel se quedó cortada y trató de disimular su sonrojo.

–Quiero que te quedes porque dentro de dos semanas sabremos si estás embarazada o no.

Cristiano observó impasible como Laurel palidecía y lo miraba con los ojos muy abiertos. Parecía que, inocente como era, o como lo había sido hasta hacía unas horas, no se le había ocurrido que deberían haber usado un preservativo.

–Por la cara que has puesto, supongo que no tomas la píldora, ¿no? –le dijo él con ironía.

–No. Pero… es my poco probable que esté embarazada.

–¿Ah, sí? ¿Sabes algo que yo no sepa?

–Creo que no estoy en esa parte de mi ciclo menstrual –contestó ella. Y, enarcando las cejas desafiante, añadió–. Es biología de nivel básico. Eso sí lo sabrás, ¿no?

–Yo diría que sí.

–Pues entonces sabrás también que solo podría haberme quedado embarazada si en las últimas veinticuatro horas hubiera estado ovulando.

–Y eso es una posibilidad, ¿no? ¿O tienes problemas de fertilidad?

Las mejillas de Laurel se arrebolaron.

–No que yo sepa.

–Pues entonces esperaremos.

Laurel se quedó mirándolo.

–¿Dos semanas enteras?

–La enfermera eres tú. ¿No es el tiempo que hay que esperar para saberlo?

–Basándose en la ovulación, sí –asintió ella de mala gana–, pero dudo mucho que pueda estar embarazada.

–Bueno, pronto lo averiguaremos, ¿no?

–Hablas de esto como si fueras un experto en la materia –observó Laurel torciendo el gesto–. Supongo que será porque has pasado por esto otras veces.

–En realidad no. No he dejado embarazada a ninguna de las mujeres con las que he estado.

Siempre tomaba precauciones. Ella era la única con la que había perdido el control.

–¿Nunca? –repitió ella.

Por alguna razón su aparente escepticismo lo irritó.

–No, nunca.

–Entonces esperamos dos semanas. ¿Y luego qué?

–Lo que pase luego dependerá de si estás o no embarazada.

Sus palabras parecieron reverberar, como las ondas que forma una piedra al caer al agua. Laurel se quedó mirándolo con dureza.

–No estoy embarazada.

–Eso no lo sabes.

–No, pero si lo estuviera –respondió ella al punto–, seré yo quien decida qué hacer con el bebé.

Cristiano se levantó lleno de ira.

–Ese bebé, si lo hubiera, sería tan mío como tuyo, así que lo decidiremos juntos; no te equivoques.

Laurel apretó la mandíbula. Los ojos le echaban chispas.

–Eres un maniático del control. Y no tienes corazón. Serías capaz de querer imponerme tu decisión si quisiera quedarme con el bebé.

–¿Qué? –Cristiano se quedó mirándola con incredulidad–. ¿Qué quieres decir con eso?

Laurel se mordió el labio, como confundida.

–Pensaba… que querrías que abortara.

A Cristiano le dolió que pensara aquello de él.

–Yo jamás haría algo así –le dijo con voz queda–. Jamás. Si estuvieras embarazada querría que tuvieras a ese bebé. A mi bebé –de pronto se notaba el pecho tirante–; nuestro bebé.

Laurel parecía sorprendida por su vehemencia. La verdad era que él también lo estaba; nunca había querido tener hijos. Nunca había pensado en casarse o formar una familia. Esa clase de vínculos que lo asfixiaban a uno. Y sin embargo… si Laurel estuviera embarazada, no tenía la menor duda de qué haría: se casaría con ella. Claro que no tenía intención de decírselo en ese momento; bastante aturdida estaba ya.

–Entonces… –Laurel se humedeció los labios–. ¿Qué pasaría si…?

–Ya lo hablaremos si se da el caso –respondió él al punto.

–O sea que durante las dos próximas semanas…

–Te quedas conmigo.

Laurel ladeó la cabeza, y se quedó mirándolo como si hubiera una pregunta que no se atrevía a hacerle, sin duda sobre qué tipo de relación iba a haber entre ellos esas dos semanas, pero optó por no decir nada. Ya había decidido que no volvería a acostarse con ella –no podía permitirse perder de nuevo el control como lo había hecho–, pero no estaba seguro de que fuera a ser capaz de mantenerse firme en esa decisión.

Sacó su móvil y pulsó varios botones.

–Me ocuparé de que te traigan ropa y de que vengan unas estilistas.

Laurel lo miró boquiabierta.

–¿Qué?

–No tienes ropa.

–Pero si ya me has dado algo de ropa. Y tengo más en la pensión…

–Me refiero a ropa adecuada –se corrigió Cristiano–. Como mi acompañante, tendrás que ir siempre debidamente vestida y arreglada.

Laurel frunció los labios.

–Como una muñeca, quieres decir.

–No, como una mujer hermosa, elegante y preparada. La clase de mujer que suelo llevar de mi brazo cuando me dejo ver en público.

Laurel se rio con aspereza.

–O sea que esas supermodelos con las que te fotografían… ¿están muy preparadas?

–A su manera –contestó. Aunque era cierto que entre las cualidades que buscaba en las mujeres con las que se acostaba no figuraba de las primeras la inteligencia–. No puedo llevarte por ahí vestida como ibas anoche –añadió.

Laurel contrajo el rostro y apartó la mirada.

–Parece que disfrutas recordándome eso.

–«Disfrutar» no es como yo lo describiría.

–¿Ah, no? –Laurel giró la cabeza hacia él y lo miró desafiante.

–Acepto que estabas interpretando un papel, o algo así. Y muy pronto averiguaré por qué.

–¿Ah, sí? –se mofó ella.

–Sí, lo haré.

Estaba decidido a llegar hasta el fondo del enigma que era Laurel Forrester.

Capítulo 8

Una hora después empezaron a llegar a la suite varias personas cargadas con portatrajes, de los que asomaban prendas de seda y satén. También llegó un equipo de esteticistas con maletines que en un momento montaron lo que parecía un salón de belleza entero en el dormitorio de invitados.

Laurel lanzó una mirada a Cristiano, que observaba aquel despliegue con expresión impasible y casi de aburrimiento. Pero en ese momento sus ojos se encontraron y él esbozó una media sonrisa.

–Sé que vas a decirme que todo esto es ridículo –le dijo–, pero… tú relájate y disfruta. Luego nos vemos.

Y se alejó hacia el estudio mientras Laurel dejaba que las esteticistas la llevaran al dormitorio. Allí la sometieron a todo tipo de tratamientos de belleza, como untarle el cuerpo entero con ungüentos, aceites y crema exfoliante, hacerle la manicura en las manos y los pies, o aplicarle una mascarilla de algas en la cara mientras le daban un masaje de cabeza. Nunca se había sentido tan relajada ni tan colmada de atenciones, y se obligó a no pensar en todo lo que la preocupaba.

Había llamado al hospital y le habían dado permiso para tomarse otras dos semanas con los días libres que tenía acumulados, así que quizá podría intentar disfrutar de aquellas vacaciones obligadas.

Pasaron varias horas hasta que Laurel estuvo lista por fin, aunque no sabía para qué: peinada, maquillada y vestida. Las estilistas habían escogido para ella un vestido verde esmeralda sin mangas y con el cuerpo adornado con apliques de pedrería. También le habían alisado el cabello y se lo habían recogido en un elegante moño *chignon*. Lucía unos pendientes de diamantes con forma de lágrima, y en cuanto al maquillaje…

Cuando por fin había podido verse en un espejo se había quedado maravillada, y un tanto desconcertada. Parecía una extraña. Una extraña muy elegante, sofisticada y, sí, hasta hermosa. La discreta sombra de ojos y el rímel hacían que sus ojos parecieran enormes, el modo en que habían iluminado y

contorneado sus facciones resaltaba de un modo extraordinario sus pómulos y le habían pintado los labios con un intenso carmín. No habría sabido decir si le gustaba o no lo que veía. Se sentía aturdida.

–Venga, el *signor* Ferrero la espera –anunció una de las esteticistas, y la condujo fuera del dormitorio.

Al salir al salón del ático Laurel vio a través de las cristaleras que la noche estaba cayendo ya sobre la ciudad y que empezaban a encenderse las luces de las calles y los edificios. Los zapatos que llevaba tenían un tacón aún más alto que los que había llevado la noche anterior, y tenía que caminar con cuidado porque la falda del vestido se arremolinaba en torno a sus tobillos.

–La espera en la terraza –le dijo la mujer, señalándole las puertas abiertas en el extremo más alejado del salón.

Laurel le dio las gracias y cuando la esteticista la dejó sola inspiró profundamente y fue hacia allí. Se detuvo un momento en el umbral de la terraza y sintió la caricia de la cálida brisa estival en su piel.

Cristiano, que estaba admirando la ciudad, se volvió al oírla llegar. Llevaba puesto un esmoquin y estaba guapísimo. La chaqueta le quedaba como un guante y resaltaba sus anchos hombros, y el blanco inmaculado de la camisa formaba el contraste perfecto con su pelo negro y su piel aceitunada.

–Bueno, pues aquí estoy, toda pericompuesta sin ningún sitio a donde ir –dijo.

Cristiano apretó los labios en una fina línea y la recorrió con la mirada.

–Al contrario; he hecho que te preparen porque hay un sitio al que tenemos ir.

El corazón le dio un vuelco.

–¿Adónde?

–Vamos a bajar al casino.

Laurel tragó saliva.

–¿Esta noche? Quiero decir… ¿tan pronto? Si voy a estar aquí dos semanas… –murmuró con una nota de desesperación en su voz.

No quería volver a ver a Bavasso, o convertirse en un adorno del brazo de otro hombre, aunque fuera el de Cristiano. Especialmente si era el de Cristiano.

–Pues claro que esta noche –respondió él cortante–. ¿Por qué esperar? Cuanto antes le hagamos ver a Bavasso que eres mía, mejor.

–A lo mejor no quiero ser de nadie.

–Demasiado tarde, *bella*; lo siento por ti. Ya no tienes elección –le dijo él con una sonrisa cruel–. Deberías haberlo pensado antes de meterte en la boca del lobo. Pero como te he dicho creo que esto puede resolverse con bastante rapidez, que es lo que quiero para que ese tipo no vuelva a poner sus pies por aquí.

–Está bien, pues vámonos –le dijo Laurel tendiéndole la mano.

Craso error, porque cuando Cristiano deslizó su palma contra la de ella, una sensación electrizante la recorrió, y revivió cada detalle de la noche anterior: los besos, las caricias, sus piernas enredándose, la fricción de sus cuerpos, el calor de la piel de él…

Cristiano entrelazó firmemente sus dedos con los de ella, como recordándole que estaba bajo su control, que era suya… al menos durante las dos semanas siguientes. Y, pese a todo, pese a lo que le decía la voz de su conciencia, Laurel no pudo evitar excitarse ante la idea.

Permanecieron en silencio mientras bajaban el ascensor, que iba tan deprisa que Laurel se sentía un poco mareada. O quizá fuera Cristiano quien la hacía sentirse mareada, con su mano entrelazada con la suya, el olor especiado de su colonia, el calor que emanaba de su cuerpo o esa virilidad abrumadora que subyugaba sus sentidos. No podía pensar, apenas podía respirar…

–¿Y qué hago cuando entremos en el casino? –le preguntó con voz temblorosa por los nervios.

–Tú sígueme el juego –respondió Cristiano muy serio–. Y por la cuenta que te trae, espero que te esfuerces por resultar convincente en tu papel. No debería resultarte muy difícil, ahora que vas a desempeñarlo durante dos semanas.

Las puertas del ascensor se abrieron antes de que ella pudiera replicar, y aunque molesta, no le quedó otra que salir con él a la concurrida planta del casino.

Nada de aquello estaba resultando como Cristiano había imaginado. Laurel estaba espectacular, pero no parecía ella. Al verla aparecer en la terraza, había tenido que reprimir un impulso absurdo de arrancarle del pelo todas aquellas horquillas, de sacar su pañuelo y limpiarle de la boca todo ese carmín, de quitarle el vestido y los zapatos de tacón y volver a ponerle la sencilla blusa y la falda que había llevado puestas hacía unas horas, o mejor no ponerle nada. No la quería así, tan parecida a cualquiera de sus amantes: sofisticada, provocadora y fría.

Claro que ese era exactamente el aspecto que había querido que tuviera, el aspecto que les había dicho a las esteticistas que le dieran, porque tenía que parecer su amante. Porque era lo que era… en cierto modo.

Cuando salieron a la planta del casino se detuvo. Había ido allí para demostrarle a Bavasso que Laurel era suya, por el bien de ella y también por el suyo. La reputación de su negocio y como empresario dependían de mantener a raya a los tipos como Bavasso, o preferiblemente lejos de sus establecimientos.

Sin embargo, aunque Bavasso era ciertamente desagradable, no le preocupaba demasiado. Y tal vez hubiera exagerado un poco acerca de lo peligroso que era para retener a Laurel. Sintió una punzada de culpabilidad, pero la ignoró. Esa noche se ocuparía de Bavasso y las siguientes dos semanas serían para Laurel y para él.

Levantó la barbilla y paseó la mirada por las mesas de bacará, blackjack, póquer y la de la ruleta. El runrún de las conversaciones, mezclado con el ruido de los dados y el tintineo de las copas llenaba la sala.

Laurel, a su lado, parecía nerviosa.

–¿Qué se supone que debo hacer? –le preguntó en un susurro, mirando a su alrededor.

–Simplemente sonreír y estar guapa –le respondió él.

La miró, esbozando una sonrisa con la que pretendía tranquilizarla, pero Laurel no pareció tranquilizarse en absoluto.

Estaba pálida, tenía los ojos muy abiertos y los puños apretados junto a los costados.

–Relájate –le susurró–. Tienes que resultar convincente. Quiero solucionar lo de Bavasso y olvidarme de él, y si sospecha que estamos intentando engañarlo no dejará de darnos la lata.

–Hablas de él como si fuera una mosca.

–Y lo apartaré de un manotazo.

Le pasó el brazo por la cintura y se adentraron en el amplio espacio que ocupaba el casino. Cuando se aproximaban a la mesa de la ruleta, donde solía jugar Bavasso, notó como se tensaba Laurel. Bavasso aún no había llegado, aunque Cristiano estaba seguro de que aparecería. Sabía por sus empleados que todavía estaba en Roma, y cuando estaba en la ciudad acudía casi cada noche a La Sirena.

Acarició distraídamente la cadera de Laurel y notó que se ponía aún más tensa.

–Te comportas como si estuvieras en el dentista –murmuró inclinándose hacia ella. Al hacerlo, su aliento le acarició el oído, y

Laurel se estremeció–. Ya te lo he dicho: relájate.

–No puedo.

–No va a pasarte nada, Laurel. No dejaré que nadie te haga daño –le aseguró.

Pero ella se limitó a sacudir ligeramente la cabeza y lo miró angustiada, como si le estuvieran haciendo un empaste. Su actitud estaba empezando a irritarlo.

–Con Bavasso parecías una actriz mucho mejor –la increpó.

Estaba molesto por sentirse irritado, y hasta un poco dolido de que le costara tanto fingir.

–Eso fue distinto –se defendió ella.

–¿En qué sentido?

Laurel se humedeció los labios.

–Fue distinto y ya está.

–Puede que necesites una copa –apuntó él. Chasqueó los dedos, y un camarero acudió a toda prisa–. Dos copas de champán –le dijo.

–Muy bien, señor.

Siguió paseando la mirada por el casino mientras continuaba acariciando la cadera de Laurel, rogando por que se relajara.

–¿Tan difícil es –le preguntó en un murmullo– que finjas que disfrutas de mi compañía? Porque anoche desde luego la disfrutaste.

–Si sigues recordándome que anoche me comporté como una estúpida, dudo que vaya a conseguir relajarme –le espetó ella.

–Entonces quizá tenga que recordártelo de otro modo –respondió Cristiano, y la hizo girarse hacia él.

Laurel lo miró recelosa, con unos ojos como platos. Cristiano inclinó la cabeza, consciente de que la gente estaba mirándolos, acarició con la yema del pulgar los labios de Laurel, y al sentir su aliento tembloroso sonrió.

Capítulo 9

Al sentir el dedo de Cristiano en sus labios, y a pesar de su desesperada determinación de no reaccionar a aquella caricia, de no sucumbir, empezaron a estallar fuegos artificiales en su interior. La otra mano de Cristiano seguía en su cintura, con los dedos extendidos en torno a la cadera.

No pudo evitar responder: echó la cabeza hacia atrás mientras él trazaba el contorno de sus labios, un movimiento aparentemente inocente, y a la vez tremendamente sensual. Como en la distancia, oyó los murmullos de la gente, igual que si fueran olas rompiendo en una costa lejana.

Cristiano dejó caer la mano.

–Buena chica –murmuró, y a Laurel le entraron ganas de llorar.

Aquello era mucho peor que los horribles momentos con Bavasso, cuando se había sentido atrapada y paralizada por el shock. En ese instante, en cambio, se sentía como si alguien estuviese machacando lenta e inexorablemente su alma. Cada minuto que permanecía allí, del brazo de Cristiano, prácticamente con la palabra «amante» escrita en su frente en letras escarlata, era como matar poco a poco todo lo que era.

Porque aquella no era ella, ni quién quería ser. Y el hecho de que se hubiera entregado a aquel hombre hacía que le entraran ganas de hacerse un ovillo en el suelo y llorar.

En ese momento reapareció el camarero con las dos copas de champán. Cuando se hubo alejado, Cristiano le tendió una de las copas.

–Arriba esa barbilla –le dijo levantándosela con el índice–. Y sonríe.

Laurel era incapaz de esbozar una sonrisa. Detestaba toda aquella situación.

–Bebe –le ordenó Cristiano.

Ella tomó un largo trago; necesitaba que el alcohol aturdiera un poco sus sentidos.

–Con calma –le dijo él.

Laurel apretó el tallo de la copa con los dedos.

–Deja de darme órdenes –le siseó–. Soy adulta, no una

marioneta, a pesar de lo que tú y todo el mundo por aquí parece creer.

Y, como necesitaba desesperadamente un poco de espacio, se alejó de él con la cabeza bien alta y sin mirar a nadie.

No podía hacer aquello, y menos durante dos semanas. Tomó otro sorbo de champán y se dijo que tenía que tranquilizarse. Solo serían dos semanas, y luego podría volver a su vida normal… siempre y cuando no estuviera embarazada. Y no, no podía estar embarazada; era imposible.

Fue entonces cuando vio a su madre, sentada sola en un rincón. Fue hacia ella, con una mezcla de desesperación y alivio revolviéndose en su interior.

–Elizabeth.

Su madre nunca había querido que la llamara «mamá», ni siquiera de pequeña, aunque por aquel entonces alguna vez se le había escapado sin querer. Ahora ya no.

–Laurel…

Por su expresión, el verla de nuevo también parecía provocarle a su madre sentimientos encontrados, aunque en su caso una mezcla de culpabilidad y alivio.

–Me alegra ver que estás bien –dijo. La miró de arriba abajo–. Y parece que has caído de pie.

Por un momento Laurel fue incapaz de articular palabra. El pecho le ardía de indignación, se sentía dolida, y se quedó mirándola, batallando con unas emociones demasiado intensas como para verbalizarlas.

–¿A esto lo llamas «caer de pie»? –masculló finalmente–. ¿Sabías… sabías que Rico Bavasso iba a propasarse conmigo?

–Por supuesto que no –la culpa volvió a asomar al rostro de su madre–. ¿Crees que te habría dejado subir con él si hubiera sabido lo que planeaba? ¡Pensaba que iba a pedirme que me casara con él!

A Laurel casi le entró la risa. Su madre estaba indignada… pero por lo que a ella le tocaba.

–Deberías haber sospechado por cómo se comportó conmigo aquí en el casino –le espetó sin levantar la voz.

–¿A qué hombre mayor no le gusta flirtear con una joven hermosa? ¿Crees que a mí me hizo gracia? Era mío.

–¿Y ya no lo es?

–No lo he visto desde entonces. No quiere saber nada de mí –dijo su madre. Parecía más resignada que resentida–. Fue una mala idea, traerte conmigo; lo único que logré fue ponerme en

ridículo.

–¿Esa es la lección que sacas de todo esto? –le espetó Laurel con una risa seca. Claro que su madre siempre se había preocupado únicamente por sí misma. Sacudió la cabeza, cansada–. No debí venir.

–¿Y con quién has venido? –inquirió su madre, pragmática como siempre–. Espero que sea alguien que merezca la pena.

Laurel cerró los ojos un momento.

–Con Cristiano.

–¿Cristiano? –su madre la miró sorprendida–. Creí que no querría volver a saber nada de nosotras.

–Y con razón…

–Sabes que jamás habría dejado a Lorenzo –le dijo su madre con un nudo en la garganta–. Ese dinero no era…

–Lo sé –la interrumpió Laurel hastiada; ya había oído todo aquello antes–. Pero aun así lo que hiciste fue robar.

–Estábamos casados –replicó su madre, esforzándose por reprimir su resentimiento–. ¿Quién podría culparme por querer tener un pequeño colchón?

El problema era que en eso tenía razón, no podía culparla, pero tampoco justificar su comportamiento. Así que no dijo nada, y su madre torció el gesto con amargura.

–Guárdate las espaldas, es lo único que te digo. Cristiano me traicionó, y no tendrá el menor reparo en hacer lo mismo contigo.

–Espera… ¿qué? –Laurel se quedó mirando a su madre, entre sorprendida y confundida–. ¿Qué quieres decir con que te traicionó?

Su madre se encogió de hombros.

–Le contó a Lorenzo lo del dinero e hizo que pareciera lo que no era –tomó un sorbo de su copa, y su rostro se ensombreció–. Yo le quería, ¿sabes?

–Lo sé.

Lo que había ignorado hasta ese momento era que había sido Cristiano quien la había delatado. ¿Suponía aquello alguna diferencia?

–Ándate con cuidado –le insistió su madre–. Con Cristiano y con Rico. Este no es tu mundo, Laurel. Eres demasiado ingenua. No debería haberte metido en esto, pero estaba desesperada. Quería complacer a Rico; debería haberme dado cuenta de que te prefería a ti.

–Me iré de aquí tan pronto como pueda –le aseguró ella–. Lo único que quiero hacer es irme a casa.

–Me temo que no seguirá siendo tu casa por mucho tiempo –le soltó su madre sin rodeos–. Necesito mi mitad.

Aunque había imaginado que antes o después ocurriría aquello, a Laurel se le cayó el alma a los pies.

–Pero dijiste…

–¡Laurel, solo accedí a cederte mi mitad de la casa porque creía que Rico iba a pedirme que me casara con él! Lo siento, pero necesito el dinero.

A Laurel se le hizo un nudo en la garganta.

–Por favor, mamá… –le susurró, usando esa palabra que a su madre nunca le había gustado. Alguna vez se le escapaba porque siempre había querido una madre, una de verdad, que la achuchara, que le diera besos y a la que le importara–. Por favor… La casa es lo único que…

–A lo mejor puedes sacarle algo a Cristiano –le dijo su madre con un brillo ladino en los ojos–. Si lo consigues, ya hablaremos.

¿Sacarle algo a Cristiano? Sabía que no le daría ni un céntimo. Y ella tampoco se lo pediría.

–Sabes que eso es imposible.

–Pues entonces tendremos que vender la casa. Tu abuelo me legó la mitad de esa casa en su testamento. Es tan tuya como mía.

–Lo sé, pero…

Una mano se cerró en torno a su brazo como un cepo, haciendo que casi se le cayera la copa. Era Cristiano.

–Aunque detesto interrumpir esta charla, Laurel y yo tenemos cosas que hacer –dijo mirando a su madre con los ojos entornados antes de llevársela de allí.

–No tenías que… –comenzó a protestar Laurel, pero él la cortó con aspereza.

–Bavasso está aquí.

–¿Aquí? ¿Dónde?

Cristiano señaló con la cabeza la mesa de bacará, y a Laurel se le heló la sangre en las venas al verlo. De pronto se le había puesto la carne de gallina y sentía ganas de vomitar.

–Creo… creo que me voy a desmayar –le susurró.

Cristiano le rodeó la cintura con el brazo para sujetarla.

–Aún no, *bella* –murmuró.

Y entonces, cuando Bavasso se giró, la besó delante de todo el mundo, de un modo tan apasionado y posesivo, que Laurel sintió que la recorría una ola de deseo, como si un río de lava corriera por sus venas.

–Por favor… –le susurró cuando finalmente despegó sus labios

de los de ella–. No puedo… no puedo soportar esto más. Sácame de aquí, por favor.

Cristiano miró a Bavasso y luego, aparentemente satisfecho, la llevó hacia los ascensores.

–Muy bien, creo que hemos conseguido nuestro objetivo.

Laurel logró mantenerse en pie mientras atravesaban el casino con la gente mirándolos, y vio el rostro contraído de Bavasso, flanqueado por sus matones. Los ascensores… lo único que necesitaba era que llegaran a los ascensores.

Cuando las puertas de uno de ellos se abrieron Laurel casi se abalanzó dentro. Y cuando se hubieron cerrado tras ellos, un gemido ahogado escapó de su garganta y se apoyó en la pared. Era la segunda vez en un espacio de veinticuatro horas en que huía a un ascensor. Se dejó caer lentamente hasta quedar sentada en cuclillas, y apoyó la cabeza en los brazos.

–¿Tan horrible ha sido? –le preguntó Cristiano con aspereza–, ¿dejarte ver de mi brazo?

–Todo ha sido horrible –Laurel inspiró temblorosa, intentando contener las lágrimas–. No me había sentido tan humillada en toda mi vida.

–¿Más humillada que anoche? –le espetó Cristiano con incredulidad. Parecía molesto.

Laurel alzó la vista, consciente de las lágrimas que se agolpaban en sus ojos y empezaban ya a rodarle por las mejillas.

–Sí, Cristiano, más que anoche. Porque, aunque jamás lo creerías, anoche no estaba intentando impresionar a Bavasso, ni era mi «presa» –la voz se le quebró, pero se obligó a continuar–. Había venido a conocer al novio de mi madre, que creía que iba casarse con ella, y cuando empezó a tratarme como a una… No supe qué hacer, cómo reaccionar. Me quedé paralizada y dejé que pasara. Y aquello me hizo sentir fatal, pero esto… –se enjugó las lágrimas con el dorso de la mano–. Anoche me entregué a ti. Sé que no significó nada para ti, pero para mí sí. Y que me trates como si fuera tu amante, de tu propiedad, tan solo un juguete para ti… Lo odio. He detestado cada minuto del tiempo que hemos pasado ahí abajo.

Había dicho más de lo que debería, y sabía que Cristiano podría usarlo en su contra, y que sin duda lo haría. Pero estaba tan cansada y desanimada que le daba igual.

Cuando las puertas se abrieron e intentó levantarse, la larga falda del vestido se lo impidió. Cristiano le tendió una mano para ayudarla, pero Laurel la apartó.

–No necesito tu ayuda.

–No seas ridícula –le dijo él irritado, y la ayudó a levantarse–. Dudo que Bavasso vuelva a molestarte; si te sirve de consuelo, creo que ha captado el mensaje que queríamos darle.

–No, no me consuela –le espetó Laurel por encima del hombro, y entró en el ático.

Cristiano observó en silencio como Laurel, temblorosa, se quitaba los zapatos y empezaba a arrancarse las horquillas del pelo.

–De verdad que no entiendo por qué estás tan disgustada –le dijo mientras ella sacudía su larga melena.

Laurel agarró un par de pañuelos de papel de una caja sobre la mesita del salón y se limpió airada el carmín de los labios. Las lágrimas habían hecho que se le corriera el rímel.

–Esto es lo que habíamos acordado –le recordó él–, era la manera más rápida de sacarte del lío en que te habías metido. Estoy ayudándote, Laurel.

No quería pensar en lo que le había dicho, que se había quedado paralizada cuando Bavasso había empezado a flirtear con ella. Tenía sentido, pero se resistía a confiar en ella, a confiar en nadie.

–Lo sé, lo sé –contestó ella. Se restregó los labios con el pañuelo hasta dejarlos enrojecidos–; eres mi salvador.

A Cristiano no le pasó desapercibido el sarcasmo en su voz. En cuanto a las otras cosas que le había dicho en el ascensor… sobre que lo de la noche anterior había significado algo para ella… bueno, hasta ese momento había sido virgen. Era normal que su mente adornara de un modo romántico lo que no había sido otra cosa que un acto físico muy placentero. Y había imaginado que pasaría, pero eso no lo hacía más fácil de afrontar. Sacó su móvil con un suspiro.

–¿Por qué no te cambias, ya que parece que encuentras detestable ese vestido de alta costura? Y dúchate si quieres. Pediré que nos suban algo de comer.

Laurel se quedó mirándolo con ojos tempestuosos, y sin mediar palabra se giró sobre los talones, se fue derecha al dormitorio y cerró tras de sí dando un portazo.

«Mujeres…». Cristiano maldijo entre dientes y llamó al servicio de habitaciones.

Veinte minutos después había llegado la comida y Laurel salía

del dormitorio vestida con unos pantalones sueltos de lino y una blusa de manga corta, con el cabello húmedo y ensortijado enmarcándole el rostro y cayéndole sobre los hombros. Le gustaba más así.

Además, ya parecía más calmada, y confiaba en que se mostrara razonable cuando hablaran.

–¿Qué te apetece comer?

–Lo que sea; me da igual –respondió ella dejándose caer en el sofá.

Dobló las pantorrillas debajo de los muslos y se quedó mirando el cielo nocturno a través del ventanal. Parecía pensativa, y ni siquiera lo miró cuando se acercó y le tendió un plato con comida.

–Gracias –murmuró.

Cristiano se sentó en el otro sofá, frente a ella.

–Bueno, ¿y de qué hablabas con tu madre? –le preguntó.

Laurel alzó la vista hacia él.

–Quería saber qué me había pasado.

–¿Y qué le contaste?

–No mucho. El beso que me diste delante de todo el mundo le dijo todo lo que necesitaba saber –respondió en un tono apagado.

–Y lo de anoche con Bavasso… –Cristiano inspiró antes de continuar–, ¿de verdad fue como dijiste?

Laurel se encogió de hombros.

–Piensa lo que quieras.

–Anoche me dijiste que no era lo que parecía –le recordó Cristiano. Laurel apartó la mirada, y tuvo la impresión de que había algo que no le estaba contando–. Dime la verdad, Laurel.

Ella suspiró y picoteó algo del plato. El cabello le caía hacia delante, ocultando su rostro.

–Hará como una semana –dijo finalmente– mi madre vino a verme para pedirme un favor. No nos habíamos visto mucho en los últimos años, o más bien nada. Me dijo que estaba saliendo con un hombre llamado Rico Bavasso, y que le había dicho que quería conocerme.

–Lo que yo vi anoche no parecía una madre presentándole a su hija a su novio –apuntó él con escepticismo.

–Lo sé. Mi madre me dijo que Bavasso estaba empezando a acusar su edad, y que le haría bien flirtear con una joven. No me pareció que hubiera nada malo en eso, pero ahora me doy cuenta de lo ingenua que fui –tragó saliva–. No puedo creer que mi madre…

–¿Te tendiera una trampa?

–Pero es que quería a Bavasso para ella… –replicó Laurel sacudiendo la cabeza–. Esta noche, cuando hablamos, estaba molesta porque Bavasso hubiera mostrado interés en mí.

–Qué encantador…

Laurel suspiró.

–Es su forma de ser; ya lo he aceptado –alzó la vista hacia él, y su expresión se endureció–. No sabes nada de mi madre, ni de mí tampoco. Así que, por favor, no juzgues.

–Es difícil no juzgar por lo que vi y sigo viendo –respondió él con frialdad–. Lo que no entiendo es por qué accediste a venir si no os lleváis bien.

–Supongo que porque siempre me aferro a la esperanza de que las cosas mejorarán –Laurel vaciló antes de añadir en un tono quedo–: Y porque me ofreció algo que yo estaba desesperada por conseguir.

Lo sabía… Su instinto jamás le traicionaba.

–¿Y qué era? –inquirió.

–Una casa. Mi casa –respondió Laurel. Como él se quedó mirándola sin comprender, añadió–: Pasé buena parte de mi infancia en la casa de mi abuelo, en Canton Heights. Es una pequeña granja, nada especial, pero a mí me encanta. Es el único lugar aparte de… Bueno, el único sitio que considero mi hogar.

–¿Aparte de qué? –insistió él.

Laurel se encogió de hombros y apartó la vista.

–Aparte de la villa en Milán donde vivimos con tu padre. Durante esos tres años también sentí aquella casa como mi hogar.

Cristiano se quedó mirándola, intentando calibrar sus sentimientos, hasta qué punto sentía lo que decía.

–Y esa casa de tu abuelo… –dijo–. Tu madre accedió a… ¿qué, a dártela?

–A darme su mitad –le explicó ella–. Mi abuelo murió hace tres meses y nos dejó la casa, lo único que tenía, a partes iguales. Creo que tenía la esperanza de que mi madre volviera y se quedara a vivir allí –soltó una risa amarga–. Claro que ella jamás haría eso porque odia la granja. Pero sí, accedió a firmar la cesión de su mitad si… si conocía a Bavasso y me mostraba agradable con él. Y yo le dije que sí porque es lo único que he querido siempre: tener mi propia casa –la voz se le quebró y volvió a apartar la vista.

–¿Y por qué no te ofreciste a comprarle su parte?

Laurel soltó una risa seca.

–Porque no tengo cien mil dólares en el bolsillo –le espetó–. Accedí a lo que ella me había pedido: conocer a su novio. Cuando

llegamos a Roma me dijo que tenía que ponerme guapa para conocerlo, y pensé: «bueno, está bien». Luego me dijo que tenía que ser «agradable» con él. Ni siquiera entendí qué quería decir con eso –sacudió la cabeza–. Quiero creer que no era su intención que Bavasso me hiciera daño, que la cosa se le fue de las manos.

Cristiano absorbió todo aquello en silencio antes de pedirle:

–Háblame de tu niñez. Antes de que tu madre se casara con mi padre, ¿cómo fue tu vida?

Ella pareció sorprendida de que le preguntara eso.

–¿Por qué quieres saberlo? –inquirió con recelo.

–Quizá me ayude a entenderte mejor. Y creo que nos vendrá bien; como vamos a pasar juntos las próximas dos semanas…

–Por decreto tuyo –apuntó Laurel–. Está bien –claudicó con un suspiro–. ¿Por dónde quieres que empiece?

–¿Qué tal por el principio? –Cristiano esbozó una sonrisa de circunstancias–. Es el mejor sitio por el que empezar.

Capítulo 10

Mi abuelo no era más que un pobre granjero –comenzó a explicarle Laurel–. Mi madre se casó con un chico de la zona y me tuvieron a mí. Luchaban por salir adelante, pero un día mi padre perdió su trabajo en una cadena de montaje de una fábrica local. Se dio a la bebida y las cosas empezaron a ponerse feas, o eso me contó mi madre. Yo solo tenía cuatro años entonces, cuando nos abandonó.

–¿Te acuerdas de él?

–Vagamente. El olor de tabaco de mascar, el tacto áspero de su camisa, ir sentada a su lado en la camioneta… –Laurel se encogió de hombros, intentando ignorar la tirantez que sentía en el pecho y el nudo que se le había hecho en la garganta–. Es como si fuera un sueño del que solo recuerdo algunas partes, fragmentos borrosos nada más.

–Ya, sé a qué te refieres.

Algo en cómo lo había dicho, en el sentimiento contenido que parecía haber tras sus palabras, le hizo preguntar a Laurel:

–¿Tú te acuerdas de tu madre?

–Sí, por supuesto. Murió cuando yo tenía nueve años –se limitó a responder él, apartando la vista, lo que dio a Laurel que pensar–. ¿Y qué pasó después de que tu padre se fuera?

Ella se encogió de hombros.

–Mi madre intentó conseguir un empleo, pero no había mucho trabajo en esa parte de Illinois, y no tenía a nadie que pudiera cuidar de mí; mi abuelo tenía que ocuparse de la granja y mi abuela había muerto antes de que yo naciera. Al final nos mudamos a Chicago y conoció a alguien trabajando de camarera.

Ese había sido su primer «papá». Siempre había detestado que su madre le hiciera llamar así a sus novios… salvo a aquellos a los que no les gustaban los niños. Más de uno ni siquiera había llegado a saber de su existencia porque cuando iban a casa su madre la hacía esconderse en un armario y quedarse calladita.

–¿Y así fue como empezó –inquirió Cristiano–, el que tu madre pasara de un hombre a otro para que la mantuvieran?

–Supongo que podría llamársele así –concedió Laurel con un

suspiro. No le gustaba lo despectivo que era cuando hablaba de ella, aunque no podía culparlo–. No ha tenido una vida fácil; más de uno de sus novios resultó ser problemático. A veces teníamos que huir de ellos.

Y a veces su madre la dejaba con su abuelo en Canton Heights, lo cual siempre era un alivio, aunque también una decepción: durante una temporada no tenía que vivir en una habitación cochambrosa de un motel o en un apartamentucho, ni esconderse, ni estar sometida a constantes incertidumbres y dramas… pero el estar sin su madre se le hacía muy duro.

Sin embargo su madre volvía a por ella cada vez, y por el modo desesperado en que la abrazaba entonces, Laurel siempre había querido creer que la quería y que quería tenerla a su lado. ¿Por qué sino volvía a por ella?, se decía. Y había momentos en que, aunque nunca se hubiera mostrado maternal, sí le había parecido que se preocupaba por ella. Por ejemplo, le había dado muchos consejos, bastantes basados en experiencias amargas, y al prometerse con Lorenzo le había dicho que las cosas mejorarían para ella también.

–O sea que durante diez años las cosas fueron así y luego tu madre creyó que le había tocado la lotería con mi padre –apuntó Cristiano.

Su tono hizo a Laurel contraer el rostro, pero luego levantó la barbilla y mirándolo a los ojos repuso:

–Sí, pero cuando lo conoció no tenía ni idea de lo rico que era. Mira, sé que mi madre es egoísta, pero creo que tu padre y ella se amaban. Aunque es evidente que eso es algo que tú no puedes comprender.

Los ojos de Cristiano relampagueaban cuando se inclinó hacia delante y le espetó:

–¿Que se amaban? ¿Por eso desvió dos millones de euros de mi padre a su cuenta?

–Solo intentaba protegerse a sí misma –Laurel levantó una mano al ver que iba a replicar–. Sé que estuvo mal, pero no lo estoy justificando, solo estoy intentando hacer que lo entiendas. Hablamos de una mujer que durante mucho tiempo vivió en la pobreza, que no hacía más que juntarse con hombres que la trataban mal. Solo estaba intentando procurarse una seguridad… pero sí, sé que lo que hizo era robar. Lo que no sabía era que fuiste tú quien se lo dijiste a tu padre.

Cristiano entornó los ojos.

–¿Y por qué no debería haberlo hecho?

–No he dicho que no debieras haberlo hecho. Es solo que… deberías haber hablado con ella antes de hacerlo, averiguar por qué lo había hecho.

–Era más que evidente. Hice lo que tenía que hacer.

–Aun así deberías haber hablado con ella. Dudo que hubiera dejado a tu padre. Durante toda su vida había vivido al límite, y en él finalmente había encontrado un puerto seguro. Tu padre es un buen hombre, y si se hubiera enterado de otro modo, tal vez habría comprendido los motivos de mi madre.

Diez años después aún recordaba la resignación de su madre después de la frialdad con que Lorenzo las había despachado, y lo aturdida que ella misma se había quedado. Había sido el único hombre, aparte de su abuelo, que había sido una verdadera figura paterna para ella, siempre atento y cariñoso con ella, pero de repente la había desterrado de su vida sin mediar palabra siquiera. Pero aquello era algo demasiado doloroso y personal como para compartirlo con Cristiano, sobre todo con el desdén con que estaba mirándola en ese momento.

–No puedo creerme –le dijo en un tono gélido– que estés echándome la culpa de lo que pasó.

–No te estoy culpando; es solo que me gustaría que hubieras manejado aquello de otra manera.

–Y tampoco puedo creerme que estés defendiendo a la mujer que hace solo veinticuatro horas prácticamente te vendió a un hombre que te dobla la edad.

Laurel apartó la vista.

–Ya te lo he dicho, no estoy defendiéndola –murmuró–, solo intentando explicarte las cosas.

–Y como yo he dicho, sus actos hablan por sí mismos.

–Los tuyos también. ¿Qué te hizo recelar tanto de mi madre? Porque desconfiaste de ella desde que la conociste.

–¿Cómo no iba a desconfiar de ella? Mi padre la conoció en un casino en Palm Beach y se casaron a los cuatro días. ¿A quién no le parecería sospechoso?

–Pero es más que eso. Recelas de todo el mundo, y en particular de todas las mujeres, incluyéndome a mí. ¿Por qué?

Él se quedó mirándola un buen rato.

–Por las experiencias que he tenido.

–¿Qué experiencias?

No creía que fuera a contestarle, pero Cristiano masculló:

–Después de que mi madre muriera, mi padre estuvo con varias mujeres, y todas se aprovecharon de él. Eran todas tan

horriblemente falsas… su manera empalagosa de hablar, cómo fingían que yo, un mocoso gruñón de diez años, les importaba… –sacudió la cabeza–. Lo único que les importaba era sacarle a mi padre lo que pudieran: dinero, joyas, coches, ropa… Hasta que mi padre se daba cuenta de que estaban utilizándolo y cortaba con ellas.

–O sea que los dos pasamos por algo muy parecido –murmuró Laurel–. Y sí, es duro, pero no veo que tenga que convertirte en un cínico.

–Yo diría más bien que te hace ser más listo. Antes de casarse con tu madre, mi padre se casó con otra mujer, Jade. Tenía veintitrés años. Era una auténtica bomba… de relojería: hizo salta por los aires nuestras vidas. Mi padre no se molestó en hacer que firmara un acuerdo prematrimonial porque claro, estaba tan seguro de que era amor… –Cristiano hizo una mueca y sacudió la cabeza–. Por suerte la mayor parte de su dinero lo tenía invertido en distintas propiedades, con lo cual estaba fuera del alcance de ella. Pero le quitó todo lo que pudo y se largó con su novio, que había sido su cómplice en el engaño.

–Lo siento mucho –murmuró Laurel–. Pero no todo el mundo es así.

–¿Qué más da? –replicó Cristiano–. Esto no tiene que ver con nosotros.

–¿Nosotros? –le espetó ella–. No hay ningún «nosotros».

–Sí lo habrá si estás embarazada.

–No hables de ello como si fuera algo probable.

–Es una posibilidad.

–Muy remota. Y de todos modos, como tú dijiste, ya hablaremos de eso llegado el caso.

–Está bien –consintió Cristiano–. Hablemos entonces de las dos próximas semanas.

–¿Vas a arrastrarme al casino otra vez? ¿Noche tras noche?

Cristiano torció el gesto.

–Haces que parezca peor que la muerte.

–No, pero tampoco estoy impaciente por volver a hacerlo.

Cristiano se echó hacia atrás en su asiento.

–No creo que haga falta que volvamos al casino –dijo–. Ni creo que Bavasso siga siendo una amenaza para ti ahora que ya sabe que eres mía.

Laurel lo miró recelosa, detestando lo arrogante y posesivo que había sonado eso. Como si para él solo fuera un objeto que podía usar a su conveniencia.

–¿Y entonces qué vamos a hacer? –preguntó.

–Nos vamos a Francia.

–¿A Francia? –repitió Laurel, poniendo unos ojos como platos–. ¿Para qué?

Cristiano se echó hacia atrás y sonrió, complacido de haberla sorprendido.

–Porque hemos contratado a una gerente nueva para mi hotel de París y quiero ir allí para supervisar su trabajo. Y también hay una gala benéfica a la que tengo que asistir. Puedes ser mi acompañante.

–¿Tu acompañante? –inquirió ella, que seguía mirándolo de hito en hito–. ¿Pero por qué? Bavasso no estará allí.

–Bavasso ya no me preocupa en lo más mínimo, y a ti tampoco debería preocuparte. Necesito una acompañante y tú puedes acompañarme; es la solución más práctica.

–Vaya, me alegro de serte de utilidad –murmuró ella con sorna.

Cristiano entendía que aquel cambio de planes la hubiera pillado desprevenida. En realidad lo acababa de decidir.

–Y respecto a lo que me dijiste en el ascensor… –añadió inclinándose hacia delante para mirarla a los ojos–, lo de que el sexo entre nosotros había significado algo para ti…

A Laurel se le encendieron las mejillas.

–No vayas a usarlo en mi contra –le advirtió–. No lo decía en ese sentido.

–¿En qué sentido?

Laurel levantó la barbilla como esforzándose por mostrarse altiva.

–No voy a enamorarme de ti, si es lo que te preocupa.

Aquello no se lo esperaba, y por algún motivo lo irritó.

–Vaya, pues qué alivio –masculló.

–Me lo imagino, con esa alergia que parece que le tienes al amor y al compromiso.

–Una alergia es una reacción involuntaria –respondió Cristiano–. Y te aseguro que lo mío es por elección.

–¿Tú crees? ¿No será una reacción por lo que te pasó en tu niñez, por todas esas mujeres con las que estuvo tu padre?

Cristiano se echó hacia atrás y se cruzó de brazos.

–¡Caramba, qué espléndido psicoanálisis!

–En realidad me parece que es bastante obvio. Todos somos producto de nuestra infancia, ¿no? –contestó ella encogiéndose de

hombros–. Yo sé que lo soy –dijo con franqueza–. La gente entra y sale de nuestras vidas: unos por elección y otros no. Y esa es una de las razones por las no voy a enamorarme de ti: porque no quiero enamorarme de ti.

–¿Una de las razones?

Una leve sonrisa sarcástica asomó a los carnosos labios de Laurel.

–Tampoco es que te hayas comportado como un príncipe encantador…

–Yo… Yo…

Lo había dejado estupefacto. Y ella, en cambio, estaba de repente muy ufana y segura de sí misma, ahí, acurrucada en el sofá, comportándose como si la idea de enamorarse de él fuera la más remota de las posibilidades. Y no era que él quisiera lo contrario, claro, pero aun así lo irritaba profundamente.

–Gracias por tranquilizarme –le dijo con aspereza cuando hubo recobrado la compostura–. ¿A qué te referías entonces en el ascensor?

–A que el sexo es importante porque implica entregarte a alguien, mostrarte vulnerable. Y luego, las cosas que haces con esa otra persona…

Al ver que sus mejillas se tiñeron de rubor, Cristiano supo que estaba recordando lo que habían compartido en la cama, lo que él esperaba que volvieran a hacer. Una vez, y otra, y otra…

–Bueno, pues eso –continuó Laurel–, que el sexo significa algo… no amor necesariamente, pero si una especie de vínculo, un recuerdo compartido. Sé que para vosotros los hombres lo veis solo como algo físico, pero para mí no fue así.

–Entonces, ¿cómo fue para ti?

–Pues… como he dicho, hay un vínculo –balbució Laurel, que seguía roja como una amapola, apartando la vista–. Y pase lo que pase, aunque no vuelva a verte pasadas estas dos semanas, que es lo más probable, ese vínculo seguirá ahí. Porque mi… mi primera vez fue contigo.

Esas sencillas palabras lo hicieron sentirse horriblemente culpable.

–Entonces no hay razón para no aprovechar al máximo estas dos semanas –le dijo.

Laurel se volvió bruscamente y lo miró boquiabierta.

–¿Qué…?

–Acabas de asegurarme amablemente que por tu parte no hay riesgo de apego emocional, y como nos dimos tanto placer el uno

al otro, creo que deberíamos disfrutar mientras podamos, ¿no crees?

–Yo… –Laurel se lamió los labios y Cristiano tuvo que reprimir un gemido de deseo.

–Parece que estás haciendo todo lo posible para convencerme –añadió él.

Laurel lo miró con los ojos muy abiertos.

–Yo no estoy intentando…

–No hace falta que lo intentes, *bella* –murmuró Cristiano bajándose del sofá y arrodillándose frente a ella–. Las cosas son como son…

Le puso las manos en los tobillos y fue subiendo hacia las rodillas, los muslos… y Laurel se estremeció.

–Esto que hay entre nosotros… está ahí; no se puede negar. ¿Por qué habríamos de luchar contra ello?

Ella se quedó mirándolo, con las pupilas dilatadas y la respiración entrecortada.

–O sea que… ¿dos semanas… juntos? ¿Es eso lo que quieres? –le preguntó en un hilo de voz.

–Es simple, ¿no? Disfrutamos el uno del otro y luego cada uno sigue su camino satisfecho –le acarició suavemente la cara interna de los muslos–. Muy satisfechos…

Laurel lo miraba fascinada, mientras un suave rubor se extendía por todo su cuerpo. Cristiano deslizó las manos a la parte superior de sus muslos y se inclinó hacia delante.

–Los dos deseamos esto, Laurel.

Ella, que estaba toda temblorosa por sus caricias, cerró los ojos.

–Lo… lo sé.

–No hay nada que temer ni que lamentar –añadió Cristiano–. Solo placer.

Laurel asintió torpemente y Cristiano apretó sus labios contra los de ella. Fue un beso profundo, interminable, que los marcó a fuego a ambos. Sus manos se aferraban a los muslos de Laurel y las de ella a sus hombros. Al cabo, sin aliento y excitado, fue él quien interrumpió el beso.

–¿Sí? –le preguntó con la voz ronca por el deseo.

Laurel abrió los ojos y lo miró, aturdida, pero también resuelta.

–Sí –susurró.

Capítulo 11

Cuando Laurel se despertó hacía un sol radiante y el otro lado de la cama estaba vacío. Se desperezó, y al hacerlo notó dolores musculares en sitios donde nunca antes los había tenido. Habían pasado varias horas, pero aún se sentía maravillosamente saciada y relajada. Una cosa era indiscutible: Cristiano era un amante excelente: atento y concienzudo.

Rodó sobre el costado, flexionando las rodillas contra el pecho, e ignoró como pudo la sensación de culpabilidad y las dudas que la invadieron. La noche anterior había tomado una decisión, una decisión temeraria y potencialmente peligrosa. Porque, a pesar de lo que ella le había dicho a Cristiano la noche anterior, sería demasiado fácil que acabase enamorándose de él. O al menos que creyera que estaba enamorada de él. Porque aunque le hubiera dicho que no quería enamorarse de nadie, no era cierto. Lo que pasaba era que hasta entonces no había encontrado a nadie de quien enamorarse, a nadie a quien ofrecerle su corazón a pesar del riesgo de ser rechazada.

La puerta del dormitorio se abrió y Laurel se quedó muy quieta antes de taparse con la sábana. En el umbral estaba Cristiano, recién duchado, vestido y con una taza de café en cada mano.

–Buenos días –le dijo yendo hasta la cama.

–Buenos días.

Laurel tomó la taza que le tendió y la sostuvo en silencio, calentándose las manos con ella.

–Salimos para París en un par de horas –le dijo Cristiano.

–¿Tan pronto?

–Tengo que reunirme con la gerente del hotel antes de la gala de esta noche.

Se dio la vuelta y entornó los ojos mientras miraba hacia el ventanal, a través del cual se veía otra mañana soleada de verano, con el sol arrancando reflejos de las ventanas y los tejados de los edificios de Roma.

–Cristiano –lo llamó vacilante, y cuando él se giró, con las cejas enarcadas, como expectante, murmuró–: Gracias.

Una pequeña sonrisa curvó los labios de él.

–Vaya, eso no me lo esperaba.

–Sé que no me he mostrado muy agradecida por tu intervención –admitió Laurel, esbozando una sonrisa tímida–. Pero lo estoy. No sé qué habría hecho si tú no me hubieras ayudado.

En el rostro de Cristiano se reflejó una emoción que Laurel no supo interpretar. Luego, asintió brevemente.

–Deberías vestirte –le dijo, y salió de la habitación.

–Bueno, ¿y qué vamos a hacer exactamente en París? –le preguntó Laurel a Cristiano cuando ya estaban sentados en sus asientos de primera clase.

–Como te he dicho, esta tarde tengo una reunión de trabajo, y por la noche es la gala benéfica. Y después de eso… –una sonrisa se dibujó lentamente en sus labios, y sus ojos brillaron traviesos–. Después de eso podremos hacer lo que queramos –murmuró, recorriéndola de arriba abajo con la mirada.

Laurel se sonrojó, sonrió y apartó la vista, como para intentar recobrar la compostura. Una azafata les trajo sendas copas de burbujeante champán, y Laurel tomó un sorbo.

–¿En beneficio de qué causa es la gala? –le preguntó Laurel.

–Para un hospital de cuidados paliativos para niños, creo.

–¿De veras? –inquirió ella con interés–. Yo también trabajo en cuidados paliativos.

Eso significaba que ayudaba a gente en sus últimos meses de vida.

–Me imagino que a veces debe resultar muy duro –le dijo quedamente.

–Sí, y triste, por supuesto –asintió ella–, aunque es un aspecto de la medicina que muchas veces se pasa por alto. La gente está tan preocupada por ponerse bien que no quieren pensar en lo que pase cuando no hay una cura.

–Es verdad –murmuró Cristiano.

Lo sorprendió lo mucho que lo conmovía imaginarla ayudando a personas que pasaban por unos momentos tan difíciles, el acto de generosidad que suponía cuando la recompensa era tan escasa, sabiendo que sus pacientes nunca se pondrían bien.

–¿Y por qué escogiste esa rama en particular de la enfermería?

–Fue por mi abuelo –Laurel se quedó callada un momento, su expresión pensativa y algo sombría–. Le diagnosticaron demencia senil cuando yo estaba aún estudiando la carrera. Yo estaba viviendo con él; trabajaba durante el día y por las noches iba a mis

clases. Mi abuelo quería poder seguir viviendo en casa y no en una residencia mientras le fuera posible, así que reduje el número de horas que trabajaba para poder cuidar de él. Después de todo lo que había hecho por mí… –apretó los labios y su mirada se tornó distante–. Era lo menos que podía hacer.

Lo menos que podía hacer… que sin duda habría sido muchísimo, pensó Cristiano. Y lo opuesto de la opinión errónea que se había hecho de ella.

Al verla entrar en el casino había pensado que era una cazafortunas superficial como su madre, y en vez de eso estaba descubriendo lo inocente y pura que era, una mujer que había dejado a un lado sus ambiciones para cuidar de un anciano, y que había dedicado su vida a aliviar las cargas y aflicciones de otros.

–¿Y dices que tu abuelo murió hace tres meses? –le preguntó.

Laurel asintió.

–Sí, en el hospital donde trabajo. Lo ingresé allí cuando ya no podía continuar en casa, para poder verlo cada día. Fue una gran bendición –exhaló un suspiro–. Y también una gran pérdida.

A Cristiano se le encogió el corazón y una profunda emoción lo embargó. Laurel era admirable, y su ejemplo toda una lección de humildad para él.

–Lo siento –murmuró con sinceridad, pero sintiendo que sus palabras no servían de nada.

–Gracias. Aún lo añoro, y supongo que siempre lo añoraré –dijo Laurel. Luego esbozó una pequeña sonrisa y, en un tono más alegre, añadió–. Pero bueno, ya está bien de hablar de mí. ¿Qué me cuentas de ti?

¿De él? ¿Qué podía decir? Ella era una santa, y él un pecador. Comparándose con ella en ese momento se sentía como si no hubiese hecho nada digno de mención en su vida. Se irguió en su asiento y tomó un sorbo de champán.

–¿Qué quieres saber?

–¿Cómo empezaste en el negocio de la restauración? Tu padre se dedica a las finanzas, ¿no?

–Se dedicaba; ya está jubilado.

–¿Y por qué hoteles en vez de dedicarte tú también a las finanzas?

–Porque quería vivir mi propia vida, según mis reglas, no limitarme a seguir los pasos de mi padre.

–Eso me parece muy bien –contestó Laurel–. ¿Pero por qué hoteles?

Cristiano se encogió de hombros.

–Empecé comprando una pensión ruinosa y la reconvertí en un exclusivo hotel boutique –le explicó–. Una combinación de suerte, riesgo y cierta habilidad para los negocios.

–Y desde esa pensión que reformaste, ahora tienes… ¿cuántos hoteles?

–Exactamente una docena. La mayor parte de ellos están en Europa, aunque estoy intentando expandir el negocio a Norteamérica y Asia.

–Con un hotel en Nueva York y otro en Hong Kong.

Cristiano enarcó una ceja.

–Estás muy bien informada.

Laurel se sonrojó y agachó la cabeza.

–Lo leí en los periódicos.

–¿Ah, sí?

–Bueno, hablan mucho de ti. Igual que en las revistas del corazón –dijo ella, como intentando recobrar la compostura–. Siempre hay alguna foto tuya con la modelo o actriz con la que estés saliendo en ese nanosegundo.

–¿Nanosegundo? –repitió Cristiano inclinándose hacia delante–. Eso es un insulto a mi potencia sexual –se inclinó un poco más, rozándole la pierna con la suya y acariciándole el oído con su aliento–. Quizá necesites un pequeño recordatorio…

Laurel entreabrió los labios y miró nerviosa a su alrededor. Él sabía lo que estaba pensando. Aunque sus asientos formaban una especie de reservado que les daba cierta privacidad, no les daba tanta. O al menos no la suficiente como para hacer lo que se moría por hacer.

Aun así, subió la mano por la pierna desnuda de Laurel, rozando la sensible piel bajo la rodilla antes de deslizar los dedos por debajo del dobladillo de su falda.

–¡Cristiano! –siseó ella, como escandalizada, aunque también excitada.

Lo sabía por sus pupilas dilatadas, sus labios entreabiertos y su respiración entrecortada.

Acarició la sedosa piel de la cara interna del muslo, y al escuchar que se le cortaba el aliento, sintió una intensa punzada de deseo en la entrepierna.

–Cristiano, nos van a ver… –susurró Laurel, pero no se movió.

–¿Que verán qué? –inquirió él dejando que sus dedos llegaran un poco más arriba–. Solo estamos aquí sentados, charlando.

Y visto desde fuera, eso era lo que parecía, porque el cuerpo de ambos ocultaba a la vista que su mano iba subiendo poco a poco

por su pierna.

–Pero… –protestó Laurel.

–¿Pero qué? –la instó él a continuar.

Sus dedos alcanzaron la cálida unión entre los muslos de Laurel, a quien se le escapó un suspiro tembloroso mientras él seguía acariciándola.

–Pero…

Laurel no llegó a terminar la frase, sino que cerró los ojos y se deslizó un poco hacia abajo en el asiento, incapaz de hacer nada salvo responder a sus caricias. El deseo y una sensación de triunfo rugían dentro de Cristiano como una ola posesiva, ancestral.

–¿Más champán?

La voz alegre de la azafata dejó paralizada a Laurel, que abrió los ojos y la miró aturdida, despatarrada como estaba en su asiento y con las piernas separadas.

Cristiano, que había apartado la mano rápidamente, se irguió en su asiento y sonrió a la mujer mientras levantaba su copa.

–¿Por qué no? –respondió.

Laurel se irguió también y se tiró de la falda del vestido antes de tomar un sorbo de su copa de champán, como para intentar recobrar la compostura.

Cuando la azafata se hubo marchado, le preguntó a Cristiano:

–¿Haces esto a menudo?

Él vaciló. Si admitía que nunca hacía nada que hiciera que pudiera perder el control de una situación, y que ella era la única con la que había hecho aquello, ¿daría por hecho que era distinta de las otras mujeres con las que había estado, y que con ella las cosas serían diferentes?

–No muy a menudo –contestó con una sonrisa traviesa, y tomó otro sorbo de champán.

Laurel asintió antes de beber también de su copa, y Cristiano tuvo la sensación de que su respuesta la había decepcionado un poco. Sin embargo, para él era importante recordarle que aquello no era más que un romance, dos semanas de sexo increíble sin ataduras. De hecho, pensó irritado consigo mismo mientras apuraba su copa, parecía que él también necesitaba recordárselo a sí mismo.

Capítulo 12

Ya estaba atardeciendo cuando Laurel se acercó a mirar por la ventana de su habitación, en la suite de La Sirena en París. Habían llegado allí hacía varias horas, y desde que habían bajado del avión hasta ese momento, se había sentido deliciosamente mimada.

Al llegar al aeropuerto los había recogido una limusina que los había llevado al hotel, y el conserje los había conducido personalmente a la lujosa suite que Cristiano tenía reservada para su uso personal. Y, tan pronto como el conserje se hubo marchado, Cristiano la había atraído hacia sí, y la había besado apasionadamente, como si hiciera meses en vez de solo unas horas de la última vez que habían hecho el amor.

Ella había estado tan impaciente por volver a hacerlo como él, sobre todo después del «aperitivo» con que le había regalado en el avión para que fuera abriendo boca. El solo recuerdo de sus hábiles dedos subiéndole por la pierna, rodeados como estaban de gente, la hizo sonrojarse. Había sido tan excitante…

Tras marcharse el conserje, cerrando tras de sí, la había llevado al dormitorio entre besos. Allí le había bajado de un solo movimiento la cremallera, y luego la había ayudado a quitarse el vestido. Laurel había retrocedido lentamente hacia la cama, vestida solo con el sujetador y las braguitas, sin poder apartar los ojos de Cristiano mientras este se desabrochaba la camisa y se la quitaba.

Nunca se cansaría de mirarlo, había pensado ella entonces: los marcados músculos de su abdomen, la piel de bronce bruñido, el fuego que ardía en sus ojos grises… Apenas podía creer que un hombre así, un hombre que irradiaba ese magnetismo sexual tan fuerte pudiese desearla. Pero viendo cómo avanzaba hacia ella, como un depredador con los ojos fijos en su presa, no le había quedado la menor duda de que la deseaba tanto como ella a él.

Cuando al fin le había dado alcance y sus cuerpos se habían tocado, a ella se le había cortado el aliento. Cristiano le había quitado el sujetador y las braguitas, y cuando él le había pasado la pierna por detrás de las rodillas, había caído sobre la cama entre

risas.

Él había caído con ella, cubriéndola con su cuerpo, tan cálido y musculoso. Y entonces habían empezado a acariciarse, besarse, a enredar sus brazos y piernas, a apretar las caderas contra las del otro… Solo con recordarlo, Laurel sintió que un cosquilleo le recorría todo el cuerpo.

Llamaron a la puerta.

–¿Lista, *bella*? –la llamó Cristiano.

Ella se volvió para mirarse una última vez en el espejo. Llevaba un vestido de noche azul Francia con escote barco y un cinturón de falsa pedrería. La vaporosa tela de la falda caía grácilmente, como una columna perfecta, y se arremolinaba a sus pies. Estaba muy elegante, pero esa noche no quería que solo la vieran como a una mujer florero del brazo de Cristiano, ni quería que él la tratara así. Había momentos en que ansiaba fervientemente volver a Illinois, a su trabajo, a su vida, una vida que para ella tenía sentido y en la que se sentía útil y no como un adorno inútil al servicio de Cristiano.

–*Bella* –la llamó él riéndose suavemente mientras llamaba a la puerta de nuevo–, llegaremos tarde.

Laurel inspiró profundamente y apartó aquellos pensamientos de su mente. Dos semanas. Dos semanas y volvería a su vida.

–Ya voy.

Laurel abrió la puerta, y se sintió halagada al ver cómo estaba mirándola Cristiano, que estaba muy apuesto con su esmoquin.

–Estás espectacular –le dijo, y la tomó de la mano para conducirla fuera.

La gala benéfica se celebraba en el opulento salón de baile del hotel, una inmensa sala con las paredes decoradas con frescos y enormes lámparas de araña. Cuando llegaron ya estaba a rebosar de gente, la gente más elegante que Laurel había visto en su vida. Por un momento se quedó paralizada, intimidada por todas esas personas y por el lugar, pero Cristiano le apretó la mano y tiró suavemente de ella para que siguiera andando.

–Recuerda –le dijo en un murmullo–: estás conmigo.

Se unieron a un grupo de empresarios, ricos hombres y mujeres con sus parejas. Todos hablaban un perfecto francés, y a Laurel le costaba seguirles. Hablaba relativamente bien italiano por los tres años que había vivido en Milán, pero de francés solo lo que recordaba de haberlo estudiado en el colegio.

Un hombre de mediana edad se volvió hacia ella con una sonrisa amistosa.

–¿Es usted inglesa? –le preguntó en un inglés con marcado acento.

Laurel sonrió, agradecida por su gesto.

–En realidad soy americana. Disculpe que no hable francés.

–No pasa nada, yo hablo inglés –contestó el hombre encogiéndose de hombros–. ¿Viene usted con *monsieur* Ferrero? –inquirió lanzándole una mirada a Cristiano, que estaba entretenido hablando con otro empresario.

–Sí, pero me interesan los cuidados paliativos –respondió ella. Quería demostrar que no estaba allí solo como acompañante–. De hecho, es a lo que me dedico; soy enfermera en un hospital de cuidados paliativos.

–¿Ah, sí? –exclamó el hombre con interés–. Me encantaría escuchar su opinión sobre la rehabilitación en cuidados paliativos. ¿La aplican en el centro donde trabaja?

–Estamos empezando a hacerlo –contestó Laurel con entusiasmo.

Era estimulante poder hablar con alguien de cosas que le importaban, de poder aportar sus opiniones en vez de ser solo un accesorio.

–Aunque es difícil –añadió–, porque naturalmente hay que captar a los pacientes antes de que los remitan a nosotros como último recurso.

–Exacto –asintió el hombre–. Nosotros estamos probando un método nuevo, para que los especialistas deriven directamente a cualquier paciente sin posibilidad de ser tratado.

–Pero la mayoría de la gente no quiere ni oír que no hay ningún tratamiento posible –murmuró Laurel–. Siempre quieren creer que pueden curarse.

–Es verdad –concedió el hombre, y le tendió la mano–. Soy Michel Durand, por cierto, especialista del Institut Curie.

–Yo Laurel Forrester; soy enfermera en el Hospital General de Canton Heights –se presentó ella con una sonrisa vergonzosa, estrechándole la mano.

Charlaron unos minutos más, y Laurel fue ganando confianza cuando Michel le pidió su opinión acerca de diversas iniciativas en los cuidados paliativos que había oído que se estaban llevando a cabo en Estados Unidos. En un momento dado se volvió hacia Cristiano y, disculpándose por interrumpir su conversación, le preguntó:

–¿Le importa si le robo un momento a su encantadora acompañante? Hay unas personas que querría presentarle.

La afable reacción de Cristiano, que asintió con una sonrisa, extrañó a Laurel.

–Por supuesto.

Laurel lo miró con una ceja enarcada, preguntándose si de verdad no le importaba, pero como él le sonrió del mismo modo afable, se alejó con Michel.

Mientras escuchaba, solo a medias, a Niko Savakis, uno de sus socios, hablar y hablar sobre una oportunidad de inversión en Bucarest, Cristiano observaba a Laurel, que estaba en el otro extremo del salón.

Estaba charlando con varios hombres, y debía estar diciendo algo importante para ella, porque se la veía hablando con pasión, los ojos brillantes y gesticulando con las manos… No podía apartar los ojos de ella, y parecía que sus interlocutores tampoco.

¿Qué era aquella emoción que le revolvía el estómago, como si tuviera ardores? ¿Podrían ser celos?

–¿Quién es?

–¿Qué? –inquirió Cristiano volviendo la mirada hacia Savakis.

Este señaló a Laurel con la cabeza.

–Tu última amante –le aclaró. Y a Cristiano, sin saber por qué, le entraron ganas de pegarle un puñetazo–. ¿Quién es?

–Se llama Laurel Forrester.

–Es distinta de las rubias explosivas que suelen acompañarte –comentó Savakis.

–¿Ah, sí? –murmuró él entornando los ojos–. ¿En qué sentido?

No le gustaba que Savakis considerara a Laurel simplemente como su amante, como algo pasajero. ¿Pero por qué? Nada de aquello tenía sentido.

–Para empezar, porque es inteligente y elocuente –contestó Savakis–. Y es guapa, pero no es ese tipo de belleza falsa y llamativa –miró a Cristiano divertido y añadió–: Sin ánimo de faltar a tus anteriores amantes, por supuesto. Pero esta parece superior a ellas. Quizá te dure un poco más que las otras.

–Quizá.

Savakis pareció advertir su irritación y añadió con una sonrisa burlona:

–Y si no… seguro que hay un montón de hombres que estarían encantados de ocupar tu lugar –lanzó una larga mirada a Laurel–. Yo incluido.

–Ni lo pienses –le advirtió Cristiano con un gruñido.

Savakis lo miró sorprendido y sonrió.

–O sea, que sí es diferente –murmuró antes de alejarse.

Cristiano se obligó a relajarse. ¿Qué le estaba pasando? No era así como llevaba sus relaciones, romances, flirteos… lo que fuera. Pero sí, Laurel era diferente. Y, lo que era más alarmante, él se comportaba de un modo distinto cuando estaba con ella. No lo comprendía, y detestaba esa sensación de no tener el control sobre la situación ni sobre sí mismo.

Pero una cosa sí tenía clara: que no le gustaba verla en el otro extremo del salón, charlando y riéndose como si estuviese pasándolo en grande… sin él.

Echó a andar hacia allí con decisión para unirse a ella.

–Ah, Ferrero –lo saludó Michel Durand, el médico que se la había llevado–. Su acompañante es todo un hallazgo. Hemos tenido una conversación muy reveladora sobre la rehabilitación en los cuidados paliativos.

–Una cuestión muy importante, sin duda –respondió Cristiano, pasándole el brazo a Laurel por la cintura.

Una cuestión sobre la que no sabía nada de nada. El grupo retomó la conversación, sin que él apenas pudiera meter baza. Sin embargo, tras unos momentos batallando con su irritación, que lo hacía sentirse algo mezquino, empezó a escuchar.

Y mientras escuchaba el apasionado alegato de Laurel a favor de la dignidad de los pacientes terminales, se quedó asombrado de lo bien que se expresaba, de su pasión y determinación, y sintió que algo despertaba en su interior, algo que durante mucho tiempo había permanecido dormido.

Era extraño, e inquietante, sentir esa parte de su alma volver a la vida, sentir a su corazón atrofiado buscando a tientas lo que le faltaba. Y era extraño y profundamente alarmante porque no quería encariñarse con Laurel.

Si era listo, la dejaría marchar. Le diría que esperaba que fuera feliz y la mandaría de vuelta a Illinois. Y sin embargo sabía que no podía hacer eso. En primer lugar, porque podía ser que estuviera embarazada, y en segundo lugar porque no quería hacerlo. Y la segunda razón ganaba a la primera por goleada.

En un momento en que cambió el tema de conversación, Laurel lo pilló mirándola y le sonrió vacilante.

–¿Por qué estás mirándome con el ceño fruncido? –le preguntó en voz baja mientras los demás seguían hablando.

–¿Eso estoy haciendo? –contestó él. La tomó de la mano, entrelazando sus dedos con los de ella–. Será porque estaba

pensando en que preferiría estar contigo arriba que aquí escuchando la cháchara de unos y otros –le dijo al oído.

Ella esbozó una pequeña sonrisa, pero lo miró como dolida por sus palabras.

–La verdad es que yo estoy disfrutando mucho con esa «cháchara» –le confesó.

Cristiano sintió vergüenza por haberse referido de ese modo a un tema tan importante. Se sentía desconcertado e irritado y sabía que el único modo de solucionarlo era volver a poner las cosas en su sitio, tal y como quería que estuvieran: con Laurel en su cama, y fin de la historia.

–A ver qué te parece esto –le sugirió en un murmullo–: quince minutos más de cháchara, y luego nos despedimos y nos vamos arriba.

Laurel lo miró pensativa, de un modo que a Cristiano no le gustó demasiado. Como si hubiera adivinado que había algo tras su proposición que estaba intentando ocultar.

–Nos perderemos la cena.

–Me da igual.

Laurel se quedó callada, mirándole, antes de asentir.

–Está bien –murmuró.

Y diez minutos después abandonaban el salón de baile. Laurel estaba callada y pensativa cuando subieron a su suite privada en el ascensor. Cuando finalmente se abrieron las puertas, Cristiano se sentía como si tuviera los nervios a flor de piel, como si todos sus sentidos estuvieran en alerta.

Laurel entró en la suite delante de él, y estaba tan elegante y tan preciosa… Cristiano dio un paso hacia ella, y Laurel se quedó quieta, quizá intuyendo el peligro, esa emoción que él no podía expresar ni reprimir, esa emoción que no podía permitirse sentir.

–¿Cristiano? –lo llamó girándose hacia él, con las cejas enarcadas, como vacilante.

–Dale la vuelta –le ordenó él con voz ronca.

Laurel se quedó mirándolo un momento y frunció el ceño ligeramente, pero no dijo nada y se dio la vuelta.

Cristiano dio otro paso hacia ella y de un tirón le bajó la cremallera del vestido.

Capítulo 13

Al sentir el aire en la espalda, Laurel aspiró bruscamente por la boca. Cristiano le bajó el vestido hasta la cintura. No dijo nada, pero Laurel notó que de él emanaban una tensión y una ira inexplicables. ¿Qué estaba pasando?

–Cristiano, ¿qué…?

–No hables –le respondió él en un tono monocorde.

Laurel se calló, y su aprensión aumentó.

Cristiano deslizó los brazos por debajo de los suyos y sus manos se cerraron sobre sus senos de un modo posesivo. Cuando empezó a frotarle los pezones con los pulgares, a Laurel le flaquearon las piernas y apoyó la espalda contra él. Cristiano depositó un beso en su hombro y, aunque había algo raro en su comportamiento, Laurel notó que empezaba a excitarse contra su voluntad.

Un escalofrío de placer la recorrió cuando Cristiano empujó el vestido hacia abajo con una mano para que cayera al suelo. Ella no llevaba debajo más que un tanga, mientras que Cristiano aún estaba completamente vestido. Tenía todo el control; no se sentía en igualdad de condiciones con él. Aquello no estaba bien.

–Cristiano…

–He dicho que no hables.

Las manos de Cristiano descendieron por sus costillas y la asieron por las caderas, atrayéndola hacia sí. Laurel no pudo evitar que se le escapara un gemido cuando se apretó contra ella, ni la llamarada de placer que estalló entre sus muslos. Alargó el brazo para agarrarse a una mesita que había cerca, y Cristiano se rio suavemente.

–No te vas a caer; confía en mí, *bella*.

Cuando lo oyó bajarse la cremallera de los pantalones y sacar un preservativo del bolsillo, se apartó bruscamente de él, tropezando con el vestido, que estaba hecho un gurruño en el suelo, antes de recobrar el equilibrio. Se volvió hacia él con la respiración entrecortada. Había un brillo metálico en los ojos de Cristiano.

–Puede que sea tu amante, pero no soy tu fulana –le espetó

Laurel furiosa, y se fue al dormitorio y cerró tras de sí con un portazo.

Todo su cuerpo se estremeció, y se obligó a contener las lágrimas. ¡Qué manera de arruinar lo que había sido una velada maravillosa! ¡Qué manera tan espantosa de humillarla! Buscó en el armario alguna prenda cómoda, pero no tenía ninguna. Todo eran camisones provocadores, lencería provocativa, vestidos de noche, conjuntos de alta costura… Ni una camiseta, ni un solo par de pantalones anchos de algodón…

Con un grito de rabia sacó uno de los cajones, volcó todo su contenido en el suelo, y luego pateó con saña las prendas hasta mandarlas a un rincón del dormitorio. Después, con otro grito arrancó los vestidos de las perchas y los arrojó al mismo sitio, con todas aquellas prendas ajustadas y sugerentes.

Le daba igual que hubieran costado una fortuna; no las quería. Solo diez días más, se dijo. Diez días más y no tendría que volver a ver a Cristiano. Pero… ¿por qué le dolía el corazón de solo pensarlo?

Se oyeron un par de golpes en la puerta.

–Márchate –respondió con voz cansada–. Márchate, Cristiano.

Se puso el albornoz que estaba colgado tras la puerta del baño, y se puso a quitarse las horquillas del pelo para ir arrojándolas al tocador. La gala de esa noche la había ilusionado, tanto por la idea de poder hablar de algo que conocía y que era importante para ella, como de sentirse algo más que la amante de Cristiano. Pero él parecía decidido a recordarle que para él no era más que eso. ¿Por qué?

–Laurel –la llamó Cristiano a través de la puerta cerrada–. Lo siento.

Ella se quedó quieta al oír esas palabras, que parecían sinceras, pero no fue a abrir la puerta.

–¿Laurel? ¿Me has oído? Por favor, ábreme.

–¿Para qué? ¿Para que puedas acabar lo que empezaste? No, gracias, no me interesa. Y me da igual nuestro «acuerdo»; no puedes disponer de mí a tu antojo.

–Solo quiero hablar. Por favor.

Laurel vaciló, pero, como estaba tan enfadada y necesitaba desahogarse –le daba igual lo que tuviera que decir Cristiano–, fue hasta la puerta a zancadas, la abrió y se hizo a un lado para que pasara.

Cristiano entró, se quitó la chaqueta del esmoquin y la pajarita y los echó encima de una silla. Laurel se apretó el cinturón del

albornoz y se cruzó de brazos.

–¿Y bien? ¿Qué es lo que querías decirme?

–Lo siento.

–Eso ya lo has dicho antes –le espetó ella. No estaba de humor para mostrarse amable y comprensiva–. Aunque la verdad es que me pregunto qué es lo que sientes. Parece que tienes un don especial para humillarme –sacudió la cabeza y sintió que los ojos volvían a llenársele de lágrimas. No iba a llorar; no dejaría que Cristiano viera hasta qué punto la afectaba–. Estaba pasándolo bien en la fiesta, ¿sabes? –le dijo, tratando de evitar que le temblara la voz–. Estaba charlando de cosas que importan, y me sentía importante. Sé que es una pequeñez, y seguramente un poco patético, pero para mí era importante. No soy… no quiero ser tu… tu juguete.

–No lo eres –le insistió Cristiano.

–Pues tu amante de conveniencia. Me sacaste de la gala antes siquiera de que hubiera empezado, con todo el mundo mirando, me trajiste aquí arriba y me has tratado como a una… como a una… –la voz se le quebró.

–Laurel, por favor, no… –le suplicó Cristiano, que parecía verdaderamente angustiado–. No debería… Lo siento.

–Eso dices –le espetó ella–, pero sigo sin entender por qué me has tratado de ese modo –inspiró temblorosa–. ¿Es que disfrutas humillando a las mujeres?

–Por supuesto que no –replicó él, como enfadado–. No pretendía humillarte. La verdad es que creo que eres increíble: lista, resuelta, amable y compasiva. Y esa es la razón por la que te saqué de la gala. La razón por la que te traje aquí y por la que intenté recordarnos a ambos que esto va solo de sexo, porque estoy empezando a encariñarme contigo y no quiero.

No había querido decir eso, pero lo había dicho, y Laurel estaba mirándolo boquiabierta.

–Vaya… –dijo, y sacudió la cabeza–. ¿Se supone que tengo que sentirme conmovida? ¿Agradecida?

El desprecio en su voz lo sorprendió. De hecho, sí, había esperado que se sintiera conmovida y… ¡sí, qué narices, complacida! Se había abierto más con ella que con cualquier otra mujer y, sin embargo, no parecía apreciarlo en absoluto.

–No –respondió al cabo de un momento, con aspereza–. Por supuesto que no. Solo estaba intentando explicarte…

–¿Explicarme qué, que te has comportado como un bastardo? Gracias, ahora me siento mucho mejor.

Cristiano la miró fijamente, sintiendo como la ira se cristalizaba en su interior.

–Me alegra oír eso –masculló.

Aquello era lo que conseguía uno por ser sincero, pensó. Laurel estaba hecha una furia y no acababa de comprender por qué. Y entonces, de repente, se desinfló como un globo: fue lentamente hacia el sofá y se dejó caer en él.

–No te entiendo –le susurró–. Dices que estás empezando a encariñarte conmigo… ¿y me tratas como si no te importara nada?

Cristiano sintió vergüenza. Al oírla expresarlo de ese modo, se veía de pronto infantil y ridículo.

–Básicamente sí –respondió, y se sentó en el otro sofá, frente a ella–. Eso es lo que ha pasado.

–¿Pero por qué?

Cristiano tardó un buen rato en contestar. Bastante fustigado se sentía ya, además de horriblemente vulnerable después de haberse sincerado con ella.

–¿Recuerdas eso que me dijiste de que no querías enamorarte de nadie? –le preguntó.

Al verla parpadear, Cristiano maldijo para sus adentros; sin querer estaba enredándolo cada vez más.

–Sí, me acuerdo.

–Lo que quiero decir es que a mí me pasa algo parecido; yo tampoco quiero encariñarme con nadie –se apresuró a aclararle él–. Y mucho menos enamorarme.

–¿Porque las mujeres que has conocido, las que estuvieron con tu padre, no eran de fiar?

–Sí.

No era toda la verdad, pero de momento bastaría.

–Pero parece que te enfadas cuando demuestro que no soy como esas mujeres –apuntó Laurel con una lógica aplastante que lo irritó aún más–. Cuando actúo de un modo distinto, como esta noche. Te enfadaste porque estaba hablando de mi trabajo, no porque estuviese comportándome como la cazafortunas superficial por la que hasta hace poco me tenías.

–No me he enfadado por eso.

–¿Entonces, por qué?

Cristiano se quedó mirándola lleno de frustración y con la mandíbula apretada. Aquella conversación no estaba yendo por buen camino. Laurel era demasiado insistente y lista como para engañarla con medias verdades.

–Porque eres demasiado buena para mí –respondió finalmente,

como si le hubieran arrancado a la fuerza las palabras–. Quiero que seas superficial y una cazafortunas porque de ese modo esto tendría sentido: una relación basada en el sexo, sin más. Pero cuando hablas de tu trabajo, o de tu abuelo… entonces siento que esto podría convertirse en otra cosa, y no es lo que quiero – concluyó de un modo tajante.

Laurel se echó hacia atrás, como derrotada, pero luego se irguió y le preguntó:

–¿Tan malo es… sentir cariño por alguien? Porque si no soy como esas mujeres… con las que estuvo tu padre… ¿entonces cuál es el problema?

Había dado en la diana. Cristiano no sabía cómo responder, así que le dijo la verdad.

–No se trata de que te parezcas o no a ellas. Se trata del riesgo de perder el control.

Laurel enarcó las cejas.

–¿Qué quieres decir?

Cristiano se movió incómodo en su asiento antes de levantarse abruptamente y ponerse a andar arriba y abajo por el espacioso salón.

–Cualquier relación seria implica una pérdida de control, renunciar al control. Y eso es algo que yo no sería capaz de soportar. Y sí –la cortó antes de que pudiera decir nada–, es por mi niñez. Sí, todos somos producto de nuestra infancia, tenías razón. Pero no es por las mujeres con las que estuvo mi padre, ni por su segunda esposa, ni por tu madre. Es por la mía, por mi madre.

Se hizo un silencio tenso y pesado.

–¿Qué pasó con tu madre? –inquirió ella.

–Quería a mi padre. Y él la quería a ella –Cristiano sintió que se le estaba haciendo un nudo en la garganta y tragó saliva–. Se querían muchísimo.

–¿Y eso es malo? –inquirió ella suavemente.

–Sí, porque su amor era… turbulento. Apasionado. Siempre estaban peleándose y volviéndose a enamorar: se tiraban jarrones, rompían platos… ya te lo puedes imaginar.

–No todos los matrimonios que se quieren son así.

–No, pero aun así se produce esa pérdida de control: estás esclavizado por tus emociones, y a merced de otra persona –le espetó él deteniéndose.

–Una persona en la que confías.

–Tal vez –Cristiano continuó paseándose por el salón, con la cabeza gacha y la mandíbula apretada–. Pero quizá no deberíamos

confiar hasta ese punto en nadie.

–¿Qué pasó con tu madre, Cristiano? –insistió ella.

Le hizo esa pregunta en un tono tan suave, tan triste, tan lleno de compasión, que él casi se derrumbó.

–Mi padre y ella tuvieron una discusión monumental. Creo que les gustaba discutir, lo intensas que eran sus peleas. Y luego, por supuesto, el hacer las paces. Esa vez ella se marchó de casa hecha una furia. Claro que ya lo había hecho antes. Recuerdo verla desde la ventana mientras se alejaba en su descapotable rojo. Nunca sabía si volvería o no.

–Eso debía ser muy duro para ti –musitó Laurel–. Y no tienes que sentir vergüenza por ello –le dijo–, por que te doliera.

Pero la sentía, sentía vergüenza porque esos sentimientos revelaban su debilidad.

–El caso es –continuó cuando se sintió capaz de hacerlo sin que se le quebrara la voz– que esa vez, tras esa discusión, se marchó en su descapotable y no volvió. Murió –le explicó sucintamente–. Su coche acabó empotrado en un árbol.

–Cuánto lo siento, Cristiano…

–Pero lo curioso es –prosiguió él, decidido a contarlo todo– que era una carretera sin curvas ni cuestas. No hubo ningún otro coche implicado en el accidente. Y el árbol estaba a unos tres metros de la carretera. ¿Por qué se chocó con él? ¿Y cómo?

Laurel palideció y abrió mucho los ojos.

–¿Quieres decir que crees que lo hizo a propósito?

–Es lo más probable, ¿no? Es lo que te hace el amor: acaba matándote de un modo u otro –dijo él en un tono monótono.

Sus palabras parecieron llenar de tristeza a Laurel.

–No tiene por qué ser así. O al menos eso es lo que quiero pensar –admitió con una sonrisa melancólica–; no es que lo sepa por propia experiencia.

–¿Qué quieres decir?

–Las personas a las que he querido han acabado marchándose: mi padre, mi madre, tu padre… –lo miró como disculpándose–. Sé que no querrás oírlo, pero le quería. Durante esos tres años fue como un padre para mí: venía a mis funciones del colegio, me llevaba de paseo en su deportivo… Es el único padre de verdad que he tenido.

–No… no lo sabía. Lo siento.

Al contarle a su padre lo de la cuenta secreta de su madre no había tenido en cuenta los sentimientos de Laurel, que entonces solo había tenido catorce años. ¿Cómo podía haber sido tan

insensible, tan egoísta? Sí, la madre de Laurel le había robado a su padre, pero ella había acabado sufriendo y a él ni siquiera le había importado.

–Fue hace mucho tiempo. No te he contado todo esto para que sientas lástima de mí; solo quería que supieras que te comprendo; al menos un poco. Pero supongo que aún tengo la esperanza de que algún día las cosas cambiarán para mí, que encontraré a alguien que me quiera, y no se irá –le temblaban los labios, pero se obligó a esbozar una sonrisa–; no querrá irse.

–Laurel…

–Y un día puede que las cosas también cambien para ti –le dijo ella–. Puede que un día ya no creas que el amor te mata, o que te hace daño. Te darás cuenta de que puede curar las heridas del alma y hacerte más fuerte.

–Me parece que tienes demasiada fe en el ser humano –murmuró él.

Su esperanza lo conmovía, sobre todo sabiendo como sabía los pocos motivos que tenía para tener esperanza. La habían dejado tantas personas…

–No tanta; lo que pasa es que me gusta hacerme la fuerte –bromeó ella.

Cristiano se sentía cansado, y le dolía el corazón, pero de pronto también se sentía extrañamente esperanzado, aunque no estaba seguro respecto a qué, ni se sentía preparado para hablar de ello.

–Gracias –murmuró–. Por escucharme, por comprender. Y te pido perdón por… lo de antes –hizo una pausa, y sopesó en silencio sus palabras, sus sentimientos. «Verdad» frente a «seguridad». «Cariño» frente a «control»–. La pregunta es… ¿qué hacemos ahora?

Capítulo 14

Durante esa semana Cristiano y ella recorrieron sus hoteles en Europa: primero París, luego Londres, Milán y ahora Barcelona. Cristiano se había reunido con los gerentes y supervisado el funcionamiento de cada uno de los establecimientos, y ella había disfrutado visitando todos esos lugares que nunca había pensado que tendría la oportunidad de ver.

Desde la conversación tan sorprendentemente sincera que habían tenido tras la gala benéfica, las cosas habían cambiado entre ellos. Ella había empezado a relajarse y a disfrutar del tiempo que pasaban juntos, y él también. Charlaban, se reían, se picaban el uno al otro… Y hacían el amor. El sexo ya no era una transacción, sino algo que compartían, una expresión de… ¿de qué? No tenía intención de enamorarse de Cristiano, pero él estaba empezando a ponérselo bastante difícil.

Esa mañana, después de otra noche de pasión, Cristiano entró en el dormitorio, recién duchado y afeitado, y ya vestido con unos pantalones gris carbón y una camisa azul oscura de cuello abierto. Llevaba dos tazas humeantes de café.

–Buenos días –la saludó, tendiéndole una, que ella aceptó agradecida–. He pensado que hoy podríamos hacer algo diferente.

–¿Como qué? –inquirió ella, enarcando las cejas antes de tomar un sorbo de café.

Cristiano se sentó en el borde de la cama.

–Anoche, después de la fiesta, dijiste que estabas cansada de tantos actos sociales, y he pensado que a los dos nos vendría bien un descanso –hizo una pausa y la miró pensativo–. Se me ha ocurrido que podríamos ir a Capri.

–¿A Capri?

–Tomaremos un vuelo hasta Nápoles, y de allí un ferry que nos lleve a Capri. Te encantará, es una isla preciosa.

Se quedó callado un momento y Laurel se puso tensa porque intuía que iba a decirle algo más, algo importante.

–Es donde vive mi padre –añadió Cristiano.

Laurel abrió mucho los ojos.

–¿Tu padre…? ¿Quieres decir que vamos a… a visitarle?

Apenas podía creerlo. Cristiano raramente hablaba de su padre, y cuando lo hacía era de mala gana, y hasta con desdén. Diez años atrás su relación no había sido muy estrecha, y le daba la impresión de que eso no había cambiado demasiado.

–Sí, he pensado que a lo mejor te gustaría verlo –Cristiano tomó un sorbo de su café y giró la cabeza hacia el ventanal–. Como parecía que estabas muy unida a él…

–Sí, lo estaba –Laurel tragó saliva. De pronto sentía un cosquilleo de nervios en el estómago–. Pero no sé si él querrá verme a mí.

Años atrás Lorenzo las había «desterrado» a su madre y a ella sin decirle adiós siquiera. Y después de tanto tiempo aquel recuerdo aún la llenaba de dolor.

–Ya le he llamado –contestó Cristiano, girando de nuevo la cabeza hacia ella–. Y sí que quiere.

Laurel entreabrió los labios y Cristiano vio como se le llenaban los ojos de lágrimas.

–¿De… de verdad? –murmuró Laurel con un sollozo–. Es… Bueno, es maravilloso. Gracias, Cristiano.

Él asintió, y no se atrevió a decir más, por temor a decir algo que no quería. Aún no se sentía cómodo con esa clase de emociones, pero estaba intentando acostumbrarse. Durante esa semana había estado viviendo en un limbo de profunda dicha y constante malestar, una mezcla de placer y dolor. Porque tener una relación así con alguien, una relación con un componente emocional, era algo totalmente nuevo para él, y algo que no sabía si quería: esa sensación de vulnerabilidad, la intensidad de sus emociones, el riesgo de acabar sufriendo… Y, sin embargo, cuanto más tiempo pasaba con Laurel, más tiempo quería pasar con ella.

También quería reparar el daño que le había hecho años atrás, porque tenía la sensación de que si hubiera manejado de otra manera la situación, tal vez su padre habría seguido en contacto con ella a pesar de haber roto con su madre.

–No puedo creerlo –murmuró Laurel abrazándose las rodillas, con los rizos cayéndole sobre los hombros–. No puedo creerme que vaya a volver a verlo… ¿Estás seguro de que quiere volver a verme? –lo miró con aprensión y se mordió el labio.

Un sentimiento de culpa, punzante como una flecha envenenada, invadió a Cristiano. No le había dicho a Laurel hasta qué punto había tenido parte en la decisión de su padre de

divorciarse de su padre de divorciarse de su madre. Al principio porque no le había parecido relevante, y ahora porque sabía que le haría mucho daño y que pondría en peligro su incipiente relación. Y es que ya estaba dándole vueltas a cómo podría hacer que se quedara a su lado cuando esas dos semanas hubieran terminado… si es que no estaba embarazada. Había momentos en que casi se encontraba deseando que lo estuviera.

–Muy seguro –le dijo con firmeza–. Se alegró mucho al saber que hemos estado en contacto.

Laurel enarcó las cejas.

–¿Y sabe… sabe exactamente hasta qué punto hemos estado «en contacto»?

Cristiano sonrió.

–No le di detalles, pero creo que se lo imagina –hizo una pausa–. ¿Acaso es eso algo malo?

–No. Es solo que… –Laurel dejó caer los hombros y apartó la vista–. Nos queda menos de una semana juntos –murmuró.

Cristiano se sintió como si lo hubiesen dejado sin aire de un golpe en el pecho.

–¿Qué importa eso? –inquirió, intentando parecer despreocupado.

–Es que no quiero que tu padre se haga ilusiones –le explicó Laurel–, que pueda pensar que hay algo más entre nosotros.

–No te preocupes por eso –respondió Cristiano, preguntándose cómo podría tranquilizarla.

¿Debería decirle que eso no pasaría, que su padre no se haría ilusiones? ¿O quizá que de hecho sí debería hacerse ilusiones? ¿Y cuándo, si es que se decidía, debería decirle que quería más que otra semana?

La cuestión, por supuesto, era cuánto más. Había intentado visualizar distintos escenarios en su cabeza, y en la mayoría de ellos Laurel se convertía en su amante permanente. No se sentía preparado para afrontar otro tipo de relación, aunque sabía que Laurel se negaría en redondo a esa idea. Mejor esperar, no decir nada, y confiar en que llegado el momento llegarían a un entendimiento.

–Bueno, hay que prepararse –le dijo levantándose de la cama–. Nuestro avión sale dentro de unas horas.

Poco después el chófer de Cristiano los llevaba al aeropuerto. Laurel iba vestida con un alegre vestido de tirantes a lunares. Después de haber tirado al suelo toda la ropa que le había dado Cristiano, este se había ofrecido a acompañarla a comprar otra

más de su gusto. Fueron, a petición de Laurel, a una tienda no muy cara, donde adquirió algunos conjuntos más informales, y aunque quería pagar ella Cristiano insistió en hacerlo, así que finalmente había acabado claudicando.

–¿Cuándo fue la última vez que viste a tu padre? –le preguntó, girando la cabeza hacia él.

Cristiano se encogió de hombros.

–Hace un año o así.

–O sea, que no le ves muy a menudo.

Él volvió a encogerse de hombros.

–Estoy muy ocupado.

–Pero no tenéis una relación estrecha –insistió Laurel, y Cristiano suspiró.

–No, supongo que no.

–¿Por qué no?

Cristiano volvió la cabeza hacia la ventanilla y se quedó callado un momento.

–Porque no siento respeto por él –respondió finalmente–, y es difícil tener una buena relación con alguien cuando no hay respeto.

Laurel sopesó sus palabras.

–¿Y él te respeta?

–No tengo ni idea, y la verdad es que tampoco me preocupa.

–¿Y tú por qué no lo respetas?

Era como un perro con un hueso, pensó Cristiano, royéndolo y royéndolo.

–¿De verdad tenemos que hablar de esto?

–Bueno, vamos a ir a visitarle, así que sí, creo que tenemos que hablarlo. ¿Por qué tú no?

Laurel le había dicho aquello en un tono suave, compasivo, como si solo estuviera tratando de entenderle. Por eso, aunque reacio, Cristiano se decidió finalmente a contestarle.

–Porque ha malgastado su vida por culpa del amor.

–Ah –Laurel asintió pensativa–. O sea que estás enfadado con él por haber malgastado su vida.

Dicho de esa manera…

–No estoy enfadado con él –replicó con aspereza–. Bueno, no exactamente.

No estaba diciéndole la verdad. Sí que estaba enfadado, solo que le parecía una reacción infantil y quería estar por encima de esas pequeñeces.

–No debió ser fácil para ti –murmuró Laurel–, lo de perder a tu

madre, quiero decir. Y luego ver a tu padre enamorarse una tras otra de mujeres que no lo amaban a él.

Tomó su mano y él entrelazó sus dedos con los de ella e inspiró profundamente en un intento por tranquilizarse. Esas conversaciones tan sinceras y emocionales todavía le resultaban demasiado nuevas y difíciles. Incluso dolorosas. Pero estaba haciendo un esfuerzo porque sabía que Laurel quería más de él y –cosa que lo sorprendía y lo alarmaba un poco–, él también quería más de ella. Estaba cansado de las relaciones superficiales y basadas únicamente en el sexo que había tenido hasta entonces. Y, sin embargo, aquella pregunta seguía inquietándolo: ¿cuánto más quería?

El viaje en avión transcurrió de manera agradable y sin contratiempos. Al llegar a Nápoles tomaron el ferry, luego fueron hasta el funicular, que llevaba al centro de la ciudad, y desde la *piazzetta* caminaron hasta la villa de su padre, que estaba en las afueras.

Laurel iba mirando a su alrededor maravillada, admirando con embeleso las casitas blancas con sus contraventanas de brillantes colores y las ventanas y los balcones adornados con macetas cuajadas de flores.

Y al poco, cerca de lo que había sido la parte antigua de la ciudad, se encontraron al pie de la escalinata que ascendía hasta la villa de su padre, una casona blanca con tejas de terracota que en ese momento bañaba el sol del atardecer.

Laurel se detuvo, alzó la vista hacia la villa y lanzó a Cristiano una mirada nerviosa.

–¿De verdad crees que…?

–No lo creo; lo sé –dijo él, y la tomó de la mano.

Juntos subieron los escalones, y al llamar a la puerta les abrió la empleada doméstica, que los saludó efusivamente en italiano y les hizo pasar al amplio vestíbulo. Y entonces su padre apareció en el umbral del salón. Se le veía más viejo y frágil que la última vez que lo había visto, pero también feliz, y una amplia sonrisa se dibujó en su arrugado rostro al tenderle los brazos a Laurel.

–*Cara* –dijo en un tono cálido y acogedor, y Laurel, con un sollozo ahogado, corrió a abrazarlo.

Capítulo 15

Laurel se desperezó en su tumbona con el corazón rebosante de felicidad. Ya hacía tres días que habían llegado a Capri, y habían sido los mejores de su vida. Reencontrarse con Lorenzo, que le hubiera dado la bienvenida con los brazos abiertos y lágrimas en los ojos… Ella había corrido a abrazarlo, y él le había susurrado al oído cuánto sentía lo que le había hecho años atrás.

Y otra bendición maravillosa para ella era poder pasar tiempo con Cristiano sin estar rodeados de gente, sin tener que asistir a eventos sociales. Por fin podían disfrutar sencillamente de la compañía del otro, paseando por Capri, bañándose en la piscina de la villa o tomando el sol…

Sin embargo, aquel paraíso no duraría mucho: dentro de solo tres días se cumplirían dos semanas de esa primera noche fatídica en que habían hecho por primera vez el amor. Solo tres días más para hacerse la prueba de embarazo.

¿Y si estaba embarazada? La verdad era que en parte abrigaba la esperanza de que lo estuviera, aunque sabía por lógica que era más probable que no lo estuviera. Sus reglas eran bastante regulares, y aún faltaba una semana para que le bajara. Además, un embarazo no sería lo más deseable. Quería que Cristiano le pidiese que se casara con él por amor, no solo para hacerse cargo con ella del bebé.

–Pareces absorta en tus pensamientos.

Laurel se incorporó en la tumbona al oír la voz de Lorenzo, y lo vio yendo hacia ella.

–Espero que no sea nada que te preocupe; hace un día demasiado bonito para preocuparse –añadió, sentándose con cuidado en la tumbona junto a la suya.

Laurel se había fijado en lo despacio que se movía y estaba preocupada.

–No, no pensaba en nada importante –mintió, esbozando una sonrisa.

–¿Y dónde anda mi hijo? –le preguntó Lorenzo echándose hacia atrás con una mueca, como dolorido.

–Está poniéndose al día con el trabajo, pero ha prometido que

almorzará con nosotros.

–Nunca le había visto tan feliz –le confesó Lorenzo quedamente–. Gracias.

Laurel sonrió con ironía.

–No sé si yo tengo algo que ver en eso.

–Pues claro que sí. Está enamorado de ti, aunque no quiera darse cuenta.

Laurel se rio suavemente.

–Ah, ese es el quid de la cuestión, ¿no? –respondió, intentando hacer como que no le importaba–, que no quiere darse cuenta.

–Cristiano siempre ha recelado de las emociones, y en particular del amor.

–Sí, lo sé –Laurel inspiró profundamente y espiró despacio–. Me habló un poco acerca de su madre y de ti, de cuánto os queríais.

–¿Ah, sí? Bueno, supongo que es como él recuerda; no era más que un niño cuando su madre murió.

–¿Es que fue distinto de como él lo cuenta?

–No sé qué te habrá dicho, pero me lo imagino –Lorenzo suspiró–. Mi matrimonio con Gabriella fue tempestuoso, cuando menos. Ella se alimentaba de esa pasión, de esa energía, de nuestras disputas; la hacían sentir viva. Pero a mí me agotaba. Cuando murió… –su rostro se ensombreció de dolor–… yo me culpé de su muerte. No debería haber dejado que se fuera tan enfadada, aunque lo que más exaspera ahora, años después, es que no logro recordar por qué habíamos discutido.

–No creo que fuera culpa tuya.

–Tal vez –Lorenzo se quedó callado un momento–. Pero me arrepiento de no haber impedido que se fuera en ese estado. Hay muchas cosas de las que me arrepiento –miró hacia el horizonte con los ojos entornados–. Y me temo que Cristiano es como es por mi culpa: su recelo de las emociones, del amor, su empeño en ser una isla, cuando ningún hombre lo es –le sonrió con tristeza–. Yo, en cambio, soy todo lo contrario: siempre buscando algo más, a alguien que me haga sentir pleno. Creí haber encontrado en tu madre a ese alguien.

A Laurel se le hizo un nudo de emoción en la garganta.

–Ella también creyó haber encontrado en ti a ese alguien.

–¿De verdad?

–Sé lo de ese dinero que desvió, Lorenzo, pero no fue… Ella no pretendía…

–He pensado en aquello muchas veces –la interrumpió él–. Yo

le habría dado ese dinero sin reservas, aunque no sé si tu madre lo sabría.

–Siempre ha vivido con el miedo a acabar pobre –respondió ella en un tono quedo–. Pobre y abandonada.

–Comprendo. En cualquier caso, me siento mal por alejaros de mí tan precipitadamente, sin siquiera pedirle explicaciones a tu madre –Lorenzo sacudió la cabeza con aire triste–. Durante todo este tiempo he lamentado mi reacción, sobre todo por ti, por cómo debiste sentirte, siendo tan niña.

Laurel parpadeó con fuerza para contener las lágrimas.

–Bueno, fue… difícil para mí –admitió, y Lorenzo contrajo el rostro.

–Cuánto lo siento, *cara*… Me sentía traicionado; me recordó demasiado a la mala experiencia que tuve con mi segunda esposa. ¿Te habló de eso Cristiano?

–Sí, un poco.

–Mi hijo me convenció de que Elizabeth me abandonaría y yo, dejándome llevar por mis inseguridades y mi propia debilidad, le creí. Tu madre era tan preciosa, tan vibrante, tan joven, que muchas veces dudaba que estuviera conmigo porque me quería y no por mi dinero –sacudió la cabeza de nuevo y su rostro arrugado se llenó de tristeza.

–Supongo que es un problema al que se enfrentan todos los hombres ricos –murmuró Laurel–. Además, no estoy ciega ante los defectos de mi madre.

Lorenzo esbozó una sonrisa.

–Todos los tenemos, ¿verdad? Nadie es perfecto.

Y su madre menos que nadie, pensó Laurel, que no acababa de entender por qué la defendía. Lo que le había hecho era difícil de perdonar, pero aun así quería perdonarla. Esa era la gran diferencia entre Cristiano y ella, que a pesar de los errores y las penas del pasado, ella no perdía la esperanza, y se esforzaba por perdonar y por creer que las personas podían redimirse. Quería creer en el amor, ansiaba ser amada… al contrario que Cristiano, concluyó con un suspiro.

Lorenzo puso su mano sobre la de ella.

–Dale tiempo –le susurró–. Cristiano te quiere; solo tiene que dejar de luchar contra sus sentimientos.

Laurel bajó la vista a la mano nudosa de Lorenzo y reprimió como pudo las lágrimas.

–Gracias –murmuró–. Ojalá tengas razón.

Lorenzo sonrió y apartó su mano.

–Una vida sin amor es una vida perdida. Cristiano se dará cuenta de eso con el tiempo, y los dos tenéis aún mucho tiempo por delante.

Laurel no pudo ignorar la nota de honda tristeza en su voz.

–Lorenzo –le dijo vacilante–, no sé si sabes que soy enfermera, de cuidados paliativos.

Él no fingió siquiera no comprender a dónde quería llegar.

–Ah, ya veo –murmuró echando la cabeza hacia atrás y cerrando los ojos–. No, no lo sabía.

–¿Cuánto tiempo llevas enfermo? –le preguntó Laurel con suavidad.

Lorenzo permaneció callado un buen rato antes de abrir los ojos y quedarse mirando el horizonte.

–Me diagnosticaron un cáncer de riñón hace tres meses. Se ha extendido al estómago y a los pulmones. No puede detenerse.

–Lo siento muchísimo, Lorenzo –murmuró Laurel, mirándolo con tristeza y compasión. Que se hubieran reencontrado después de tantos años y ahora la muerte fuera a arrebatárselo…–. ¿Cuánto tiempo te han dado?

Él encogió un hombro.

–A los médicos no les gusta dar fechas. Me negué a recibir tratamiento; no tenía sentido. No quiero pasar mis últimos días en un hospital, enchufado a un montón de máquinas y sufriendo –suspiró–. Me han dicho que unos meses, quizá un poco más, o un poco menos. Un año como mucho. También me han recetado medicación para el dolor.

Él volvió a encoger el hombro y Laurel apretó los labios.

–Paliar el dolor es una parte muy importante en los cuidados de un enfermo terminal –le dijo–. Además, los estudios demuestran que se observan mejoras tanto en lo físico como en lo emocional cuando el cuerpo no se agota intentando soportar el dolor todo el tiempo.

–Gracias por el consejo –Lorenzo le sonrió y le acarició la mano–. La medicación me atonta un poco, así que prefiero tomar la menor cantidad posible.

–¿Lo sabe Cristiano? –le preguntó ella al cabo de un rato.

Tenía un nudo en la garganta y las lágrimas se agolpaban en sus ojos.

–No –respondió él.

–¿Y por qué no se lo has dicho?

Lorenzo se encogió de hombros.

–Supongo que quería evitarle el dolor, ya que no se puede

hacer nada. Cristiano es un hombre de acción, y eso le frustraría mucho.

–Cierto –asintió ella, esbozando una pequeña sonrisa–, pero creo que querría saberlo.

–Lo sé. Y ahora que los dos estáis aquí, se lo diré. Al menos te tendrá a ti para consolarlo, *cara* –Lorenzo le acarició suavemente la mejilla, y Laurel le sonrió entre lágrimas.

Cristiano se volvió hacia la ventana, alzó la vista hacia el cielo azul y apretó la mandíbula. La ira era una emoción más fácil de manejar que el dolor.

–¿Cuánto hace que lo sabes? –le preguntó a su padre.

Este, que estaba de pie detrás de él, suspiró.

–Unos meses.

–¿Y no se te ocurrió que debías decírmelo?

–No hay nada que puedas hacer, Cristiano.

–Aun así…

–Supongo que quería esperar para decírtelo en persona.

–Si me hubieras dicho que se trataba de algo importante, habría venido antes.

Su padre exhaló otro suspiro, que sonó triste y cansado.

–¿Estás seguro? –le preguntó quedamente.

Cristiano se volvió, los puños apretados y el corazón desbocado, como si estuviese preparándose para una pelea, pero no quería discutir con su padre en ese momento, no cuando estaba tan enfermo.

–Por supuesto –murmuró.

Y, sin embargo, nada más pronunciar esas palabras, dudó para sus adentros. Había evitado a su padre durante años, lo había ignorado todas las veces que había intentado acercarse a él. ¿Y por qué?, ¿porque lo despreciaba por algunas de las decisiones que había tomado en el pasado, o quizá por otra razón más profunda, porque amar a otra persona siempre conllevaba dolor?

–Bueno, aún no ha llegado mi final –dijo su padre con humor–. Hay tiempo, Cristiano. Tiempo, quizá, para que curemos las viejas heridas.

–¿Qué viejas heridas? –replicó él, intentando parecer despectivo.

Sin embargo, las palabras se le atravesaron en la garganta, como trozos de cristal roto, y su voz sonó entrecortada.

–Sé que albergas ira hacia mí por cómo he llevado mi vida –su

padre inspiró profundamente–. En mi búsqueda del amor dejé que entraran en tu vida muchas mujeres, y que eso te llenó de incertidumbre y confusión.

–Ya soy mayor –le espetó Cristiano–, y ya da igual; sobreviví.

–Pero todos ansiamos algo más que sobrevivir. Y me preocupa que hayas renegado del amor por culpa de mis malas experiencias.

Cristiano se limitó a encogerse de hombros. No estaba seguro de poder responder a eso sin ser brusco. Sí, había renegado del amor, y tenía sus motivos. Y aunque esa semana y media con Laurel estaba siendo increíble, no se sentía preparado para comprometerse, para exponerse a correr riesgos, al dolor.

Poco después dejó a su padre, que empezaba a parecer cansado, y fue en busca de Laurel. La encontró en la el balcón, con las manos apoyadas en la balaustrada de piedra y el rostro levantado hacia los últimos rayos de sol.

–¿Has hablado con tu padre? –inquirió suavemente al oír sus pisadas.

–Tú lo sabías.

–Lo adiviné –lo corrigió ella volviéndose, un mar de tristeza en su mirada–. Paso mucho tiempo con personas que sufren una enfermedad terminal; acabas reconociendo las señales.

–Me gustaría que me lo hubiera dicho antes.

Laurel fue junto a él y lo rodeó con sus brazos. Por un instante Cristiano se resistió. Una parte de él quería mantenerse distante, mostrarse fuerte, pero el dolor que lo embargaba era demasiado como para soportarlo solo, y la calidez del cuerpo de Laurel era el bálsamo que necesitaba.

La atrajo hacia sí, abrazándola con fuerza, y hundió el rostro en su fragante cabello.

–Siempre he intentado vivir mi vida de manera que no tuviera que arrepentirme de nada –murmuró contra su pelo, con los ojos fuertemente cerrados–. Creía que era lo mejor, pero ahora me siento inundado por un montón de remordimientos. Hay tantas cosas de las que me arrepiento, tantas culpas que debo expiar…

–No hay nada de malo en el arrepentimiento –le dijo Laurel con suavidad–. No tiene por qué ser sinónimo de culpa o vergüenza. Arrepentirse es una muestra de fuerza y de valor, porque te permite responsabilizarte de tus actos y tomar mejores decisiones en el futuro.

–Eso suena muy sabio.

–Hablo a diario con gente que se enfrenta a sus remordimientos. Es algo en lo que piensas cuando tu vida se

acaba. Además –añadió con voz trémula–, yo también me arrepiento de muchas cosas que he hecho.

Él se echó hacia atrás y escrutó su rostro.

–¿Como qué?

–Como dejar que mi madre me convenciera de ir a conocer a Bavasso, para empezar.

–Pero, si no lo hubieras hecho, no habríamos vuelto a vernos.

Ella sonrió, pero su sonrisa flaqueó, como una sombra desvaneciéndose.

–No te arrepientes de que hayamos vuelto a encontrarnos, ¿verdad, Laurel? –le preguntó Cristiano, con más inquietud de la que habría querido mostrar, o incluso sentir–. ¿Verdad?

–No –contestó ella, pero su voz sonó vacilante, y eso le dolió más de lo que había esperado.

–¿Por qué?, ¿por qué habrías de arrepentirte?

Conocía los motivos, pero aun así le había preguntado, torturándose con ello porque no podía evitarlo.

–Tampoco es como si esto fuera a durar… –dijo Laurel, casi en un hilo de voz–. No tienes el monopolio del dolor, Cristiano –se lo dijo sin acritud; simplemente era la verdad–. Yo tampoco quiero que me hagan daño.

–Ni yo quiero hacértelo –replicó él.

Laurel le sonrió con tristeza.

–A veces hay cosas que hacemos sin querer.

–Pero si estás embarazada… –era una posibilidad que había considerado desafortunada hasta hacía solo unos días, pero que ahora le parecía que ofrecía todo un abanico de posibilidades para él, para ambos–. Si estás embrazada, me casaré contigo.

–¿Y si no lo estoy? –inquirió Laurel, mirándolo a los ojos.

La decisión era suya: permanecer a su lado o volver a su vida; arriesgarse u ocultar la cabeza en la arena… Estaba hecho un lío.

–Bueno, tampoco tenemos que tomar una decisión ahora mismo –dijo, y vio la decepción en los ojos de Laurel.

–No –asintió ella–, supongo que no.

Sabía que no era la respuesta que había esperado oír. Cristiano la atrajo hacia sí y la besó, primero en la frente y luego en los labios. Eran besos tiernos, a modo de promesas, aunque no sabría decir de qué.

Capítulo 16

Aferrarse a la felicidad es como intentar retener agua entre las manos. Por más que lo intentas, se te escurre entre los dedos. Pasaron dos días maravillosos, gloriosos, pero estaban marcados por un apremio, por un temor que Laurel sentía en su interior y que notaba también en Cristiano. Se les estaba agotando el tiempo.

Y aunque no tendría por qué ser así, aunque sabía que si Cristiano le pidiera que se quedase lo haría, que estaría dispuesta a arriesgarlo todo, también sabía en lo más hondo de su corazón que no iba a pedírselo. Y dentro de dos días ya harían dos semanas, y llegaría el momento de que se hiciera la prueba de embarazo.

A la mañana siguiente Lorenzo le pidió que fuera a verlo a su habitación, donde estaba descansando.

–¿Te encuentras bien? –le preguntó.

–Sí, solo un poco cansado –respondió él con una sonrisa–, lo cual no es nada inusual, teniendo en cuenta mi enfermedad. Pero hay un favor que quiero pedirte. Un favor muy grande, de hecho.

Laurel se sentó al borde de la cama y tomó sus manos arrugadas entre las suyas.

–Si está en mi mano, lo haré.

–Quiero ver a tu madre –dijo Lorenzo, y le sostuvo la mirada mientras ella intentaba disimular su sorpresa–. Nunca dejé de quererla, y como me queda tan poco tiempo, me gustaría pasarlo con ella. ¿Crees que querrá venir? –le preguntó con una sonrisa vacilante.

No tenía la menor duda de que su madre sí querría, pero le preocupaba el comportamiento que pudiera tener. ¿Aún sentiría algo por él? Por el bien de Lorenzo, esperaba que sí. Podría hacerles mucho bien a ambos volver a verse y cerrar las heridas del pasado.

–Sé que no puedes contestar a esa pregunta –dijo Lorenzo–, pero… ¿podrías hablar con ella?, ¿prepararla un poco? Y si piensas que no la molestaría que yo la llamara y pudieras darme su número de teléfono…

–Claro, por supuesto.

¿Qué otra respuesta podría haberle dado?, se dijo. Y, sin

embargo, se temía cómo fuera a reaccionar Cristiano al saber que iba a tomar parte activa en reunir a su padre y a su madre. En el mejor de los casos, con frío desprecio. Y en el peor de los casos… se pondría furioso. Pero al mirar a Lorenzo y ver la débil sonrisa en su rostro cansado y surcado por las arrugas, supo que de ningún modo habría podido negarse a lo que le estaba pidiendo.

Cristiano estaba tan furioso que echaba chispas mientras recorría la casa buscando a Laurel. ¿Cómo había podido Laurel haber hecho algo así? ¡Y sin consultárselo!

Hacía unos momentos había salido de la habitación de su padre completamente estupefacto. Y aunque había conseguido moderar su tono delante de él, dudaba que fuera capaz de mostrar ese mismo autocontrol cuando diera con Laurel.

La encontró en la biblioteca, acurrucada en el sofá, con un libro abierto sobre el regazo, su expresión pensativa y recelosa. Era evidente que había estado esperando, que había esperado esa confrontación porque sabía que lo que había hecho estaba mal.

Cerró la puerta tras de sí y la miró furibundo con los ojos entornados. Laurel alzó la barbilla en una actitud casi desafiante que lo enfureció aún más.

–¿Cómo has podido? –le espetó–. ¿Cómo?

–Me imagino que te refieres a que haya ayudado a tu padre a ponerse en contacto con mi madre.

–Llega mañana por la tarde.

–Lo sé –Laurel levantó un poco más la barbilla–. La ayudé a reservar el billete de avión, un vuelo nocturno desde Nueva York.

Cristiano, que estaba intentando controlarse, pues sentía deseos de estrangularla, sacudió la cabeza.

–A mi padre solo le quedan unos meses de vida… ¿y vas a traer aquí a tu madre?

–Fue él quien me lo pidió.

–Porque se siente solo y vulnerable –le espetó Cristiano con frustración, pasándose una mano por el corto cabello–. Es un eterno optimista en lo tocante a los asuntos del corazón, y cada vez que ha tenido una relación ha acabado en desastre.

–¿De qué tienes miedo, Cristiano? –le preguntó ella en un tono quedo–. Tu padre va a morir, sí, pero… ¿por qué no ayudarlo entonces a hacer que sus últimos días sean un poco más felices?

Él se quedó mirándola con incredulidad.

–¿Y crees que el tener a tu madre aquí lo hará más feliz?

–No lo sé –admitió ella–, pero eso es lo que espero.

–¿Hace falta que te recuerde que hablamos de la mujer que, hace solo dos semanas, prácticamente te vendió a un hombre muy desagradable, y que no hizo nada mientras intentaba sobrepasarse contigo?

–No –contestó ella con tirantez–. No hace falta que me lo recuerdes. Y no fue exactamente así como…

–¿Tengo que recordarte que es la misma mujer que en los últimos diez años ha pasado de un ligue a otro, que solo busca a un hombre que pueda mantenerla?

–¿Es eso lo que te preocupa? –le espetó Laurel–, ¿que mi madre se quede con el dinero de tu padre, con tu herencia?

–Por supuesto que no –respondió él con mordacidad–. No necesito el dinero de mi padre, y es evidente que dentro de poco a él de nada le servirá –apretó los labios–. No, lo que me preocupa es la salud de mi padre. Su salud mental y emocional. ¿Cómo crees que se sentirá si tu madre acaba abandonándolo en este momento, cuando más la necesita? ¿No crees que hay una alta probabilidad de que venga, le saque a mi padre todo lo que pueda y ponga pies en polvorosa?

Laurel apretó los labios.

–Eso es bastante cínico por tu parte.

–Mis razones tengo para pensar así –le contestó él–. Razones de sobra. Aún no he conocido una sola relación que haya funcionado.

–Ni siquiera la nuestra, obviamente –apuntó ella con amargura–. Claro que tampoco puede decirse que tengamos una relación. No me atrevería a pensarlo siquiera –añadió poniendo los ojos en blanco.

Cristiano la miró molesto, con los puños apretados.

–No se trata de nosotros.

–No, por supuesto que no.

–Si estás intentando decirme algo, ¿por qué no lo sueltas de una vez?

Laurel inspiró profundamente y cuando habló su voz sonó queda, incluso triste.

–Esa es la diferencia entre nosotros, Cristiano: que yo escojo la esperanza y tú la duda. Es un abismo que ninguno de los dos parecemos ser capaces de cruzar.

–¡Qué poético! –exclamó él con sorna–. Si tengo dudas es porque, como te he dicho, tengo mis razones. Tu madre no es la clase de persona que quiero al lado de mi padre en este momento de su vida.

–Pues lo siento por ti, pero no tienes elección –le respondió Laurel con mucha calma–. Tu padre ya es mayorcito y es capaz de tomar sus propias decisiones. Me pidió… –la voz le tembló de emoción–. Me pidió que la llamara para preguntarle si le importaría que él la llamase. Y ella me dijo que por supuesto que no, y le faltó poco para salir llorando al saber que tu padre quería volver a verla.

–No lo dudo –dijo él con desdén–. Es una buena actriz.

Laurel sacudió la cabeza.

–¿Eso te hace feliz? –le espetó–. ¿Sentirte superior a los demás todo el tiempo y estar siempre resentido? ¿Te produce satisfacción desbaratar cualquier posibilidad de esperanza y de amor? Porque si es así, debes ser un hombre muy desgraciado, y te compadezco.

Cristiano apretó la mandíbula.

–Lo último que necesito es tu compasión –masculló.

–Me da igual –le espetó ella. Los ojos se le llenaron de lágrimas, pero parpadeó con fuerza para contenerlas–. ¿De verdad le negarías a tu padre la oportunidad de estar con la mujer a la que ama?

¡Sí!, quería gritar, pero se quedó callado porque admitir algo así le parecía que sería insensible y cruel. Laurel se levantó y dio un paso hacia él.

–¿De qué tienes miedo, Cristiano? –le preguntó suavemente.

¿Miedo? No tenía miedo. No por él, al menos. Pero por su padre sí. No se trataba de él, de ellos, aunque laurel siguiese intentando hacer que pareciese que lo fuera.

–No tengo miedo. Lo que pasa es que no quiero que le hagan daño a mi padre.

–Si él está dispuesto a correr ese riesgo, deberías dejar que se arriesgue.

Cristiano se limitó a sacudir la cabeza. Su ira había empezado a disiparse, en parte porque estaba aceptando que, como decía Laurel, no podía hacer nada: no podía prohibir a su padre que invitase a Elizabeth a ir allí para compartir con ella sus últimos meses de vida si era lo que él quería. Ni siquiera podía evitar que le hicieran daño. Y sabía que era injusto culpar a Laurel por ayudarlo con una decisión que él mismo había tomado.

Así que lo único que le quedaba era un sentimiento de frustración, y el reconocer, a su pesar, que Laurel tenía razón: eran muy distintos el uno del otro. Para ella la esperanza era algo a lo que aferrarse, mientras que él era incapaz de encontrar motivos para albergar esperanzas.

Las últimas dos semanas habían sido maravillosas, pero no habían sido más que tiempo robado al tiempo, lejos de la realidad. ¿Qué pasaría si resultase que Laurel no estaba embarazada? Ella volvería a su vida a Illinois y él regresaría a Roma.

Podría pedirle que se quedase con él como su amante, pero sabía que Laurel se negaría en redondo. Quizá fuera mejor poner fin así, de forma rápida y limpia al tiempo que habían pasado juntos. Quizá así podrían pasar página, como necesitaban.

–Está bien –dijo con aspereza–, tu madre puede venir. Y mañana te harás la prueba de embarazo. Y por el bien de ambos espero que salga negativa.

Capítulo 17

Desde el porche de la casa de Lorenzo, Laurel vio a su madre cruzando la verja de entrada de la villa. Había insistido en que no hacía falta que mandasen a nadie a recogerla.

Parecía nerviosa. No iba vestida, como acostumbraba, con un modelo que parecía sacado de una revista, ni llevaba zapatos de tacón, ni joyas. Ni siquiera iba maquillada. Llevaba un sencillo vestido de tirantes y sandalias. Estaba guapísima, aunque aparentase exactamente sus cuarenta y seis años.

Laurel bajó los escalones del porche para reunirse con ella.

–Mamá… –no solía llamarla así, pero en ese momento le había salido de forma natural.

Su madre alzó la vista y en sus labios se dibujó una sonrisa.

–Laurel…

Tampoco tenían por costumbre abrazarse, pero su madre le dio un fuerte abrazo que Laurel agradeció. Las últimas doce horas, tras su enfrentamiento con Cristiano, habían sido muy duras. Él se había encerrado en el estudio y no había dormido con ella. Y en lo que iba de mañana andaba desaparecido, aunque quizá fuera mejor que no estuviera para evitar un encontronazo con su madre.

–Vamos –le dijo a esta, tomándola del brazo–, te llevaré con Lorenzo.

–¿Cómo está? –le preguntó su madre quedamente–. Cuando hablamos por teléfono me contó lo de su enfermedad. Y que… –la voz le temblaba–… que no le queda mucho. Unos meses quizá.

–Se ha animado mucho desde que le dijiste que ibas a venir. Te ha echado de menos todos estos años.

–Y yo a él –su madre sacudió la cabeza–. Es el único hombre al que he amado de verdad. Sé que he cometido muchos errores en mi vida, pero… –la voz se le quebró y los ojos se le llenaron de lágrimas–. Si no hubiera traspasado ese estúpido dinero…

–No pienses en eso ahora.

–No lo hice con intención de robarle; era solo que necesitaba… sentirme segura –su madre sacudió de nuevo la cabeza–. Su pudiera volver atrás en el tiempo…

Laurel le dio unas palmaditas en el brazo para tranquilizarla,

entraron en la casa y la condujo hasta la salita donde Lorenzo estaba esperándola. Cuando Laurel abrió la puerta y se hizo a un lado para dejar pasar a su madre, leyó en el rostro de Lorenzo la expectación y los nervios que sentía.

–Elizabeth… –murmuró, abriéndole los brazos.

–Lorenzo… –murmuró ella con voz trémula, avanzando hacia él.

Después de ver cómo se fundían en un abrazo y cómo se miraban el uno al otro, Laurel salió sin hacer ruido y cerró la puerta. No necesitaba ver ni oír nada más para saber que había hecho lo correcto.

–Laurel.

Al oír su nombre, Laurel se detuvo en mitad del pasillo y alzó la vista. El corazón se le encogió al ver a Cristiano en el vestíbulo.

–Había salido a comprar esto –le dijo levantando una bolsa pequeña con el símbolo de una farmacia.

A Laurel no le hizo falta preguntar qué contenía. Se humedeció los labios, que de pronto se notaba secos.

–¿Quieres que me haga ahora la prueba?

Cristiano se encogió de hombros con expresión impasible, sin delatar sus sentimientos.

–Creo que deberías.

Fue hasta donde ella estaba y le tendió la bolsa, pero ella, en vez de tomarla, permaneció inmóvil. Ahora que había llegado el momento, preferiría seguir sin saber si estaba embarazada o no.

–En realidad no siempre se sabe a las dos semanas –le dijo vacilante–. A algunas mujeres la prueba tarda unos cuantos días más en darles positivo.

Cristiano enarcó una ceja.

–¿Por qué no te la haces y luego hablamos de eso?

No le quedaban más excusas, así que tomó la bolsa y subió al piso de arriba con Cristiano detrás de ella.

–Esperaré aquí –le dijo él cuando llegaron al dormitorio que compartían.

Laurel asintió sin decir nada y entró en el cuarto de baño. «El momento de la verdad», pensó, dejando escapar un suspiro tembloroso.

Por suerte las instrucciones también venían en inglés, así que las leyó y siguió los pasos que se indicaban. Colocó la varilla boca abajo para no ponerse nerviosa mirándola, y se sentó en el borde

de la bañera con el corazón latiéndole pesadamente. Nunca tres minutos le habían parecido tan largos.

Al otro lado de la puerta oía a Cristiano paseándose por el dormitorio, y se preguntó qué estaría pensando, qué resultado esperaría que saliera. ¿Habría una parte de él que, como ella, quería que estuviera embarazada, que quería no tener que elegir?

Sin embargo, si Cristiano se casaba con ella solo por el bebé, ese férreo código de honor suyo podría acabar tornándose en resentimiento en un futuro por haber acabado viviendo una vida que no había escogido.

Inspiró profundamente y miró su reloj. Habían pasado cuatro minutos. No tenía sentido seguir postergándolo. Alargó lentamente la mano para tomar la varilla, como si temiera que fuera a morderla, y le dio la vuelta. El alma se le cayó a los pies al ver que solo había una línea rosa. Una sola línea… no estaba embarazada.

Arrojó la varilla a la papelera, se lavó las manos y se quedó mirando su reflejo. Era mejor así, pensó, un embarazo no habría ayudado nada. De hecho, probablemente solo habría empeorado las cosas, se dijo mientras se secaba las manos y se peinaba un poco, decidida a parecer calmada cuando saliera.

Inspiró de nuevo y abrió la puerta. Cristiano se detuvo y se volvió hacia ella.

–¿Y bien? –inquirió cuando el silencio se prolongó durante varios segundos.

–No estoy embarazada –respondió ella en un tono monótono, rodeándose el cuerpo con los brazos.

Cristiano la escrutó en silencio, como pensativo.

–Pero, como has dicho antes, no siempre es posible obtener resultados certeros con solo dos semanas, ¿no?

–No, pero estoy bastante segura de que el resultado es correcto. Aún falta una semana para que me baje la regla, y soy muy regular.

Una emoción cruzó por el rostro de Cristiano, pero fue algo tan fugaz que no pudo discernir si era decepción, alivio, o algo completamente distinto.

–Aun así…

–Si no me bajara la regla y sí que estuviera embarazada, te llamaría de inmediato para decírtelo –lo interrumpió ella–, pero no creo que tenga que quedarme aquí y repetir la prueba hasta que el resultado sea irrefutable, por amor de Dios.

«A menos que tú quieras que me quede…», añadió para sus adentros.

Cristiano no decía nada, y a cada segundo que pasaba Laurel sentía que se desvanecían las frágiles esperanzas que aún abrigaba.

–Bueno, supongo que debería sacar el billete de vuelta –dijo, levantando la barbilla y obligándose a esbozar una sonrisa–. Debería recoger mis cosas y hacer la maleta. En fin, ha sido… –tragó saliva–. Ha sido divertido.

Había sido mucho más que eso, pero ¿qué otra cosa podía decir?

Cristiano se quedó mirándola un buen rato con esa misma expresión inescrutable.

–Sí –dijo finalmente–, lo ha sido.

Desde el momento en que Laurel le había dicho que iba a hacer la maleta, hasta el momento en que había abandonado Capri, Cristiano había tenido la sensación de que todo a su alrededor estuviera pasando muy deprisa mientras que él iba a cámara lenta. Se sentía aturdido.

Laurel había sacado un billete de avión en un vuelo de Nápoles con escala en Roma y luego a Chicago. La noche anterior a su partida él apenas había dormido. Se había quedado tendido en la cama, mirando el techo mientras pensaba en esas dos semanas que habían pasado juntos y se decía que aquello era lo mejor. ¿Qué otra alternativa había? Sus vidas eran tan distintas… Laurel no dejaría su trabajo, ni esa casa a la que tan apegada se sentía. Y él tenía su vida en Italia. Su vida eran sus hoteles, sus negocios.

Y por la mañana, cuando la había oído bajando su maleta por las escaleras, no había salido del estudio. No había creído que fuera capaz de despedirse de ella y no derrumbarse. Se había comportado como un cobarde, y lo sabía, pero la otra alternativa, suplicarle que se quedara, se le había antojado insoportable. Así que se había quedado allí sentado hasta que había oído cerrarse la puerta principal. Luego la casa se había sumido en un silencio sepulcral.

Durante los tres días siguientes se había encerrado en su trabajo en un intento por no pensar. No había dormido bien y apenas había comido. El cuarto día finalmente se arrastró hasta la habitación de su padre, y se quedó sorprendido al ver a Elizabeth sentada a su lado en la cama, con la cabeza inclinada, cerca de la de él, y sonriendo por algo que él le estaba diciendo.

Era una imagen enternecedora y muy íntima. El amor entre ellos era tan palpable que casi parecía que flotara en el ambiente.

Cristiano apenas podía dar crédito a lo que veían sus ojos, pero supo de pronto que Laurel tenía razón.

Elizabeth fue la primera que reparó en su presencia, y se quedó paralizada antes de esbozar una sonrisa vacilante.

–Cristiano… Pasa –lo llamó su padre, indicándole que se acercara con su mano nudosa.

–No quiero molestar.

–No molestas –le aseguró su padre–. Pero tienes un aspecto horrible. Echas de menos a Laurel.

Cristiano prefirió ignorar esa afirmación.

–Tú en cambio tienes buen aspecto –dijo, aunque su padre cada vez pasaba más tiempo en cama, descansando.

–Me siento bien –murmuró su padre, y miró a Elizabeth con adoración–. Me siento muy bien.

Cristiano los miró a los dos, desconcertado, cansado, pero también extrañamente animado. ¿Quién era él para negarle a su padre el derecho a ser feliz? Laurel le había hecho esa misma pregunta y él no la había escuchado porque había estado convencido de que Elizabeth no podía hacer feliz a su padre. Y, sin embargo, parecía que se había equivocado.

Al cabo de un rato los dejó a solas y se paseó por la casa como un fantasma. No tenía sentido que continuase allí, ahora que veía lo bien que Elizabeth cuidaba de su padre. Podía regresar a Roma, a su ático, a su vida… pero todo eso se le antojaba vacío.

–¿Puedo hablar contigo unos minutos?

Al oír la tensa voz de Elizabeth, Cristiano se volvió.

–Claro –dijo, igual de tenso que ella.

Elizabeth inspiró profundamente.

–Sé que no te caigo bien, Cristiano, que no confías en mí. Y sé que he cometido un montón de errores… por miedo, aunque eso no me excusa, eso también lo sé.

–Laurel me contó algunas cosas acerca de tu vida; sé que has pasado momentos difíciles –se sintió obligado a decir Cristiano.

–Laurel siempre ha sido más comprensiva conmigo de lo que merezco –murmuró Elizabeth–. Pero quiero que sepas que quiero a tu padre. Siempre le quise. Sé que hace diez años no confiabas en mí, y tenías tus motivos –esbozó una sonrisa temblorosa–. Lo que hice estuvo mal, pero nunca tuve intención de abandonar a tu padre. Sé que no te he dado motivos para que me creas ahora, y que no merezco tu confianza, pero…

–Te creo cuando dices que siempre quisiste a mi padre –la interrumpió él–, y que aún le quieres. Si no, no estarías aquí –hizo

una pausa–. Pero ¿te sientes preparada para quedarte a su lado hasta el final, sabiendo lo difícil que será?

Cuando Elizabeth alzó la barbilla, como orgullosa, le recordó a Laurel.

–Sí, porque ese es el poder del amor. No vine aquí pensando que sería fácil. Además, de eso, de lo fácil, ya he tenido bastante.

–¿De verdad? –inquirió él, más curioso que escéptico.

–Sí. El amor no es fácil: es complicado, y doloroso y un lío, pero merece la pena –murmuró Elizabeth–. Quizá eso es algo sobre lo que deberías pensar.

Veinticuatro horas después Cristiano estaba frente a la pequeña granja con una vista de campos interminables y el estanque de aguas relucientes de los que Laurel le había hablado.

Subió lentamente los escalones del porche. No se veía luz alguna en las ventanas, y no había ningún coche; parecía que no estaba en casa. Eran las seis de la tarde, y el atardecer empezaba a invadir lentamente las colinas con el chirrido de los grillos de fondo.

La verdad era que no se había planteado siquiera qué haría cuando llegase a la granja, y ahora se encontraba con que Laurel ni siquiera estaba allí. No le quedaba otra que esperar a que volviese, se dijo, y se sentó en una mecedora que había en el extremo más alejado del porche.

Al oír el ruido del motor de un vehículo, giró la cabeza. Una camioneta vieja se detuvo frente al garaje, y de ella se bajó Laurel. Iba vestida con una camiseta y unos vaqueros y llevaba el pelo recogido en una coleta. Parecía cansada, pero estaba preciosa, y Cristiano tuvo que contenerse para no levantarse como un resorte, ir junto a ella y estrecharla entre sus brazos. Antes de eso había cosas que debía decirle.

Laurel, que parecía absorta en sus pensamientos, no lo vio, y subió las escaleras mientras buscaba las llaves en el bolso. Él, que no quería asustarla, se levantó despacio y la llamó con suavidad.

–Laurel.

Ella se paró en seco y cuando alzó la mirada hacia él la vio palidecer y tambalearse ligeramente.

–Cristiano… –dijo en un murmullo–. ¿Qué haces aquí? –lo miró recelosa–. No estoy embarazada; ya no hay duda.

–No es por eso por lo que he venido.

–Entonces, ¿por qué?

–Porque necesitaba decirte que te quiero.

Ella parpadeó, como aturdida.

–¿Que tú…?

–Sí, Laurel, te quiero.

Le había costado tanto decidirse a decirlo, a decir esas dos palabras que tanto significaban… Y, sin embargo, de pronto era como si no le costase nada decirlas en voz alta.

Se sentía exultante y ligero, como si se hubiese librado de un enorme peso, el peso de sus miedos.

–Te quiero –volvió a decirle, yendo junto a ella–. Fui un estúpido al no darme cuenta antes, y aún más estúpido por no habértelo dicho antes. Un estúpido por dejarte ir cuando eres lo mejor que me ha pasado.

–Cristiano…

Por un instante aterrador pensó que iba a decirle que ella no sentía lo mismo. Era el riesgo que uno corría cuando declaraba sus sentimientos.

–Sé que puede que sea demasiado tarde –la interrumpió con voz ronca–. Sé que puede que hayas cambiado de opinión, pero tenía que decírtelo porque quería que lo supieras. Porque merecías saberlo, después de todas las cosas que hemos compartido y de todo lo que te he hecho pasar. Tenía tanto miedo de amar, Laurel, de lo que implicaba, del dolor que puede causar… Y dejé que ese miedo se apoderara de mí, pero eso se acabó. Me niego a dejar que el miedo me controle. Te quiero, y eso no cambiará nunca.

Los ojos de ella, llenos de lágrimas, brillaban, y se le escapó una risa trémula.

–Bien –dijo rodeándole el cuello con los brazos–, porque yo también te quiero, y eso tampoco va a cambiar.

–Gracias a Dios –Cristiano la estrechó entre sus brazos e inspiró su aroma–. Porque todo este drama se ha acabado, ¿me oyes? –la reprendió con cariño–. Nos queremos, vamos a casarnos, y no volveremos a pasar ni una sola noche separados.

–¿Ya me estás dando órdenes otra vez? –lo increpó Laurel en broma, levantando la cabeza para besarlo en los labios–. Suerte que no me importa.

Cristiano se rio y la atrajo aún más hacia sí.

–Pues sí, es una suerte –murmuró, y la besó él también.

Epílogo

Tres meses después

–Estás preciosa.

Laurel se atusó el velo mientras su madre se secaba las lágrimas dándose toquecitos con el pañuelo. Estaban en la villa de Lorenzo en Capri, donde iba a celebrarse su boda con Cristiano.

–Eres la novia más bonita que ha habido nunca –murmuró su madre.

Laurel esbozó una sonrisa trémula.

–Mientras Cristiano piense lo mismo…

–Pues claro que sí –respondió su madre–. Está loco por ti.

–Y Lorenzo por ti.

Los ojos de Laurel se encontraron con los de su madre en el espejo y compartieron una sonrisa triste. Los últimos tres meses habían estado colmados de dicha, pero también de tristeza. Lorenzo estaba resistiendo y su madre y él eran inseparables, pero sus días juntos estaban contados y ambos lo sabían, lo que hacía que estuviesen más resueltos aún a disfrutar de su amor y de su felicidad mientras pudiesen.

Mientras que su madre se había quedado allí en Capri con Lorenzo, ella se había quedado en Canton Heights las dos semanas de preaviso que había dado para poder dejar su trabajo en el hospital antes de mudarse a Roma, donde iba a vivir con Cristiano. Ya le había informado de que no iba a contentarse con ser una esposa florero, que quería seguir trabajando y sentirse útil, y Cristiano se había mostrado completamente de acuerdo.

En ese momento llamaron a la puerta del dormitorio, y asomó la cabeza Ana, la organizadora de la boda.

–¿Estás lista? –le preguntó–. Están todos esperando.

Iba a ser una boda discreta, con un puñado de amigos venidos de Roma y Capri, en los jardines de la villa, con vistas al reluciente mar. El padre de Cristiano no podía viajar, y de todos modos Laurel nunca había querido una gran ceremonia, con pompa y boato.

Inspiró profundamente y se miró una última vez en el espejo. Había escogido un vestido de novia sencillo acorde a la ocasión:

estival y ligero, con cuerpo de bordado Richelieu y falda con vuelo. Una diadema de flores sujetaba el velo, y en la mano llevaba un ramillete de violetas.

Su madre le apretó la mano y Laurel le sonrió nerviosa antes de que salieran y bajaran las escaleras.

El jardín estaba bañado por la luz del sol y un trío de violines comenzó a tocar una suave música cuando ella apareció. Los invitados se volvieron en sus asientos para mirarla, pero ella apenas era consciente. Solo tenía ojos para Cristiano, que estaba de pie bajo la pérgola adornada con rosas blancas. Estaba guapísimo con el traje azul oscuro que llevaba, pero fue su mirada, llena de amor, el mismo amor que ella sentía, lo que dejó a Laurel sin aliento. Y, con una sonrisa en los labios, el corazón rebosante de dicha y el brillo del amor en sus ojos, comenzó a avanzar entre los invitados para unirse a Cristiano.